

DOM GODOFREDO BELORGEY, o. c. s. o.
ABAD DEL CISTER

DIOS NOS AMA



VENDREMOS

A EL

Y HAREMOS

MANSION

DENTRO DE

EL S. J. O-XIV-V²³

DIOS NOS AMA

POR

EL RVDO. P. DOM GODOFREDO BELORGEY*

ABAD AUXILIAR DEL CISTER

TRADUCIDO AL ESPAÑOL POR EL

R. P. DOM BUENAVENTURA RAMOS CABALLERO

ABAD DE SAN ISIDRO DE DUEÑAS

Et nos cognovimus et credidimus Caritati
quam habet Deus in nobis.

Nosotros hemos conocido y creído el
amor que nos tiene Dios.

SAN JUAN
I Epístola, IV, 16

Frequentando gustari, gustando probari,
quam suavis est Dominus.

Con el trato frecuente de Dios, se gusta
de Él, y gustando de Él se experimenta cuán
dulce es el Señor.

SAN BERNARDO
Tratado del Amor de Dios, IX, 26

Nihil amoris Christi præponere.

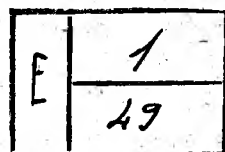
No anteponer nada al amor de Cristo.

SAN BENITO
Regla, cap. IV

ABADÍA CISTERCIENSE DE SAN ISIDRO DE DUEÑAS,

POR VENTA DE BAÑOS (PALENCIA)

1953



DOM GODOFREDO BELORGEY, O. C. S. O.
ABAD AUXILIAR DEL CISTER

DIOS NOS AMA

TRADUCIDO POR EL
RVDO. P. DOM BUENAVENTURA RAMOS CABALLERO, O. C. S. O.
ABAD DE SAN ISIDRO DE DUEÑAS

PRÓLOGO
DEL
EXCMO. Y RVDMO. SR. DR. D. JOSÉ SOUTO VIZOSO
OBISPO DE PALENCIA

PALENCIA
GRÁFICAS AGUADO
1953
VIII CENTENARIO DE SAN BERNARDO

*Et nos cognovimus et credidimus Caritati quam
habet Deus in nobis.*

*Nosotros hemos conocido y creído el amor que
Dios nos tiene.*

SAN JUAN
I Epístola, IV, 16

Nihil amori Christi præponere.

No anteponer nada al amor de Cristo.

SAN BENITO
Regla, cap. IV

*Frequentando gustari, gustando probari, quam sua-
vis est Dominus.*

*Con el trato frecuente de Dios, se gusta de Él, y
gustando de Él se experimenta cuán dulce es el Señor.*

SAN BERNARDO
Tratado del Amor de Dios, IX, 26

NIHIL OBSTAT

F. M. Julio Beltrán, O. C. S. O.

F. M. Fructuoso Martín, O. C. S. O.

IMPRIMI POTEST

F. M. Gabriel Sortais, O. C. S. O.

NIHIL OBSTAT

Antonio Hijosa, Can.

IMPRIMATUR

Palencia, 21 de Marzo de 1953

+ *José, Obispo*

Carta del Rvmo. P. Dom Plácido de Roton,
Abad de Santa María de la Pierre-qui-Vire.

Santa María de la Pierre-qui-Vire, 30 de enero de 1949

Mi Reverendo y muy querido Padre:

Estoy todavía bajo la excelente impresión que me ha causado la lectura de vuestro libro sobre el Amor de Dios, y bendigo a Dios por habéroslo inspirado. Se le podría recomendar con estas palabras: «Gustate et videte...»

No os habéis contentado con sentar una teoría sobre el amor, váis más allá mostrándonos este amor de Dios ejercitado por cada una de las Tres Divinas Personas. Hacéis que lo palpemos, pues no indicáis sólo la receta, sino que mostráis la golosina, y por decirlo así, nos la metéis en la boca. Conducís el alma a Dios, la volvéis a traer sin cesar a Él, a su amor concreto, actual, que nos persigue, nos envuelve y nos penetra deseoso de comunicarse, sediento de que sintamos sed de Él, procuráis conducir el alma —pero sin pretender sustituir al Espíritu-Santo— a la experiencia de Dios.

La Stma. Virgen tiene su lugar propio al lado de Jesús, con Él; Jesús y María son uno.

Y todo termina con la magnífica perspectiva de la gloria de Dios, motivo capital, muy ignorado, pero capaz de llenarnos de entusiasmo. La vida sobrenatural no es negocio de repliegue sobre nosotros mismos, ni siquiera sobre Dios en nosotros: es asunto de amor, y el amor es extático, amor que canta y que se entrega: Todo por la gloria y la alegría del Amado.

Entonces estamos en plena luz. Esto es lo único que nos puede satisfacer. No se comprende el sentido de la vida, el sentido del sacrificio, el sentido del amor; en una palabra: no se ama verdaderamente, mientras no se está poseído del deseo inflamado de la gloria de Dios. Solo entonces tiene valor y lleva frutos el celo de las almas. Esto es la unidad.

¡Ojalá que vuestro libro llene de luz a muchas almas, las sumerja en el amor y las convierta en hogueras que alumbren y abrasen otras almas, ad laudem Dei!...

f. Plácido, Abad, O. S. B.

TOLLE ET LEGE...

TOMA ESTE LIBRO Y LÉELO...

Con estas palabras que de labios misteriosos oyó un día el Aguila de Hipona, quiero presentarte yo, lector amigo, este libro precioso que, compuesto por el Muy Rvdo. Abad Auxiliar del Cister, Dom Godofredo Belorgey, sale a luz en nuestra lengua por la solicitud apostólica de nuestro venerado y querido Rvdo. Abad Mitrado de S. Isidro de Dueñas, Dom Buenaventura Ramos.

Todo libro bueno es, en frase de Avellaneda, como un cúmulo de semilla que el viento esparce y que cayendo en tierra fértil fructifica en abundante cosecha, porque sus palabras son como polen espiritual que fecunda las almas suscitando ideas, pensamientos, sentimientos y afectos que con frecuencia germinan en resoluciones y arranques generosos y hasta en heroísmos de santidad... S. Agustín, S. Ignacio de Loyola, Sta. Teresa, docenas de conversos de los tiempos modernos y crecido número de hombres y de mujeres, cuyas conversiones llamaron poderosamente la atención en nuestros mismos días, recibieron en los buenos libros, bajo la acción concomitante de la gracia divina, la orientación y el impulso hacia la vida virtuosa y santa, la firmeza para perseverar en los ásperos caminos de la perfección y la fuerza sobrehumana para escalar las cumbres mismas de la santidad más elevada.

Te presento, pues, este libro con un título eminentemente sugestivo y de perenne actualidad: DIOS NOS AMA. Y aparece la edición castellana en el año mismo del octavo centenario del tránsito de San Bernardo, el dulcísimo Abad de Claraval, Doctor Meliflúo de la Iglesia, el que llevó consigo treinta jóvenes ilustres al Cister, consolidando

y propagando la reforma iniciada por los tres monjes famosos S. Roberto, S. Alberico y S. Esteban, el que predicó la segunda Cruzada a Tierra Santa, el que cortó un cisma iniciado en la Iglesia y apaciguó los ánimos de los Príncipes cristianos de Europa, librando al continente de cruentas tragedias en el siglo XII.

En este libro encontrarás amenas y sabrosas páginas que te iniciarán y confirmarán en los misterios de la vida cristiana, desde el ordinario servicio de Dios por el cumplimiento de su Ley santa hasta los caminos de la vía ascética purificadora y santificante bajo la vigorosa influencia de las máximas del Patriarca del monaquismo occidental, San Benito: Ora et labora... reza y trabaja..., universa custodire amore Christi... guardar diligentemente las normas ascéticas por amor de Cristo..., en el ambiente suavísimo del puro amor de benevolencia que practicó e inculcó a sus monjes San Bernardo y que nos lleva a la dulcísima unión de conformidad con el divino querer y a gustar un anticipo de las delicias del Cielo en el trato íntimo y en el servicio generoso del Padre celestial, gozando en los más duros trabajos, en las mayores austeridades y en los mismos sufrimientos, ut in omnibus glorificetur Deus... para que en todo y con todo sea glorificado Dios nuestro Señor.

*Tómalo con cariño, léelo reflexivamente, medita su contenido, saborea su celestial doctrina... y encontrarás aquel donum Dei, aquel regalo del Cielo, de que hablaba Jesús a la samaritana, en la sabiduría del inefable amor de Dios, conociendo la caridad divina, confiando plenamente en ella y dándote al amor de correspondencia, que es también caridad. Todo el libro es una exposición del amor divino y una escuela y un estímulo poderoso del amor humano al que es todo Caridad: en su lectura hallarás el amor del Padre, que busca, llama, acoge y acaricia al hijo terreno por medio del Hijo Unigénito, haciéndolo semejante y coheredero por la gracia santificante, la caridad eterna del Verbo Encarnado, Redentor del humano linaje y Restaurador del orden de la gracia y de la gloria, salvándonos de la universal ruina acarreada por el pecado, las finezas del amor vivificante del Espíritu Santo, que prepara la morada del alma con la infusión de la gracia y las virtudes y se hace Huésped divino permanente, convirtiendo la persona toda del justo en un Templo viviente de la Santísima Trinidad, la caridad maternal y solícita de la Santísima Virgen María, la Asunta y Medianera que pregonó en sus sermones y en sus obras San Bernardo y la Orden del Cister, la mística escala que nos lleva a Jesús y puerta del cielo que nos franquea la entrada en la Gloria, la caridad fraterna con su carácter divino, cuando nos hace ver a Dios en los prójimos, y el mérito subidísimo del servicio al mismo Jesucristo, sentido en nuestros hermanos e indigentes, cuando en ellos vemos a miembros vivos del Cuerpo Místico y recordamos que Cristo acepta y premia como hecho a sí mismo todo el bien que pensamos, hablamos, queremos y hacemos en favor de nuestros prójimos.

Cuando leas estas páginas, escritas y vertidas por quienes estudiaron, sienten y viven estas enseñanzas del amor, expertis crede, fiate de estos maestros experimentados, y gustarás del trato filial con Dios, gozándote en tu dignidad de imagen e hijo de tal Padre, con vivas ansias de corresponder a su amor, de complacerle, de asemejarte cada día más a Él y de trabajar por que de todos sea conocido, honrado y servido: entonces se verificará en tí lo que proclamó el Abad de Claraval: si sapis, concham te exhibebis..., si llegas a conocer bien y a gustar las delicias del divino amor, serás como una concha que se llena de agua y la rebosa en beneficio de cuantos a ella se acerquen. Entonces podrás también comprender, siquiera en parte, la vida misteriosa de los monjes del Cister, que es vida de oración, de penitencia, de silencio, de trabajo y de austeridad en todo... y a la vez es vida de dulce paz y de anticipada bienaventuranza para ellos y elocuente lección apolo-gética y estimulante para cuantos les contemplan. Y podrás repetir con la sagrada Litur-gia: expertus potest credere quid sit Jesum diligere; el que lo ha experimentado es el único que puede comprender lo que significa amar a Jesús.

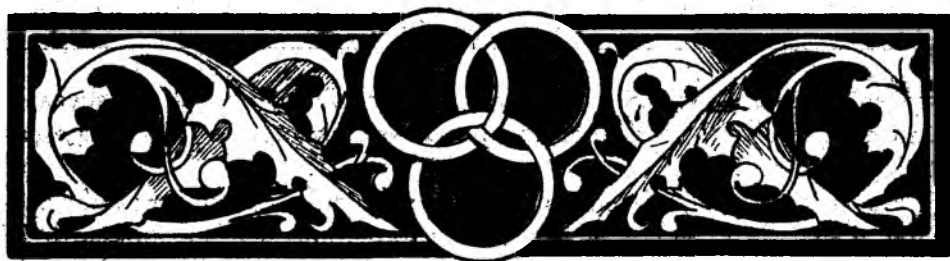
Eso deseo y pido al Cielo para todos y cada uno de los lectores: que conozcan y sientan las delicias del amor divino, buscando con ardor a Jesús en todas las cosas e inflamándose cada día más en su amoroso servicio: Jesum ardentem quærite et quærendo inardescite, que canta la Iglesia: buscad a Jesús con ardiente anbelo y abrazaos en su amor a medida que lo buscáis.

Mis aplausos fervorosos a los Rvdmos. Abades del Cister y de Dueñas, autor el uno y traductor el otro de la obra, mis enhorabuenas a los dos por la magnífica aportación que hacen a la cultura ascética contemporánea, y mi gratitud al segundo por haberme brindado las primicias de su trabajo al honrarme con el encargo de hacer su presentación al público lector.

Al libro le diré, finalmente, las palabras del poeta latino: ABEAS FELIX...: que circules prósperamente..., que recorras Comunidades y hogares cristianos..., que bagas las delicias de las personas devotas y sirvas de pasto espiritual a las almas selectas, que habrán de repetir como fruto de su experiencia el dicho de San Bernardo: eo suavior et dulcior quod totum divinum est quod sentitur; tanto más dulce y deleitoso es el trato íntimo con Dios cuanto que es divino todo lo que en el mismo se experimenta.

Palencia, 6 de febrero de 1953.

† JOSÉ, OBISPO DE PALENCIA



INTRODUCCIÓN



D^EUS Caritas est, «Dios es amor» ¹.

¿Quién no se ha conmovido al escuchar o leer estas palabras con las cuales S. Juan nos sumerge en pleno misterio de Dios? Con la misma fuerza con que las hayamos comprendido, responderemos con un grito de reconocimiento salido del fondo de nuestro corazón, diciendo con el Salmista: «Diligam te, Domine», ¡Te amaré, Señor! ² ¡Señor, haced que os ame! ¿Acaso no es el Amor el mandamiento que Vos habéis dirigido a los hombres de todos los tiempos?

«Escucha, Israel: Yahveh es nuestro Dios.

Yahveh es uno. Amarás, pues, a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» dijisteis Vos a vuestro pueblo, por boca de Moisés ³ y Jesús ha confirmado en el Evangelio ⁴ que éste es el primero entre todos los mandamientos, el mismo que N. P. S. Benito nos presenta también el primero, entre los setenta y dos «instrumentos de las buenas obras»: «In primis Dominum Deum diligere ex toto corde, tota anima, tota virtute» ⁵. Todos los santos, siguiendo a San Pablo, nos repiten lo mismo, es decir, que el deber esencial del hombre con-

siste en amar a Dios: «Sin amor vengo a ser como un metal que suena, o campana que retine... Sin amor no soy nada»⁶. El amor de Dios es la esencia de toda santidad.

En la serie de conferencias que han precedido, comenzamos por presentar el ideal de la vida cristiana de una forma muy sencilla, a pesar de lo cual resulta atrayente: ¿qué cosa más llena de vida que la mirada, suele decirse? Todo cristiano, y especialmente todo monje contemplativo, debe reproducir, en cierta medida, la vida de la Stma. Trinidad, viviendo desde aquí abajo, en presencia de Dios, con Él, bajo su mirada. Pero esto que parece tan sencillo, no es siempre tan fácil llevarlo a la práctica. Por eso hemos insistido luego en los dos grandes medios que deben sostener nuestros esfuerzos, que son los mismos que nuestras Constituciones nos proponen para tender a la perfección: la contemplación y la penitencia; presentando primero, el que en sí mismo ofrece más atractivos: por la práctica de la oración el alma se eleva a Dios para solazarse íntimamente con Él. Mas no podrá unirse a Él de una manera habitual, en la perfección de la caridad, mientras no sea purificada, después de haber subido todos los grados de «la escala de la humildad».

En el momento en que lleguemos a estas alturas, podremos prometernos, conforme a la Regla de nuestro bienaventurado Padre, que el Espíritu Santo nos infundirá de repente la caridad. Pero, como ya hemos tenido ocasión de advertirlo, esto no es más que una imagen con la que San Benito quiere llamarnos la atención poniendo más de relieve el trabajo de Dios y el del hombre. Bien persuadidos estamos de que los progresos en la caridad y en la humildad van a la par, y, prácticamente, no se nos da la primera sino a medida que subamos los grados de la escala de la humildad.

Si el amor divino se difunde de esta manera en nuestros corazones, ¿no será para que vivamos de él? Desde los primeros pasos que damos en busca de Dios, se nos convida a hacer actos de caridad interiores y exteriores. Esto es lo que hacemos con la recepción de los Sacramentos y con la oración, uno de los mejores medios que tenemos para conseguir el aumento de esta virtud. Amando se aprende a amar, dice San Agustín.

Tal es el fundamento lógico de la tradición de nuestros primeros Padres cistercienses; los cuales, siguiendo a San Bernardo, unen a un tratado sobre la humildad otro sobre la oración o la contemplación; al comentario sobre el Cantar de los Cantares, un tratado sobre el amor de Dios, *de diligendo Deo*. Parece, pues, normal que nos inspiremos en su ejemplo, orientando en estas

páginas el misterio de la vida cristiana bajo un aspecto que aquí no hacemos más que señalar: *el del amor*.

Este punto de vista se revela prácticamente a muchos cristianos cuando han alcanzado ya cierto grado de purificación y de unión con Dios, o bien en el momento en que se deciden a entregarse a Él sin reserva. Pero también puede seducir igualmente a ciertos corazones sencillos que han permanecido siempre puros, desde que dan sus primeros pasos hacia la perfección. Tanto los unos como los otros quieren amar al Señor; y arrastrados por su amor, desean ejercitarse en la mortificación para despegarse más de las criaturas —en cuanto éstas les apartan de Dios— y de esta manera contemplar cada vez más habitualmente a aquel que las cautiva. Con toda verdad pueden decir: «Amor meus, pondus meum»: «Mi amor es mi peso», mi amor es una fuerza que, a medida que crece, me arrastra más poderosamente, haciéndome practicar con espontaneidad lo que con antelación me impone como un deber. De esta manera, la oración y la ascésis, que antes eran medios para amar a Dios, se convierten ahora en una consecuencia natural de mi amor.

Debería sernos fácil amar a Dios: ¡el amor es una aspiración grabada con tanta fuerza en lo más íntimo de nuestra naturaleza! Y sin embargo, si nos examinamos a nosotros mismos, prescindiendo de los que nos rodean, ¿qué podemos decir? ¿Por qué no amamos a Dios..., o le amamos tan poco? Afirmémoslo con sinceridad: es porque no creemos con suficiente eficacia en su amor para con nosotros. No nos podemos aplicar con toda verdad estas palabras de San Juan: «Et nos cognovimus et credidimus caritati quam Deus habet in nobis», «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en este amor»⁷.

Los santos han creído en este amor, y he aquí por qué han correspondido a él con todas sus fuerzas. Pero ¿de qué naturaleza era el conocimiento que tenían del amor divino? ¿Era únicamente especulativo? De ninguna manera; habían experimentado, y, por consiguiente, comprendían que Dios los amaba con un amor particular, personal, que está sobre todo lo que se puede decir y pensar. Por eso estaban completamente conquistados por él, haciendo realidad estas palabras, tan emocionantes, de la liturgia de Navidad: «Sic nos amantem, quis non redamaret», «¿quién no volverá amor por amor, al que tanto nos ha amado?»⁸.

Tengamos en cuenta que no se trata aquí de exponer ideas nuevas. Conocemos todas las enseñanzas dogmáticas que nos saldrán al paso en el

decurso de este trabajo; pero —confesémoslo con sinceridad— no las vivimos. Para ayudarnos a vivirlas es más importante el amor que la ciencia...

¿Quién será el que comprenda estas palabras que citamos al comenzar nuestro trabajo: «Deus caritas est», «Dios es amor»? Parece que estamos escuchando la voz de nuestro Señor dirigiéndose a su Padre: «Confiteor tibi Pater... quia abscondisti hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis», «Yo te alabo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas grandes a los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado a los humildes y pequeñuelos. Así es joh Padre! porque así fué tu soberano beneplácito». ⁹ Quisiéramos, pues, dirigirnos a las almas sencillas, que tienen hambre y sed de Dios, para ayudarlas a encontrarle. Porque no pueden quedar satisfechas mientras Él no sea para ellas más que un ser lejano, al cual conceden un poco de lugar, en la jornada diaria, para servirle, pero con un servicio que es simplemente «una de tantas cosas» en medio de otras múltiples ocupaciones. Presienten que Dios debe ser todo para ellas, que Él debe llegar a ser alguien que cuenta en su vida y con el cual tienen que contar.

Trátase aquí de una exploración, de hacer una verdadera experiencia. Ciertamente que no se puede dar la receta de esto en un libro, porque no es cuestión de teoría, sino más bien de práctica; pero puédesse por lo menos tratar de despertar en las almas el deseo de esta perla escondida, cuya existencia ni siquiera sospechan, y en seguida mostrarlas el camino por el cual se puedan orientar para poder descubrirlo ellas mismas, de una forma personal, en la hora que a Dios le plazca.

Que tampoco se imaginen, por otra parte, que Dios va a querer que vivan todos los experimentos que vamos a describir en estas páginas. Cada alma tiene su camino propio que el Dios de amor ha trazado para ella. Importa reconocer esto con sencillez y mantenerse en ello con confianza, persuadida de que para ella no hay cosa mejor, aunque haya otros al parecer más atrayentes.

Para ayudar a todos y a cada uno a orientarse, procuraremos recordar alguno de los experimentos más característicos, cuyo testimonio poseemos y que ponen mejor de relieve los elementos esenciales de la acción de Dios en los corazones, y la correspondencia que Él espera de ellos. Pero que nadie se descorazone parciéndole que la mayor parte de estos favores divinos no son para él. El que busca con generosidad, seguro puede estar de que hallará; pero con frecuencia de una manera muy diferente de la que él pensaba de antemano. La experiencia del lugar que Dios debe ocupar en

nuestra vida es siempre posible, aún en un estado casi continuo de impotencia, de sequedad y de aridez.

A propósito de la acción del Espíritu-Santo ¹⁰, precisaremos cuáles son las principales maneras de «gustar» la voluntad divina; y luego que la hayamos gustado, veremos cuán bueno es el Señor. «Gustate et videte quoniam suavis est Dominus» ¹¹.

Tal es el método que emplearemos, siguiendo toda la tradición cisterciense desde los siglos doce y trece ¹². Escuchemos a Sto. Tomás que nos confirma esto mismo:

«En las cosas corporales, dice él, primero se ve y luego se gusta; mas en las cosas espirituales es necesario gustar antes de ver. Nadie conoce si antes no gusta. Esta es la razón por qué se dice primeramente *gustad* y después *ved*» ¹³.

«Cosa extraña, dice el P. Faber; es muy difícil persuadir a otro cualquiera o convencerse a sí mismo de que Dios nos ama. Es una fecha inolvidable y un día digno de memoria aquel en que el conocimiento del amor que Dios la profesa, pasa al estado de convicción sensible; porque el día en que esta convicción se enseñoree de su espíritu, se obrará en su alma una verdadera revolución; será un hombre nuevo: es una especie de conversión» ¹⁴.

Solo el amor puede obrar esta conversión, y él tiene fuerza suficiente para hacerlo.

Es claro que, aun en el orden puramente humano, el amor transforma el conocimiento. Él hace que el alma esté ávida de la verdad, él la dispone a recibirla y hace que penetre hasta en las más íntimas profundidades. Esto es mucho más verdadero en el orden sobrenatural. Como las realidades espirituales escapan a nuestros sentidos, corren el riesgo de dejarnos indiferentes, y no las comprenderemos perfectamente hasta el día en que nuestra voluntad, abrasada por la caridad, sobrepase la verdad que la inteligencia la presenta para adherirse al misterio de la vida divina, y nos permita descubrir en ella, de una forma personal, riquezas hasta entonces insospechadas.

Precisaremos que el amor de que hablamos en estas páginas es esencialmente sobrenatural.

En teología, las mismas palabras: amor, amor de caridad o simplemente caridad, designan, ya el amor de Dios, ya el amor del hombre. No podemos soñar con definir la caridad divina, porque jamás comprenderemos a Dios; pero, por lo menos, tendremos ocasión, en el curso de este estudio, de examinar sus principales manifestaciones.

Por lo que se refiere a nuestra propia caridad, el catecismo —la teología

de los niños—, nos dice que «es una virtud sobrenatural con la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, por amor de Dios»¹⁵. Y si recurrimos a Sto. Tomás para determinar la naturaleza de este amor: «Es claro —afirma, como corolario de un razonamiento riguroso—, que la caridad consiste en cierta amistad del hombre con Dios»; «Manifestum est quod caritas amicitia quædam est hominis ad Deum»¹⁶. Esta definición reúne, en efecto, los diferentes elementos de la amistad: amor de benevolencia fundamentado sobre cierta comunidad de bienes.

Pero esta amistad del todo espiritual no está a nuestro alcance, y no podemos, por consiguiente, comprobar su existencia, sino por medio de los actos que la ponen de manifiesto. Estos deben ser de dos clases: interiores los unos, de orden *afectivo*, y los otros exteriores, de orden *efectivo*, los cuales, por otra parte, se atraen mutuamente. San Francisco de Sales trata esto con admirable precisión.

«Dos ejercicios principales son los del amor de Dios: uno afectivo y otro efectivo, o como le llama San Bernardo, activo: por el primero, amamos a Dios y a todo lo que Él ama; por el segundo, le servimos y hacemos lo que nos manda: aquél nos junta a la bondad de Dios, éste nos hace ejecutar su voluntad; el uno nos llena de complacencia, de benevolencia, de impulsos, de deseos y suspiros, de ardores espirituales, y nos mueve a poner en práctica las sagradas infusiones y mezclas de nuestro espíritu con el de Dios; el otro imbuje en nosotros la firme resolución, la constancia de ánimo y la inviolable obediencia, necesaria al cumplimiento de la divina voluntad; y para sufrir, ratificar, aprobar y abrazar todo lo que de ella nos viniere, el primero nos hace complacernos en Dios; el segundo, gratos a Dios; por el uno, concebimos; por el otro, producimos; por el uno, metemos a Dios dentro de nuestro corazón y le enarbolamos en él como estandarte de amor a cuya vista se ordenan todos nuestros afectos; por el otro, le ponemos a nuestro lado como espada de dilección, por la cual ejercitamos todas las obras de las virtudes»¹⁷.

La palabra «afección» en francés es equívoca, por lo que hay tendencia a desconfiar de ella *a priori* en materia de espiritualidad. No se trata aquí, ni mucho menos, de una emoción afectiva, sino de movimientos semejantes a los que acabamos de citar, que nacen en la voluntad como consecuencia de las operaciones de la inteligencia.

Para Sto. Tomás «el acto principal» de la virtud de la caridad es la dilección «que trae consigo cierta unión afectiva entre el que ama y aquel a

quien ama, al cual mira, de alguna manera, como otro yo, como una parte de sí mismo, y por esto se une a él»¹⁸. De modo que la caridad se ha podido definir: «el movimiento afectivo fundamental por el cual el alma sobrenaturalizada se une a Dios y tiende a su último fin»¹⁹.

Así pues, el acto de caridad no solo consiste primordialmente en un movimiento afectivo de la voluntad hacia Dios, sino que, sin este amor de todo nuestro ser, la caridad quedaría arruinada, porque ¿podrá obrar por amor el que no tiene en su corazón el amor de Aquel por quien pretende consumirse? Mi amor debe probarse con obras. «No todos aquellos que me dicen: "Señor, Señor", entrarán en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos»²⁰.

Pongamos un ejemplo: «Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero, le dijo: "Hijo, vete hoy a trabajar a mi viña". Y él respondió: "No quiero". Pero después, arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque él respondió: "Ya voy, Señor", mas no fué»²¹.

Esta corta parábola, contada por nuestro Señor, podrá hacernos juzgar, examinándola superficialmente, de la siguiente manera: El primer hijo tenía una caridad efectiva, no afectiva; y el segundo hijo tenía una caridad afectiva, no efectiva.

En efecto, el primer hijo rehusa al principio hacer la voluntad de su padre, probando con esto que no le ama del todo. Pero, bien pronto, tocado por el arrepentimiento (amor afectivo), va a la viña (amor efectivo). El segundo hijo habla de su obediencia, pero no hace la voluntad de su amo: Este no tiene ningún amor a su padre. Su protesta no es más que una corteza que no encubre nada. No tiene amor, ni afectivo ni efectivo.

Saquemos de todo esto la convicción de que *nuestra caridad será verdadera en la medida en que sea a la vez afectiva y efectiva*²².

Ciertos estamos de que Jesús nos ha dicho: «Si me amáis, guardad mis mandamientos»²³... Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor»²⁴. Pero falsearía el pensamiento del Maestro el que le dijese: «Con tal que yo cumpla la voluntad de Dios, ya está bien; el Señor no espera más de mí».

Sí, Dios espera otra cosa. Espera que le demos nuestro corazón, que pongamos nuestra voluntad en sus manos, lo más conscientemente y lo más actualmente posible, con la delicadeza propia de los verdaderos amigos. *Jam non dicam vos servos... Vos autem dixi amicos*, «Ya no os llamaré siervos... Mas a vosotros os he llamado amigos», dijo Jesús a sus apóstoles²⁵. Esto mismo

nos dice también a nosotros. Él nos ha escogido para colocarnos entre los íntimos a quienes revela sus secretos. Lejos de limitarse a contar nuestras acciones, está dispuesto a pesarlas con el peso del amor. Que nuestras relaciones con Él sean, pues, verdaderamente afectivas, como suelen ser entre amigos; y entonces nuestra conducta no podrá menos de corresponder a nuestro amor, y Él, a su vez, se nos revelará de una forma completamente nueva.

De hecho, sin embargo, vivimos con demasiada frecuencia replegados sobre nosotros mismos, teniendo siempre delante nuestro yo y todas sus miserias. Como ayuda para olvidarnos de nosotros mismos, vamos, pues, a contemplar en conjunto, las principales manifestaciones del Amor de Dios para con nosotros. A medida que las vayamos descubriendo, veremos cómo se van determinando y concretando las diferentes disposiciones que debemos adoptar para corresponder a los misericordiosos anticipos de las Personas divinas y de la Santísima Virgen María. Si somos fieles, veremos cómo el Espíritu-Santo se va apoderando, poco a poco, de nuestras almas para hacer de nosotros verdaderos hijos de Dios... Entonces descubriremos al Señor de una forma personal; y entregándonos sin reserva a su amor, seremos como zambullidos en el océano misterioso de la vida divina, abrasando nuestros corazones, como al de Cristo, dos solas pasiones: la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Para confirmarnos en este camino pediremos al final a N. P. S. Bernardo el secreto del celo ardiente que le devoraba, convirtiéndole en un gran contemplativo y en un maravilloso apóstol. Escucharemos al doctor melífero enseñar a sus monjes cómo conviene responder sin regateos al amor infinito de Aquel que nos amó el primero: *Ipse prior delexit nos* ²⁶





CAPÍTULO I

EL PADRE NOS AMA



El amor de Dios se presenta a la manera de una joya de innumerables facetas, que es preciso examinar desde ángulos diferentes, si se quiere apreciar con exactitud toda su belleza. Para ello se pueden ensayar muchos métodos. Uno de ellos, muy sencillo por cierto, consiste en considerar las diferentes manifestaciones del Amor de Dios, tal como se han venido desarrollando a lo largo del tiempo, sea en la historia de la humanidad, sea en nuestra vida personal.

Sin embargo, existe una verdad relevante, y es que Dios no es una entidad fría y abstracta, sino verdaderamente ALGUIEN, cuya trascendencia infinita no le impide ocuparse de nosotros sin cesar. De esta manera agruparemos las diversas manifestaciones de su Amor de forma que resalten las diferentes relaciones que, en cambio, podemos nosotros tener con las Personas Divinas.

Si es verdad que todos los hombres deben adorar a un Dios único, Creador y Soberano Señor de todas las cosas, la fe revela a los cristianos que tienen un Padre Todopoderoso que les ha amado el primero, y que pone

todo su poder y toda su sabiduría al servicio de su Amor infinitamente tierno y misericordioso.

I. El amor de Dios a la humanidad

Con frecuencia estamos expuestos a disminuir el amor de Dios; por eso es conveniente que, desde luego, nos coloquemos en el plan de la eternidad, como nos invitan estas palabras: «Deus caritas est», «Dios es Amor»²⁷. Y considerar la vida íntima de Dios, vida sin principio ni fin, que se extiende con antelación a toda criatura, vida solitaria y silenciosa, que al mismo tiempo es gloriosa y feliz.

Henos aquí hundidos ya en el misterio de la vida de la Trinidad, vida de amor, si la hay. El Padre, Principio sin principio, inteligencia infinita, se conoce perfectamente a Sí mismo, y expresa este conocimiento con una palabra única, que es su Verbo, a la cual comunica todo lo que es y todo lo que tiene. La segunda Persona de la Stma. Trinidad es, por consiguiente, la expresión perfecta y adecuada de su Padre. Es igual a Él en todo, y solo se distingue en que recibe la vida, mientras que el Padre la da.

Pero ¿qué hacen el Padre y el Hijo desde toda la eternidad? El Padre mira a su Verbo, tan semejante a Sí mismo, y no puede dejar de amarlo. El Hijo, a su vez, contempla a su Padre, fuente inagotable de toda belleza y de toda perfección, y encauza hacia Él solo todo su amor infinito. Este amor recíproco, mutuo, que salta del uno al otro sin interrupción, es la tercera Persona divina, lazo inefable de las dos primeras, una Persona que es todo Amor: el Espíritu-Santo.

Las palabras son impotentes para dar una idea, siquiera aproximada, de la infinita plenitud de esta vida. Como nos complacemos en repetir, la vida divina semeja para nosotros un océano infinito de Amor, cuyo flujo y reflujo va y viene sin descanso, del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, en la unidad maravillosa del Espíritu-Santo. Vida de unidad y fecundidad tales, que no hay lenguaje humano que las pueda expresar, y que bastan plenamente a Dios para asegurarle una felicidad sin sombras, por toda una eternidad. Dios no tiene necesidad de ninguna otra cosa más.

Pero la bondad es de suyo difusiva —«bonum diffusivum sui»—, dice un axioma escolástico²⁸. De la misma manera, Dios ha querido sacar de la nada otros seres que participasen de su bondad; y de entre éstos, algunos en par-

ricular que fuesen capaces de conocerle como Él se conoce y de amarle como Él se ama, y quiere además que algunas de sus criaturas lleguen a ser «sus hijos».

Esto se pone de relieve particularmente en el texto del Génesis, donde se ve hasta qué punto llega el comportamiento de Dios como Padre amante.

Queriendo hacer una criatura, especialmente escogida, la rodea de sus cuidados y, por decirlo así, de todas sus delicadezas, dando un testimonio bien patente del interés particular que tiene por el hombre²⁹. Como jugando, lanza a los espacios, con una palabra que tiene dejos de indiferencia, la luz, la tierra, los astros, los animales... Pero cuando llega al hombre, cambia de tono. Parece que Dios se reconcentra y... dice en tono solemne: «Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza»³⁰. Luego forma un cuerpo, al cual, con su sople divino, infundió un alma viviente, una cosa en cierto modo semejante a Él, a la cual hace participante de su propia vida divina.

Ved con qué satisfacción Dios aprueba su obra. Hasta aquí, después de cada una de sus creaciones, había dicho: «¡Está bien!». Ahora contemplando toda su obra cuyo coronamiento es el hombre, exclama: «¡Está muy bien!», *Valde bona*³¹.

Por otra parte, el amor de Dios al hombre no se manifiesta solamente en el acto mismo de la creación, sino también en todos los beneficios de que colmó a Adán. Dios le establece soberano de toda la tierra y se esfuerza en hacerle la vida lo más agradable posible. Todas las riquezas materiales están a su disposición, gozando además de dones naturales y preternaturales. Escuchemos cómo describe San Agustín el estado dichoso del hombre en el Paraíso: «Vivía a su placer en el Paraíso, mientras conformase su voluntad con el precepto divino. Vivía gozando de Dios, garantizado por su bondad. Vivía sin necesidades, y de él dependía el vivir siempre así. El alimento estaba al alcance de su mano, y la bebida al de sus labios, para evitarle las molestias del hambre y de la sed. El árbol de la vida le ponía al abrigo de los estragos de la vejez... No tenía que temer ni a las enfermedades de dentro ni a las heridas de fuera, gozando de una salud perfecta en el cuerpo y de una tranquilidad soberana en el alma»³².

Nada le faltaba al hombre porque Dios le amaba como un Padre. En efecto, convidaba a Adán a vivir en su intimidad, en estrecha familiaridad con Él. La sagrada Escritura nos deja vislumbrar las dulces relaciones que existían entre Dios y nuestros primeros padres. Nos muestra a Yahveh «paseando en el jardín a la hora en que se levanta la brisa de la tarde»³³, y lla-

mando a Adán que se esconde avergonzado de su pecado. Este detalle deja adivinar que, otras muchas veces, Adán y Eva venían henchidos de gozo y con la mayor naturalidad a entretenerse con Dios y darle gracias por sus dones.

Estas conversaciones, tan cordiales, ponen de manifiesto el lado afectivo de su amor. Pero Yahveh quería que este amor fuese perfecto; y por consiguiente, también efectivo; y así le procura ocasión de probar la veracidad del mismo, por medio de un acto libre y voluntario de obediencia, con el cual confirma su perfecta dependencia de Él.

¡Esto es lo que Dios pide en el momento en que se muestra el más tierno de los Padres! Pero la respuesta de Adán es la de un hijo ingrato. A pesar de su vida de intimidad con el Señor, a pesar de su conocimiento experimental del amor divino, a éste antepone el de su propia excelencia. En su anhelo de ser como Dios, la criatura se revela contra su Criador y, con este primer pecado, labra la desdicha de toda la humanidad, y ésta queda para siempre separada de su Señor, que ya nunca más la podrá amar.

Parémonos aquí un momento para preguntarnos si Dios no habrá experimentado una especie de *decepción* ante tal ingratitud. Si logramos responder satisfactoriamente a esta cuestión, tendremos mucho adelantado para conocer la naturaleza del amor de Dios a los hombres.

Algunos pensarán: Dios es inmutable y sabe perfectamente todo lo que va a pasar. Ciertamente sí; pero ¿habrá que considerarle por eso imposible frente al hombre? Y con esto tocamos ya los misterios de la vida divina. ¿Quién pretenderá expresar todas las riquezas de la misma? Seguramente, existirán en Dios atributos de los cuales ignoramos hasta el nombre, por la sencilla razón de que en las criaturas no encontramos de ellos más que reflejos deformados y mezclados siempre con alguna imperfección.

El mismo autor sagrado del Génesis no tiene reparo en decir: «Yahveh se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra, se afligió en su corazón y dijo: «Exterminaré de la faz de la tierra al hombre que crié, desde el hombre hasta los animales domésticos, los reptiles y las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho»³⁴. Son maneras de hablar analógicas que tienen la ventaja de hacernos entrever lo que es Dios. El escritor sagrado quiere darnos a entender aquí que la malicia del hombre fué tan sin medida, que, si fuera posible, alteraría la felicidad y la alegría de una naturaleza inmutable»³⁵.

En todo caso, estemos plenamente persuadidos de que el Dios viviente y verdadero no es el Ser imposible de los deístas, sino que se ocupa realmente

del hombre y de sus reacciones. Así es, por otra parte, como le concibe San Benito, el cual nos le muestra inclinado continuamente sobre nosotros, siguiéndonos siempre por todas partes con su mirada: *In omni loco, Deum se respicere pro certo scire*.³⁶ todos los días nos llama y nos aguarda: —«quotidie clamans... expectat nos;»— y parece que es nuestra respuesta la que determina su modo de proceder con nosotros: con los hijos ingratos se muestra como Padre airado, —«iratus Pater»— y hasta como Señor pronto a castigar, —«metuendus Dominus irritatus»—; mas con los hijos fieles, es, por el contrario, el Padre tierno —«pius Pater»—, siempre dispuesto a perdonar y dar la vida³⁷.

¿No nos permiten vislumbrar estos principios lo que ha pasado en Dios después del pecado de Adán?

Procuremos, ante todo, no fijar nuestras miradas de tal modo en la inmutabilidad, la gloria intrínseca o la eternidad de Dios, que lleguemos a considerarle indiferente a todo lo que pasa fuera de Él; de otra manera pronto llegaríamos a hacernos esta pregunta: ¿Qué puede hacer a Dios un pecado mortal más o menos? Y si es así, ¿por qué reprimirnos?

Hagamos notar un hecho cierto: si es verdad que Dios se arrepintió de haber criado al hombre, sin embargo, no le ha reducido a la nada. Se vió obligado a castigarle para que se diera cuenta de la gravedad de su falta, pero tuvo prisa igualmente por darle un testimonio de su misericordia. La falta de Adán, proporcionó también ocasión a Dios para manifestar un nuevo aspecto de su amor a los hombres, amor esencialmente *misericordioso*. Para poner esto más de relieve, permítasenos resumir aquí un pasaje del primer sermón de San Bernardo sobre la Anunciación de la Stma. Virgen, sermón tan célebre, que inspiró en la Edad Media un misterio titulado: «El proceso del Cielo». No tomaremos a la letra el drama que se desarrolla en el Paraíso, entre las cuatro virtudes —justicia y verdad por una parte, misericordia y paz por otra— dadas por Dios al hombre como un vestido de salvación. Este drama nos ayudará a entrever algo de lo que es el Corazón de Dios.

Antes de la caída, la misericordia era la guardiana del hombre, la verdad su preceptor, la justicia su guía y la paz su nodriza. Pero el hombre cae en manos del diablo que le despoja, dejándole desnudo y herido sobre el camino. Las cuatro virtudes que constituían su gloria, le abandonan y entablan entre sí una lucha. Mientras que la justicia y la verdad abruman al desdichado Adán, la misericordia y la paz defienden su causa delante de Dios. Este, el Padre, cita a su presencia a las cuatro querellantes: «Adán ha pecado; que

muera con todos sus descendientes», dice inexorable la justicia. ¿Para qué, replica la misericordia, para qué, Padre, me habéis engendrado, si tan presto he de perecer?

Dios Padre, remite el juicio a su Hijo, porque «al Hijo se le ha dado toda la potestad de Juzgar». El cual pronunció esta magnífica sentencia: «Una dice: ¿Qué va a ser de mí si Adán no muere? La otra replica: Estoy perdida si no se usa con él de misericordia. Pues bien, establezcamos una muerte buena y santa, con lo cual una y otra habrán obtenido lo que piden. Mas ¿cómo se hará ésto? Será así —prosigue el Juez—, si hallamos a alguno que, sin deber nada a la muerte, consienta en morir por amor al hombre. Todos se pasmaron al oír las palabras de la Sabiduría; pero ¿cómo encontrar ese ser inocente e inmaculado que se preste a morir, no por solventar una deuda propia, sino por pura liberalidad; no por haberla merecido, sino por puro beneplácito? Sale al punto la Verdad a dar la vuelta al orbe entero, y no halla a nadie totalmente libre de mancha, ni aún el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra. La Misericordia, a su vez, registra todo el Cielo, aún en los mismos Angeles encuentra, no diré la maldad, pero sí una caridad menor que la que se busca. Entonces la Paz las llama aparte, y procura consolarlas diciéndoles: Vosotras no entendéis palabra acerca de este asunto, y es inútil que os devanéis los sesos; porque no hay nadie, absolutamente nadie, que pueda realizar esta hazaña. Solo Aquel que indicó el remedio es capaz de aplicarlo. Entendió el Rey lo que quería significar con esto, y dijo así: "Pésame de haber hecho al hombre". Pena tengo, dice; pues a mí me toca tolerar la pena y hacer penitencia por el hombre que yo crié. Mas al punto añadió: "Vedme ahí, ya vengo"; no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba»³⁸.

El Verbo lo hizo porque tal era, en realidad, la voluntad de su Padre en su amor infinito a los hombres: «De tal modo amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito»³⁹. Y el Hijo, para rescatar la desobediencia de Adán, obedeció, obligado a la vez por el amor a su Padre y por su amor a los hombres, a nosotros.

Tal es, a grandes rasgos, la historia del amor de Dios a los hombres antes de la realización en el tiempo del misterio de la Encarnación. Ello nos demuestra ya, en admirable resumen, hasta qué punto ama Dios a la Humanidad. Dios, impulsado por su amor, cría al hombre, por un decreto libre de su voluntad, para hacerle participante de la vida y de la felicidad eterna de las Tres Divinas Personas; el hombre rechaza por el pecado esta vida y esta felicidad; y, a pesar de todo, Dios no le abandona; redobla sus misericordias

entregando a la humanidad lo que tiene de más precioso, que es su Hijo único, para salvarla y para darle otra lección de cómo debe amar a su Criador. ¿Le reconocerá por fin por lo que es, un Padre infinitamente amante?

Estas grandes realidades nos dejan casi impasibles. Estamos demasiado habituados a estas palabras: «Et Verbum caro factum est», y con harta frecuencia las recitamos casi maquinalmente. No nos impresionan, y así es como volvemos a recaer en todas las ingratitudes que acabamos de recordar.

Pero un amor global de Dios a la humanidad, ¿será capaz de conquistar nuestro corazón? Más: si ese amor se dirigiera de hecho a cada uno de nosotros personalmente, ¿no sería como un gran foco de luz que trocara nuestra vida y trasformara todo lo que encuentra a su paso?

II. Dios me ha amado el primero

Dios ama a todos los hombres; pero su amor no hace partijas, y se da todo entero a cada uno de nosotros. Esta verdad nos pone delante de una realidad sorprendente para una pobre criatura limitada por el tiempo: la eternidad del amor de Dios por mí. En aquella vida solitaria y silenciosa de las Tres Divinas Personas que evocamos a cada instante, yo ocupaba ya un lugar. Dios puede decirme a mí, como a cada hombre en particular: «Te he amado con amor eterno», *In caritate perpetua dilexi te* ⁴⁰.

¡Qué revelación! ¡qué luz! ¡qué sostén! ¡qué tesoro!, exclama Mr. Gay, ante tal realidad. Sí; antes que el mundo fuese; antes que comenzasen las horas y cantasen el primer himno los Angeles, primogénitos de la creación; cuando nada existía sino Dios, que extasiado en su propia hermosura, por esencia rico de todo bien, inundado en su propio océano de Amor inexhausto, fecundo, glorioso y absolutamente feliz, vivía solo y exclusivamente en sí mismo, sin objeto alguno exterior de su mirada; en resumen, cuando todavía yo no era, ya su palabra sustancial pronunciaba mi nombre, ya me amaba como una madre al hijo que tiene en los brazos. Sí: aquella palabra, que es el Verbo de Dios, por Dios pronunciada eternamente, aun antes de crear el mundo, era palabra creadora, que en sí contenía, como causa y ejemplar, todo cuanto Dios había resuelto sacar de la nada. Sí; allí estaba yo, no tal ¡ay! como soy, sino tal como debiera ser; no tal como me he deformado tantas veces por mi mal empleada libertad y mi pecado, sino tal como me ha reformado la gracia, y tal como espero ser un día en la gloria. Sí, Dios al

verse, me veía; y así como eternamente se goza en aquel su Verbo con infinita complacencia, estrechándole —si cabe así decirlo— con la insoluble lazada de aquel Amor sustancial, sumo, ardiente, inextinguible que se llama el Espíritu-Santo; así también, amoroso, abrazaba todo cuanto aquel Verbo contenía: en él era yo, pues, abrazado por mi Dios. Pero ¿no está dicho todo con decir que me amaba? Sí; al amarse me amaba, como al verse me veía: su amor a mí es sin edad como el que tiene a sí mismo; es amor eterno ⁴¹.

He aquí una verdad que proyecta luz singular sobre la grandeza de nuestra alma y el sentido de nuestra vida. ¡Tenemos tan marcada tendencia a reducir al minimum la acción divina! Tal es, sin embargo, la realidad: existimos únicamente porque Dios piensa en nosotros y nos ama; y no se ocupa de cada criatura racional que aparece sobre la tierra, como de una cosa cualquiera, no; se ocupa de ella viéndola en Cristo, porque «Él nos ha elegido desde antes de la creación para que seamos santos e irreprehensibles delante de Él».

Y ¿cómo ha sido ésto? «In caritate», «en su amor» ⁴². Dios nos ha elegido por amor, Él nos ama a todos en general, pero también a cada uno personalmente desde toda la eternidad. Este es el hecho, que pasará para nosotros desapercibido si no reflexionamos en él. ¿No será él solo capaz de conquistar nuestro corazón para siempre? Hagamos callar por un momento todos nuestros razonamientos, las dudas mezquinas, y no busquemos razones especiosas para eludirlos ante las pequeñas dificultades cotidianas. Pensemos en una sola cosa: *Dios nos ama con amor eterno*. ¿Y yo rehusaré volverle amor por amor?

Pero este amor ¿es razonable? Lo es en extremo. De tal manera sobrepuja a mi pobre razón, que me abruma y me obliga a preguntarme a mí mismo: ¿Cómo puedo yo tener la pretensión de poder corresponder a tal amor? Me doy por vencido de antemano. Aunque yo hubiera amado a Dios desde el primer destello de mi razón, iría ya a la zaga de su amor por mí, y no me podía pedir que me adelantase a mi razón. Sólo la Santísima Virgen podía hacer esto.

¿Cómo he empleado yo todo el tiempo que Dios me ha concedido hasta aquí? ¡Ay!, con mucha frecuencia, en ofenderle, en menospreciar su amor o, por lo menos, en tratarle de cualquier manera, pensando en todo menos en Él. ¿Qué puedo yo hacer en este momento en que comienzo, por fin, a descubrir el amor inverosímil que Dios me tiene? El tiempo perdido no se recu-

pera ya. He malbaratado mi vida... No contribuyamos a malgastarla más todavía, dejándonos arrastrar de esos pensamientos que solo prueban la poca y corta experiencia que tenemos del amor divino.

Existe un medio de reparar todos los agravios que hemos hecho a Dios: «Gracias a la misericordia de nuestro Dios, le hay: tenemos un tesoro con que saldar esta cuenta: nos le ha dado —¿cómo había de fallar en ésto?— el amor mismo. Este tesoro son las lágrimas santas, las lágrimas de penitencia; no las que materialmente corran por nuestras mejillas —pues éstas, ni se las da Dios a todos, ni tampoco las exige a ninguno— sino las que arrancan del corazón contrito y humillado» ⁴³.

Así, pues, sea el que quiera nuestro pasado, desterremos de nosotros todo temor desde el momento en que comencemos de veras a orientar la vida cristiana desde el ángulo del amor. La convicción profunda del amor eterno que Dios nos tiene debe despertar en nosotros un vivo arrepentimiento de nuestras faltas pasadas; pero un arrepentimiento que, lejos de deprimirnos, nos espolee, por el contrario, a amar con más ardor, y de esa manera repararlas mejor. Tal es el papel importantísimo que la *compunción* está llamada a jugar en nuestra vida. Esta es la razón por qué San Benito insiste con tanta frecuencia sobre esto en su Regla ⁴⁴. Jamás nos debemos descorazonar ni desanimar a la vista de nuestras miserias y de nuestra debilidad. Lo que hace que realmente seamos puros, —comprendámoslo bien,— es nuestro amor ⁴⁵. Porque amar es buscar a Dios de veras, y, como consecuencia, desprenderse de todo lo que pudiera estorbar nuestro vuelo hacia Él.

Por consiguiente, ya que hemos vislumbrado un poco el amor eterno de Dios por nosotros, apliquémonos a cubrir el pasado con el velo de una compunción más profunda cada día; y por lo que mira al porvenir, estemos firmemente decididos a mantenernos resueltos, constantes e inquebrantables en nuestro amor a Él.

Podemos tomar esta resolución con tanta mayor confianza, cuanto que estamos seguros de que Dios continuará amándonos siempre el primero, y sosteniéndonos para que podamos corresponder a su amor. Él usa de misericordia con nuestra miseria y nos atrae a Sí para hacernos participantes de su vida. —«In caritate perpetua dilexi te, ideo atraxi te miserans» ⁴⁶—. Este elemento característico de su amor eterno se halla igualmente en su amor creador.

Dios me ha sacado de la nada, dándome un lugar entre las criaturas, ajustándose a toda esa gama de delicadas atenciones que supone el medio am-

biente nacional, social y familiar con que ha venido marcada mi entrada en el mundo. El acontecimiento nos parece tan natural, que no alcanzamos su grandiosidad. Sin embargo, el P. Faber ha encontrado materia en él para una larga obra. «El Criador y la criatura», en cuyas dos solas palabras ha analizado todas las maravillas del amor divino que encierran. Dice que el *amor creador* le impresiona más que el amor redentor: son dos «maravillas, sin duda, pero la primera es la más grande»⁴⁷. Ni rastrear podemos todo lo que implica este gesto del Señor, llamándonos a la existencia: Sí, la bondad de Dios en nuestra creación es inenarrable... ¡Qué felicidad el pertenecerle, el sentirnos enteramente bajo su dependencia!... ¡Qué alegría el saber que es tan inmenso, que no nos podemos evadir de su presencia, que ve las cosas con tanta claridad, que su mirada lo descubre todo, que, en presencia de su eternidad, no somos más que nada, pero una nada que vive porque Él la ha amado!⁴⁸.

He aquí lo que ha de fortalecer nuestra voluntad para corresponder a su amor.

«¿Quiere decir esto que cada hombre, por el hecho mismo de ser criatura, esté obligado a *ser* lo que se llama *un santo*, o un hombre perfecto, según se expresa la Teología?» Y el P. Faber responde: «No podemos decir que sí, ni tampoco nos atrevemos a decir que no. Pero sí nos atrevemos a adelantar que la simple exposición de nuestro estado y, por consiguiente, de nuestros deberes de criaturas, nos lleva a la afirmación de que el servir a Dios por amor, no es carácter exclusivo de lo que se llama *alta espiritualidad*, sino una consecuencia del hecho mismo de la creación»⁴⁹.

Por el solo hecho de que Dios nos ha creado, deben brotar espontáneamente de nuestro corazón el agradecimiento, la adoración y el amor. «Amémosle, pues, porque Él nos ha amado primero»⁵⁰.

III. «El Padre me ama»

¿Debemos considerar al Señor solamente como nuestro Criador? ¿No es Dios verdaderamente nuestro Padre y, por consiguiente, nuestra posición con relación a Él no debe ser esencialmente filial?

Lo que hemos dicho del amor de Dios a la humanidad, lo deja presentir con evidencia; y estudiando todas las riquezas, tanto de orden natural como sobrenatural, que Dios nos comunica, descubrimos que Él es nuestro Padre de una forma muy real y que sobrepasa infinitamente a las diversas clases de

paternidad que se dan aquí abajo. Porque el Todopoderoso no se contenta con probarnos su amor de benevolencia, criándonos a su imagen de una vez para siempre, sino que nos sostiene continuamente en el ser, y nos da a cada instante las fuerzas que necesitamos para vivir y obrar en cualquier circunstancia. Nuestra conservación es una perpetua creación. Pero, por este camino, lo único que conseguiríamos sería una convicción demasiado teórica, que pondría en peligro nuestra adhesión total. Nosotros pretendemos, más bien, llegar a una experiencia personal y viviente del amor del Padre por nosotros.

Si esto nos es posible,— y en caso afirmativo, de qué manera podemos llegar a conseguirlo,— sólo el que ha visto al Padre nos lo puede decir. El Verbo, el Hijo Eterno de Dios, se hizo hombre para salvarnos, reconciliándonos con su Padre y, al mismo tiempo, ser nuestro Maestro, con su palabra y con su ejemplo. Entremos, pues, con toda sencillez en su escuela, y en seguida escucharemos la respuesta a la cuestión que a cada momento pondremos sobre el tapete.

Sí, *Dios es* vuestro Criador, pero también es *vuestro Padre*. «No tenéis más que un solo Padre que está en los cielos»⁵¹. La venida de Jesús ha tenido por objeto especial el revelarnos al Padre: «Nadie viene al Padre si no es por Mí»⁵². «Quien me ve a mí, ve a mi Padre»⁵³. En el Evangelio habla con frecuencia de esto, sobre todo en los capítulos XIV al XVII de San Juan, donde el nombre del Padre se le viene a la boca sin cesar, pronunciado con un amor y una veneración indecibles. Cristo, sin embargo, se dirige con preferencia a los humildes, a los pequeños, porque sabe que el Padre los ama con amor de predilección: «Yo te glorifico, Padre mío, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas, por haber sido de tu agrado que fuese así»⁵⁴. Hagamos un acto de fe en estas palabras de nuestro Señor con las que nos enseña que tenemos un Padre infinitamente paciente y misericordioso, que hace nacer su sol, manda su luz sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores»⁵⁵. Él penetra en lo más profundo de nuestras almas⁵⁶ y conoce todas nuestras necesidades⁵⁷. Es la Bondad suprema y, como buen Padre, es todo solicitud, indulgencia y misericordia para sus hijos.

¿Cómo podremos nosotros testimoniarle nuestro amor? Ante todo, suplicándole con las espléndidas palabras que el mismo Cristo enseñó a sus Apóstoles: «Padre nuestro que estás en los cielos...» Luego, cumpliendo en

todo su voluntad con amor. El Padre quisiera poder decir de cada uno de nosotros lo que un día dijo a Satanás: «¿Te has fijado en mi siervo Job?»⁵⁸. Que es como si dijera: ¿Te has fijado qué bien me sirve? Hasta tal punto estaba atento a todas las acciones que Job hacía por Él, que se mostraba ufano de ello. Del mismo modo está atento, aun a las cosas más insignificantes que hacemos por cumplir su voluntad. Si estamos bien persuadidos de esto, desearíamos llegar mucho más lejos, aplicándonos a hacer sonreír siempre a nuestro Padre que está en los cielos. El saber que por medio de estas múltiples delicadezas, en tantas menudencias de cada día, podemos agradar a Dios de tal manera que seamos su alegría y su dicha, es una fuerza muy poderosa para las ocasiones en que estamos tentados a obrar de cualquier manera.

Pero Dios no se deja vencer en generosidad, y cuando el Padre ve almas que se esfuerzan en probarle su amor del mejor modo que pueden, y, a pesar de sus muchas debilidades y torpezas, de las que todavía no se ven libres, les manifiesta cuánto las ama. El día que tengan verdadera conciencia de esto, será para ellas una auténtica revelación que revolucionará y cambiará completamente toda su vida. Las palabras son impotentes para traducir los sentimientos que entonces experimentarán. Trátase de un descubrimiento íntimo, pero del cual no se puede dudar.

Se cree comprender por primera vez el sentido de estas palabras de nuestro Señor en las que antes no se paraba mientes: «Si me amais», es decir, si cumplis lo que os he enseñado, «mi Padre os amará»⁵⁹. ¡Qué pasmo en el momento en que se realiza, aunque sea en pequeña dosis, esta afirmación! ¿Qué será cuando nuestro Señor nos la haga gustar con toda su fuerza?

Un Dios, —el Padre de Jesús,— me ama..., «¡Pater amat me!». Me ama como ama a su propio Hijo. Cuando uno ha pasado por este estado, verdaderamente tiene experiencia del amor de Dios. Hasta aquí, procuraba amar a Dios por sus propias fuerzas, pero ahora se siente amado de Él, y ¡con qué amor! ¿Cómo ha podido dudar de ello hasta este momento? Es una fecha que jalona su vida aquella en que comprende que se le ama tan personalmente: «¡Pater amat me!». Desde entonces ya no necesita de nada. Esto le basta. Ha comenzado una vida nueva. Creemos firmemente en el amor del Padre; porque lo hemos gustado un poquito. Sabíamos perfectamente que teníamos un Padre, ahora estamos persuadidos de ello hasta la evidencia. Un secreto ardor nos impulsa a probarle nuestro amor. Lo mismo que Jesús, ya no queremos vivir más que para nuestro Padre. Al despertar, nuestra primera sonrisa es para Él, como para el más tierno de los padres. Le damos gracias

por habernos guardado durante la noche, y le ofrecemos de todo corazón la jornada que comienza, diciéndole: que en todo momento queremos ocuparnos de Él y de sus intereses, a fin de hacerlo todo con amor y generosidad para darle gusto en todo.

Durante la oración nos mantendremos en estas disposiciones y resoluciones. En la comunión, después de haber recibido a Jesús en nuestro corazón, nos consideraremos felices de poder ofrecerle al Padre: «Padre, ¡poned vuestras complacencias en Vuestro Hijo que vive en mí!». Y a este Amado Hijo del Padre le confiaremos nuestras intenciones, suplicándole nos ayude a realizarlas por medio de la asistencia especialísima de su divino Espíritu.

Como Jesús, y con Él, nos aplicaremos, conforme a nuestros deberes de estado, a comprender y ejecutar íntegramente la voluntad del Padre, así como sus menores deseos. Nos complaceremos en repetir —haciéndolas nuestras y procurando gustar algo de la alegría que Él experimentaba— las palabras de Jesús: «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre», «quæ placita sunt ei facio semper»⁶⁰.

Andaremos siempre, como buenos hijos, bajo su mirada paternal, juzgando todas las cosas a la luz de su amor, a fin de no formar más que un espíritu, un solo corazón y una sola voluntad con Él.

Con Jesús, en todas las circunstancias de la vida, aun las más penosas para la naturaleza, no queremos tener en los labios, y sobre todo en el corazón, sino estas palabras: «Ita Pater». «Sí, Padre, porque tal es vuestro beneplácito». Quoniam sic fuit placitum ante Te⁶¹. «No lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis»⁶²; o también: «Quia diligo Patrem... sic facio»⁶³. Porque amo al Padre, con tal que Él sea feliz, no pido otra cosa. En esto solo cifro mi alegría y mi felicidad.

Mas para conservar continuamente esta actitud del alma, es necesario prolongar la oración y la comunión de la mañana, y en cuánto esté en nuestra mano, recurrir de nuevo a la oración para sacar de ella la fuerza necesaria.

¡Ah! ¡Qué bella y llena de misterios es la oración de un verdadero hijo de Dios! Tiene algo de la oración misma de Jesús que algunos han intentado describir de una manera tan emocionante: Jesús oraba solo, en la cima de las montañas de Palestina, en la soledad y en el silencio de las noches de Oriente.

¿Quién podrá decir algún atisbo de esos divinos coloquios entre el Padre y el Hijo, cuyo solo recuerdo nos arropa enteramente, ayudándonos a orar, es decir, a hablar de corazón a corazón con nuestro Padre del Cielo, tan amante y tan amado?

Por lo demás, nada nos satisface tanto como las palabras mismas de Jesús que tienen, por otra parte, un sentido tan lleno, tan profundo y tan misterioso.

«Padre nuestro que estás en los cielos». El Padre de Jesús, del Verbo encarnado, que es también el mío. «¡Santificado sea Tu Nombre!» Él solo merece la gloria y, ¡cuántos hombres se la niegan y le ofenden! «Venga a nos tu reino». Todos los hombres le pertenecen, pero ¡cuán pocos le conocen y le aman! «Hágase vuestra voluntad». Yo, que tengo la inmensa dicha de conocerlos, no quiero vivir más que para hacer esta amable y siempre paternal voluntad. «Así en la tierra como en el cielo». Sí, a esto aspiro, a ser uno con Vos, un solo espíritu, un solo corazón, una sola voluntad. Esta es mi misión, y también la fuente de mi felicidad en el cielo y ya aquí abajo. Porque en la medida que yo os ame, «me daréis el pan de cada día, me perdonaréis las ofensas que os haya hecho... y no me dejaréis caer en la tentación, sino que me libraréis de todo mal».

Esta oración, dicha en el estado de que acabamos de hablar, y pausadamente, en el silencio, en presencia de Dios, está llena de plenitud; lo dice todo, lo encierra todo, basta para todo.

Se encuentran almas de Dios que, como Santa Teresa, no dicen más que estas palabras, enseñadas por el Hijo Unigénito del Padre, palabras sencillas que sólo comprenden y gustan los verdaderos hijos adoptivos de este mismo Padre.

A veces, desde el principio de esta divina plegaria, las dos primeras palabras: «Padre nuestro» nos embargan de tal modo, que la alegría y la unción nos acompañan en el curso de nuestras ocupaciones; y la luz y el valor, en medio de toda clase de pruebas y dificultades.

Verdaderamente el amor del Padre para sus Hijos es de una ternura que sobrepasa a todo lo imaginable. Es un amor que penetra, conforta y da a los que le experimentan una confianza inmensa en Dios, del cual, en adelante, ya no dudan y se abandonan en sus brazos en todas las circunstancias. En este estado, aunque se nos escapen faltas pequeñas, no nos descorazonamos por ello; sino que, conscientes de nuestra debilidad y de nuestras miserias, nos volvemos al Padre con humildad y confianza: «Pater peccavi», —«Padre, he pecado»,— y bien pronto nos sentimos perdonados e inundados de su amor. Mientras más conciencia tengamos de nuestra miseria, más nos atrae Dios y más se entrega a nosotros. Tenemos sed de Él, y comprendemos que también Él tiene sed de nosotros y reclama nuestro amor. Desde este momento le podemos dirigir las más tiernas y delicadas palabras.

De esta manera el amor del Padre nos afina en una *confianza* que se hace más sólida y firme de día en día, y nos da, al mismo tiempo, confianza absoluta en el porvenir. Entonces creemos verdaderamente en la Providencia, porque experimentamos más y más los delicados cuidados con que nos previene. Las palabras de Jesús en el Evangelio, a propósito de la bondad del Padre, nos arrebatan.

«Maestro bueno», —le dice un joven rico.— «¿Por qué me llamas *bueno*? —le responde Jesús—. Nadie es *bueno*, sino sólo Dios» ⁶⁴. ¿No es verdad que dos pájaros se venden por un cuarto y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tenéis, pues, que temer: valéis vosotros más que muchos pájaros» ⁶⁵.

«Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas?... Contemplad los lirios del campo cómo crecen y florecen: ellos no labran ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo, que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de estos lirios. Pues si a una hierba del campo, —que hoy es y florece, y mañana se echa en el horno,— Dios así la viste ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! No os acongojéis, pues, que bien sabe vuestro Padre las necesidades que tenéis» (de alimento, de bebida, de vestidos...) ⁶⁶.

El alma que ha llegado a este grado de *abandono*, no duda ya de Dios, y tiene la convicción de que Dios tampoco duda de ella. Este es uno de los elementos esenciales del caminito de Santa Teresa del Niño Jesús: «La santidad... consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad, y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» ⁶⁷.

Cuando llegan esos momentos de angustia, que de vez en cuando nos asaltan, el primer movimiento es ponerse en la presencia de Dios y repetir pausadamente al Padre Amado: «Dios mío, *Vos lo sabéis todo*» —y en este todo no se exceptúa nada,— «*Vos lo podéis todo*» —con una sola palabra vuestra puede cambiar todo,— «*Vos me amáis*» ¡con un amor que está sobre todo! Con frecuencia, esto sólo basta para que vuelva la paz. Dios nos acaricia y anima, ni más ni menos que una madre a su hijo, con lo cual renace la confianza, el amor crece gradualmente y sin cesar, y nos vamos adentrando más y más en los secretos de la familiaridad divina, con relaciones pletóricas del respeto y de la adoración, del amor y de la confianza que Jesús sentía por su Padre.

Desasidos ya de todo apego a las cosas creadas, no tenemos más que un deseo, que no es otro que el de revelar estas sublimidades a nuestros hermanos, el de abandonar esta tierra de destierro, para vivir en el cielo, cara a cara con el Padre y con toda la Familia divina. Con todo, los que ya han descubierto el secreto del amor al Padre, permanecen en un abandono completo: «No deseo más morir que vivir; si el Padre me da a escoger, no escogeré nada, no quiero más que lo que Él quiere. Amo y me complazco en lo que Él haga»⁶⁸. Esperan únicamente la hora de Dios, y cuando todo esté consumado, pondrán con toda confianza su espíritu en las manos del Padre, cuyo amor es lo único que han buscado hasta el fin, hasta el extremo.

¡Qué vidas más bellas éstas! Esta debía ser la vida de todos los cristianos. ¿No es ésta la que se nos brinda a nosotros, hijos privilegiados de Dios?





CAPÍTULO II

EL HIJO NOS AMA



A vida de amor, a la que el Padre convida a todos y a cada uno de sus hijos, se presenta como un ideal, digno de ser el objeto de nuestros más ardientes deseos. Pero no debemos extrañarnos de que no sea la Persona del Padre la que más nos cautiva. Él mismo, en su inmenso amor, nos ha dado a su Hijo con el fin especialísimo de llevarnos a Él. Nadie viene a Jesús si el Padre no le trae, como tampoco nadie va al Padre sino por Cristo. Así está ordenado en el plan divino.

El Padre nos prueba su amor especialmente, dándonos a su Hijo; luego parece que se esconde, invitándonos a que nos dirijamos al Verbo encarnado. Éste, para conducirnos con más seguridad al Padre, pone todo su empeño en ganarse la confianza de todos los hombres en general y de cada uno de ellos en particular, descubriéndoles entonces los secretos de su amor. Va más allá; continúa cada día enseñándonos cómo nuestra amistad débese mostrar cada vez más llena de delicadeza y de generosidad: nada es difícil para aquel que ha descubierto a Jesús viviente en el Tabernáculo.

I. El amor del Verbo encarnado a todos los hombres

Hemos recordado, en el capítulo precedente, cómo la segunda Persona de la Santísima Trinidad, por el amor que profesa al Padre y también por el que nos tiene a nosotros, aceptó el encarnarse, para reparar el pecado de Adán. Entre los beneficios que el Verbo, al hacerse hombre, nos reportó, fué el principal el que pudiésemos vislumbrar con más facilidad el amor que Dios nos tiene. Sin la Encarnación nos hubiera sido muy difícil sospechar siquiera la grandeza de este misterio, que queda, por decirlo así, muy lejos y hasta fuera de nuestros alcances. Pero después que Cristo hubo nacido en Belén, el Amor infinito se nos presenta en un Corazón de carne, cuyas maravillas podemos contemplar, con respeto sí, pero con entera libertad.

¡Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor!
¡Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones!
¡Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad!

Así se expresa la Iglesia para decirnos la inmensidad y la plenitud del amor de Cristo. El Divino Corazón es, en efecto, el Corazón de un Hombre-Dios, que ama infinitamente como Dios y perfectamente como hombre. El amor de Jesús posee, al mismo tiempo, todas las perfecciones divinas y todas las delicadezas humanas. Abramos el Evangelio y descubriremos cómo en su trato con los hombres se muestra infinitamente tierno y divinamente fuerte.

Parece como que, para cumplir su misión, Cristo se haya esforzado por ganarse la confianza de los hombres. Vemos que inventa mil delicadezas para atraerse sus corazones. No se presenta delante de ellos como un amo majestuoso y altanero, sino como un amigo lleno de compasión, profundamente dulce y humilde; y para revelarles «la ternura y la delicadeza de su amor», recurre a imágenes y comparaciones, tan conmovedoras por su inspiración, como sencillas por su léxico, al alcance de todos.

Jesús es el Buen Pastor; conoce por su nombre a cada una de sus ovejas: elige para ellas los pastos más nutritivos; está intranquilo por las ausentes, parte inmediatamente en busca de la pobre descarriada, y, para evitarle la fatiga del camino, carga con ella sobre sus hombros y la vuelve arrepentida al rebaño.

Jesús es el Padre de familia que colma de caricias a todos sus hijos, a pesar de sus ingratitudes. Vive en la intimidad con el que permanece en casa, a pesar de que conoce la mezquindad de su corazón. Se pasa el día suspirando por el pródigo, y cuando le distingue en lontananza, al regresar avergonzado y contrito, corre a su encuentro, le abraza y, olvidando sus ofensas, le restablece gozoso en todos sus derechos.

Jesús es la madre llena de ternura para sus hijos chiquitos. Del mismo modo que la gallina cobija bajo las alas sus pollitos, así quisiera Él guardar en su Corazón todas las almas, para preservarlas del mal. Sabemos cuán expresiva era para Santa Teresa del Niño Jesús esta imagen tan sencilla: «He llorado —dice a su hermana—, pensando que Dios ha querido valerse de esta comparación evangélica para que creamos en su ternura paternal. Es lo que ha hecho conmigo durante toda mi vida; me ha escondido completamente bajo sus alas»⁶⁹.

Jesús es el Esposo que promete a las almas vigilantes nupcias misteriosas, alegrías eternas.

Todas estas figuras, y otras muchas, son la expresión de una sublime realidad que Cristo ha procurado poner de manifiesto también por medio de sus actos. Es verdaderamente conmovedor poder comprobar hasta qué punto Jesús se ha inclinado sobre todas las miserias, durante su vida mortal. Diríase que éstas tienen un derecho especial para arrebatarse su amor. No hay pobre, no hay enfermo, no hay niño, que no haya conmovido su Corazón; y lo que es más admirable todavía, ya puede ser el pecador más enfangado en el cenagal más horrendo, su piedad, y más que su piedad su ternura, le atraen hacia él.

El publicano vuelve justificado; la samaritana recibe el «Don de Dios»; la mujer adúltera, salta de gozo, al oír la voz que perdona; el paralítico recobra a un mismo tiempo la pureza del alma y el vigor del cuerpo; la salvación descende sobre la casa de Zaqueo; y, finalmente, la Magdalena, la pecadora, escucha a través de sus sollozos, estas palabras divinas: «Te son perdonados tus pecados: Vete en paz»⁷⁰.

Es necesario entrar dentro de nosotros mismos, ante tales muestras de delicadeza, que despiertan las fibras más sensibles de nuestros corazones. Pero, para comprender bien el amor de Jesús, no se puede separar de su ternura la *generosidad* que es su compañera inseparable y sobrepaja a todo lo imaginable. «Cristo nos amó y se entregó por nosotros»⁷¹. «Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» — *factus obediens usque ad mortem, mortem*

autem crucis ⁷²—. Amó a los hombres hasta el punto de sufrir y derramar toda su sangre por su salvación.

Si queremos penetrar en lo íntimo de los sufrimientos de Jesús, no hemos de perder de vista que el amor es el principio y fundamento de todos ellos. En efecto, «Dios es caridad»; por consiguiente, todo lo que hace, por amor lo hace: esta es su ley que se ha impuesto a Sí mismo. Jesús —el Dios encarnado—, ha sufrido, pues, por amor. «El amor es el que ha dado a sus sufrimientos su extensión, su duración, su profundidad insondable y su universalidad. Cuando se dirigía a su Pasión, Jesús reveló a sus Apóstoles el sentimiento más íntimo de su Corazón, el que resume toda su vida: «*Quia diligo... sic facio*».

Ciertamente que un solo suspiro, una sola lágrima del Verbo encarnado, eran suficientes, en estricta justicia, para rescatar al mundo, porque este suspiro, esta lágrima, procedían de un Hombre-Dios, y tenían, por lo mismo, un valor infinito. Pero el que ama no tiene por ley la estricta justicia, deja hablar al amor. Esta es la razón por qué Jesús quiso pagar de una manera sobreabundante; hasta tal punto, que puede decirse de Él, que toda su vida fué un prolongado sufrimiento redentor: «*Tota vita Christi fuit crux et martyrium*» ⁷³.

¿Podemos imaginarnos siquiera lo que sería el sufrimiento de uno que viese, de una vez, la masa horrible de los pecados del mundo, y cada uno de ellos al detalle al mismo tiempo que contemplaba, por otra parte, la Santidad perfecta de un Dios absolutamente incompatible con el pecado? Pues Cristo tenía continuamente delante esta doble visión, lo que le ocasionaba un sufrimiento moral que debía llegar al paroxismo en «su hora», en el huerto de la agonía y en lo más alto de la cruz.

Pero sería desconocer el amor de Jesús y no comprender bien sus sufrimientos, el limitarlos a su Pasión.

¿Quién podrá decirnos lo que fué el dolor de Cristo, y cuál su intensidad? Teniendo en cuenta su ciencia, su amor y su santidad incomparables, Jesús sufrió como puede sufrir un Hombre-Dios: «Un Hombre-Dios vale más que millones de mundos». Desde el momento, pues, en que ha querido sufrir, ¿no es muy natural y sencillo que haya sufrido... más que todas las criaturas juntas? ¿Será exageración decir que sus dolores son como un océano sin fondo y que todos los dolores de las criaturas al lado de los suyos son como gotitas? El Verbo encarnado, por el mero hecho de haber querido sufrir, se constituyó como una parte de Dios en el sufrimiento: No

se hizo una parte infinita, lo cual es imposible en absoluto, sino que se hizo una parte infinitamente superior a la de sus criaturas ⁷⁴.

Cuando reflexionamos sobre esto, se apodera de nosotros una especie de estupor. ¡Qué estúpidos somos cuando nos parece que sufrimos mucho! ¿Qué son nuestras pobres e insignificantes miserias en comparación de los dolores de Jesús?

¿Queremos tener una idea de la intensidad con que su alma fué torturada? Sondeemos cuánto sufrieron los santos viendo a Dios ofendido. De uno de ellos se dice que se desvaneció en el confesionario, creyendo haber cometido un pecado venial. Y, sin embargo, los santos no tenían más que una idea muy débil de la santidad de Dios; pero Cristo sabía bien lo que era.

Los sufrimientos morales de Jesús no deben hacernos olvidar los horrores que sufrió su cuerpo, mientras duró la agonía.

Cuando llegó la hora de las tinieblas, «su hora» con tanto ardor deseada por amor nuestro, la Pasión con todas sus ignominias le trituró y exprimió como al racimo en el lagar: Es el Justo, entregado a sus enemigos, abandonado de los suyos, condenado inicualemente contra toda justicia y contra toda ley, azotado, coronado de espinas, maldecido por el pueblo y clavado en un infame patíbulo. Y mientras la tierra blasfema, y el Cielo parece sordo, la divina e inocente víctima expira entre dos criminales: «Nos amó hasta el fin» ⁷⁵.

II. Jesús nos amó durante su vida terrenal

Todo lo que acabamos de recordar prueba, hasta la saciedad, cuáles fueron la delicadeza y la generosidad del amor de Jesús al mundo. Sin embargo, partiendo de estos antecedentes, todavía nos resta hacer un descubrimiento mucho más importante. Estamos convencidos de que nuestro Señor amó a todos los hombres con un amor genérico, pero ¿comprendemos que los ama también con un amor *particular*, que tiene por objeto a cada uno de ellos en *particular*? ¿Hemos descubierto, por cuenta propia, la amistad que tiene con nosotros?

Como Dios —ya lo hemos dicho— Jesús nos ama desde toda la eternidad. Pero como hombre ¿puede realmente pensar en mí, perdido entre miles de millones de hombres? Y, si verdaderamente lo puede, ¿le puedo yo interesar algo?

Ya hemos recordado en otra parte ⁷⁶ la maravillosa realidad de todo esto. Desde el primer instante de su Encarnación en el seno de la Virgen María, Jesús conoció a todos los hombres, pasados, presentes y futuros, tanto por la visión beatífica, de la que su alma gozaba ininterrumpidamente, como por su ciencia infusa. Como consecuencia, desde este primer instante, Jesús nos amó a todos. Pero su pensamiento no es limitado ni se divide como el nuestro; y así es cierto que Jesús me amó, a mí, personalmente con todos los recursos de su Corazón que late por mí.

Nosotros no podemos ni suponer siquiera la profundidad y la riqueza de su amor, porque nuestro Señor nos ama tan perfectamente como el Padre le ama a Él mismo: «Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos». «Yo os amo de la misma manera que el Padre me ama a Mí» ⁷⁷. ¿Comprendemos el alcance de esta afirmación?

¡El amor de Jesús a nosotros es tan fuerte como el amor del Padre a su Hijo! Y yo soy el objeto de ese amor, hasta tal punto, que se puede decir que Jesús se encarnó, como si yo fuese la única criatura que había de rescatar.

Del mismo modo que su pensamiento humano me sigue a todas partes, así su amor no cesa jamás de ejercitarse conmigo. Todos los actos de Cristo son una señal de amor por mí. Él me ama en el seno de su Madre, Él me ama cuando nace en la cueva de Belén, Él me ama personalmente durante los treinta años que vive en Nazaret, dándome ejemplo y mereciendo para mí las gracias necesarias para que algún día le pudiese seguir por el mismo camino. Todos los actos y todas las palabras de su vida pública están saturados del amor que me profesa. Lo mismo puede decirse de todos los detalles de su Pasión, que Él ofrecía por mí, mientras mis faltas le herían profundamente en su amor. Por mí sufrió Jesús la agonía en el Huerto de las Olivas, se dejó maniar como un malhechor, arrastrar ante los jueces, escarnecer por la chusma, azotar, coronar de espinas. Por mí llevó Jesús su Cruz y vivió las horas terribles de la agonía física en el más completo abandono moral, y, finalmente, murió, derramando hasta la última gota de su Sangre.

Pero no terminó en el Calvario el amor de Jesús. Desde mi nacimiento, me rodea de atenciones y cuidados exquisitos. ¡Cuántas pruebas personales de amor no ha dado a los que estamos aquí! Y los que leyeren estas líneas evocarán con agradecimiento aquellas de que ellos mismos han sido objeto.

Él hizo que nacióésemos, la mayor parte, de familias cristianas. Él nos ha preservado de los peligros del mundo; y, si alguna vez hemos resbalado, Él

nos ha venido a buscar. Nos ha llamado, nos ha levantado, nos ha tomado dulcemente en sus brazos para volvernos al redil. Luego, ha querido ganar completamente nuestro corazón introduciéndonos en su intimidad. Resistimos, quizás; pero ha sabido vencernos con su amor. Como dice San Benito, nos has escogido entre la multitud del pueblo ⁷⁸. Y si le preguntamos: «Pero ¿por qué a mí, Señor?» nos responde: «No indagues, hijo mío, el por qué: es un misterio: Yo te amo y basta».

III. El Maestro está aquí y te llama

Si reflexionásemos un poco sobre el amor que Jesús nos tiene, quedaríamos atónitos. Acabamos de ver que esto no es simplemente un hecho histórico, una cosa cuya realidad ya pasó. No. Es una realidad de todos los instantes. Jesús está continuamente a nuestro lado, siguiéndonos con su afecto, e invitándonos a hacer personalmente el descubrimiento que nos dará la vida de amor. Porque el amor llama al amor. Si verdaderamente Jesús nos ama sin interrupción, no podemos permanecer indiferentes; debemos amarle con todas nuestras fuerzas y entregarnos a Él sin reserva.

Pero Él tiene bien conocida nuestra impotencia; sabe que sin Él nada podemos, y por eso viene Él mismo a enseñarnos a amarle. Sepamos escuchar su voz y comprender sus enseñanzas, —«comprenderse»—. Comprender vale tanto como tener un conocimiento personal de alguna cosa, y en este caso, del amor de Cristo a nosotros. ¿No podría Jesús también hacernos este reproche que San Juan Bautista dirigía a sus compatriotas: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis?» ⁷⁹.

¿Cómo podremos, pues, hacer verdaderamente el descubrimiento de su amor, y saber la forma cómo debemos responder a él?

Ciertamente que tenemos a la mano el Evangelio para ayudarnos en esta tarea, pero con una condición al menos, y es, que lo leamos, o mejor, lo meditemos, más con el corazón que con la inteligencia, y teniendo en cuenta que, además de lo que aquí aprendamos, tenemos todavía mucho que hacer: «descubrir a Jesús en el Tabernáculo». Porque Cristo no se contentó con dejarnos un testimonio escrito de su vida, sino que quiso —nueva prueba, y bien emocionante, de su amor— quedarse Él mismo, realmente presente en medio de nosotros. Decidió seguir viviendo aquí abajo en la Hostia, para lo cual instituyó la Eucaristía y el sacerdocio, a fin de continuar amándonos, no

solamente desde lo alto del cielo, sino también muy cerquita de nosotros, sobre la tierra, poniendo así a nuestra disposición un poderoso medio de conocerle más y mejor, amarle con más delicadeza y sacar de Él la fuerza de que continuamente necesitamos.

Jesús reside, pues, en el Tabernáculo. ¡Allí está! Lo que el Verbo, la Sabiduría increada, nos decía ya en la Escritura, este mismo Verbo, Sabiduría increada, nos repite ahora: «Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres»⁸⁰. Hay para quedarse estupefacto, y no creeríamos en ello si Él mismo no lo hubiera dicho y nos lo probara quedándose en la Hostia.

Corramos a postrarnos a sus pies, y allí Jesús nos revelará su corazón, según su más ardiente deseo. Acercándonos a Él, frecuentando su compañía, recibiremos sus gracias y sus luces, entraremos en su intimidad, y de esa manera comprenderemos más fácilmente hasta qué punto nos ha amado y nos ama personalmente, conforme a un principio muy del agrado de San Bernardo.

Es una experiencia que tenemos que hacer con todo interés, sin la cual, nuestra fe en la divina presencia corre el riesgo de quedar abstracta y fría. Pero si frecuentamos la compañía de Jesús, algún día, de la manera que Él sabe hacerlo, se descubrirá y se nos manifestará: «Qui autem diligit me... et Ego diligan eum et manifestabo ei meipsum». «A quien me ama, yo también le amaré y me manifestaré a él»⁸¹. Entonces nuestra fe será ardiente, amorosa. Nos convenceremos de que verdaderamente Cristo nos ama: habremos *comprendido*, y este será un descubrimiento, que sentiremos no haberlo hecho antes.

Sí, ¡Jesús mío!, esta será para mí una fecha importante, el comienzo de una nueva fase para mi vida interior; porque, a partir de este momento, experimentaré que Vos estais verdaderamente en el Tabernáculo, y que estais allí con las mismas disposiciones con que os habeis manifestado en el curso de vuestra vida mortal, con vuestra bondad, con vuestro amor, en una palabra, con todas vuestras perfecciones. Sabré que estais por mí, personalmente. Parece que oigo salir del Tabernáculo vuestra voz que me dice lo que Marta decía a María: «El Maestro está ahí y te llama»⁸². Realmente así es: Jesús está allí y me llama. Cuanto más convencido esté de esto, con más gusto vendré a sus pies, para que me enseñe, como a María en Betania. Comprenderé que Él tiene deseos de comunicarse conmigo. Percibiré la voz que me vuelve a decir: «Yo soy la luz del mundo»⁸³. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»⁸⁴. «Yo he venido para que tengan vida, y que la tengan exuberante»⁸⁵. «El que tenga sed, que venga a Mí y beba»⁸⁶.

En el Tabernáculo, cada uno de nosotros descubrirá un Amigo verdadero, deseará vivir en continua unión con Él, irá a visitarle con frecuencia, y, poco a poco, comprenderemos la santa impaciencia de Jesús por recibir nuestra visita, aunque solo dure algunos minutos.

Siuviésemos un hermano prisionero en una celda, y nos concediesen autorización para hablarle siempre que quisiésemos, no perderíamos ocasión de estar a su lado, aunque solo fuese unos instantes, y con gusto nos apartaríamos un poco del camino para ir a saludarle. ¿No deberíamos hacer esto mismo y con más razón tratándose de Jesús?

No tendríamos valor de pasar por delante de la puerta de una iglesia sin detenernos; y cada vez que hiciésemos esta parada llena de amor, al instante se nos concedería una gracia.

Sí, a Jesús le complace ver cómo vamos a Él, y ¡qué pródigo en favores se muestra con aquellos que acuden con confianza!

Así, como en otro tiempo, las masas deseaban tocar aunque no fuese más que el ruedo de su vestido, porque salía de Él una virtud que curaba todos los enfermos⁸⁷, del mismo modo, hoy, acerquémonos al Tabernáculo, toquemos al Señor, no tanto con la mano o con el dedo, como con impulso inflamado del corazón, con un acto de fe ardiente, humilde y confiada. Si establecemos este contacto frecuente entre Cristo y nosotros, la gracia se deslizará insensiblemente, y cuanto más dure este contacto, más intensa será la acción divina, «virtus de illo exibat». No podemos estar el menor instante al lado de Jesús, sin ser enriquecidos; si no fuera así, Dios dejaría de ser Dios.

Vayamos, pues, a estar con Él, en la medida y con toda la frecuencia que nuestras ocupaciones nos lo permitan.

Pero, por favor, no vayamos a la Iglesia a «pasar el tiempo», o por costumbre, porque han tocado la campana. Vayamos allá para encontrarnos con *Alguien*. Y como este *Alguien* es la riqueza infinita, y tiene sed de dar, de darse, sed de ser deseado —«sitit sitiri Deus», dice San Gregorio Nacianceno⁸⁸—. ¡Cuánto sufre de no poder dar todo lo que quisiera porque no se le pide bastante; y sobre todo, porque se le demuestra muy poca confianza! Pidamos, pues, deseemos, y mejor todavía, bebamos en esta fuente, persuadidos de que nunca nos acercaremos a ella en vano.

Es verdad que, en ciertos momentos de sequedad, nos parecerá que Jesús ya no está allí, que perdemos miserablemente un tiempo precioso que pudiéramos emplear con más provecho en otras cosas. No hagamos caso de nuestras impresiones. Tengamos valor para avivar nuestra fe en su acción.

Sea lo que quiera lo que nosotros sintamos, Él lo mismo está allí, y «obra siempre» desde el momento en que nosotros hacemos todo lo que está de nuestra parte para volver a fijar nuestra mirada amorosa sobre Él. Permanecemos inmóviles delante de Él, a la manera que un lienzo está tenso delante de un pintor, y de esta manera habrá posibilidad de que Él grave en nosotros los trazos que desea.

Por otra parte, el divino Maestro sabrá pagarnos centuplicada cuando menos lo pensemos, nuestra perseverancia en medio de la aridez. Desaparecerá de nuevo la duda sobre su Presencia Real y sobre el poder asombroso y, por decirlo así, milagroso que sale de Él.

Cuando a nuestro Señor le plazca manifestarse de esta manera, no nos podremos separar de Él; volveremos con frecuencia y cada vez con más ardor al Tabernáculo, que será entonces lo que siempre debe ser: el imán que todo lo atrae hacia Sí, la fuente de agua viva, en la cual todos buscan refrigerio... Cuando nos veamos obligados a abandonar la Iglesia, sentiremos una especie de tirón. Partiremos llevando a Jesús con nosotros, en nuestro corazón, porque su acción misteriosa seguirá desarrollándose en nosotros. Entonces le descubriremos en todas partes. Se juzgan y se ven las cosas según sea el amor que nos domina. Teniendo el corazón lleno de Jesús, juzgaremos todas las cosas como Él las juzga, y le veremos a Él en todas ellas, y exclamaremos con San Juan: ¡El Señor es! —¡Dominus est!—⁸⁹, o como la Iglesia en la fiesta de la Epifanía: «¡Christus apparuit nobis, venite adóremus!»⁹⁰. Sí, por todas partes nos aparecerá Cristo, porque le amaremos. El corazón hará que veamos más lejos que las apariencias. ¿Que se nos pide un sacrificio grande o pequeño? Será Cristo que parece decirnos como a la Samaritana: «Dame de beber»⁹¹. ¿Que un toque interior impide que nos detengamos ante la tentación o la disipación? Es Jesús que nos dice al oído «¡Si conocieras el Don de Dios, y quién es el que te quiere hablar!»⁹². Porque será de Jesús, nuestro único amor, del que veremos proceden estos llamamientos a una delicadeza más exquisita y a una mayor generosidad, y entonces los aceptaremos con reconocimiento y con alegría, no pudiendo negarle nada. ¿Quién puede resistir a la fuerza de su Amor?

De este modo, no solamente obraremos por Jesús, sino que viviremos con Él. Su pensamiento no se apartará de nuestro espíritu, porque su Amor arderá en nuestros corazones. Comprenderemos que, a pesar de hallarnos lejos de la iglesia físicamente, el Rey del Tabernáculo, *nos acompaña a todas partes*, nos sigue con su mirada divina, y nos envuelve en las delicadezas de

su afecto, obligándonos a repetir con el autor del himno del Santo Nombre de Jesús: «¡Qué bueno sois, Señor, para los que os buscan! Pero, ¿qué seréis para los que os hallan?» — ¡Quam bonus Te quarentibus! ¿Sed quid invenientibus? ⁹³—. Hasta tanto que no hayamos experimentado la dulzura de la intimidad con Jesús, tal como acabamos de describirla, faltará algo en nuestra vida. Nada hay, en efecto, más precioso para nosotros como entender bien lo que es la verdadera *generosidad*. A las menores dificultades que encontramos en nuestra vida espiritual, nos sentimos fuertemente inclinados a recurrir a los socorros humanos, que ciertamente no están prohibidos por Dios, tomados en una medida prudencial. Pero cuando hemos descubierto a Jesús en la Hostia, Él llega a ser Alguien, que cuenta en nuestra vida, y con el cual contamos también nosotros. Comprendemos mejor qué fuerza sacamos al recibirle en la santa Comunión. Porque Jesús no está en la Hostia solo para morar entre nosotros; está también allí como «Pan de Vida» para darse a nosotros, para ser el alimento espiritual de nuestra alma:

«Yo soy el pan de vida: el que viene a mí no tendrá hambre... El pan que yo daré es mi propia carne, que será entregada por la salvación del mundo... Mi carne es verdadero manjar, y mi sangre verdadera bebida. El que come de este pan vivirá eternamente» ⁹⁴. Así como deseamos que Jesús nos comunique su propia vida y todos sus sentimientos, del mismo modo, en la Misa, recibimos la Víctima del Sacrificio para hacer nuestras sus disposiciones, para continuar aquí abajo la vida de Jesús, sacrificándose e inmolándose por amor, y cumpliendo siempre la voluntad de su Padre. A partir de aquel momento, aun cuando parezca que nos levantamos insensibles de la sagrada Mesa, habremos sacado de ella fuerzas nuevas; seremos, según expresión de San Juan Crisóstomo, «como leones, vomitando fuego, terribles a los demonios» ⁹⁵. No tendremos entonces más que una aspiración, la de vivir durante la jornada que comienza, no para nosotros, sino para Jesús, que nos sostiene y fortalece, no buscando más que su voluntad y beneplácito, y haciéndolo todo por amor, para Él y para las almas.

De esta manera, cuando nos sintamos desfallecer, nos acordaremos que debemos buscar nuestro apoyo en Aquel que vive en nosotros y es nuestra fuerza. Al momento recurriremos a Él por medio de frecuentes y confiados retornos ⁹⁶, renovando e intensificando, bajo su amante mirada, nuestras resoluciones. Y, ayudados de la gracia, reanudaremos insensiblemente el contacto con Jesús, *comulgaremos espiritualmente* con frecuencia y como instintivamente, en el curso de todas nuestras ocupaciones. Estos retornos son un

grito, una llamada, una mirada interior, un impulso del corazón, que alimenta esta vida de intimidad, tan dulce y tan preciosa. Ellos nos ayudan a reconocer a Jesús en cualquier ocasión que se presente; en un suceso que contraría nuestros proyectos, ante una humillación, en una dificultad que nos sale al paso, en todo ello veremos a Jesús que nos pide un sacrificio y quiere que busquemos en Él la fuerza que necesitamos para corresponder jubilosamente a su amor.

En el período que sigue inmediatamente al descubrimiento de la verdadera intimidad con Cristo, todo es fácil. Pero vendrán otros en que nos sentiremos turbados o aburridos. Son los tiempos de pruebas y sufrimientos, en los cuales tendremos necesidad de un socorro más poderoso, y entonces iremos con la mayor naturalidad a encontrarlo de nuevo al Tabernáculo, renovando el contacto vivificante de la comunión matinal. Jesús, que ve y conoce todas nuestras dificultades, allí nos espera con su Corazón, siempre tan compasivo: «Venid a mí todos los que andais agobiados con cargas y trabajos, que yo os aliviaré»⁹⁷.

Vayamos, pues, con toda sencillez y confianza, a exponerle nuestros sufrimientos. No tengamos reparo en contárselo todo al detalle, y hasta, si a mano viene, dirigirle algún dulce y respetuoso reproche: «Vos, Señor, decís que vuestro yugo es suave y vuestra carga ligera; y sin embargo, ¡cuántas cosas hay que me hacen sufrir y me cuestan!». Jesús, lleno de bondad, escucha en silencio, y luego, de un modo o de otro, nos da la fuerza que necesitamos, y nos da a su vez tiernas pero saludables amonestaciones: «Hombre de poca fe, *modicæ fidei*,⁹⁸ ¿por qué temes? ¿No ves que yo estoy contigo? ¿No fui yo acaso el que calmé la tempestad?»⁹⁹ ¿No he vencido al mundo?»¹⁰⁰. Y si continuamos replegándonos sobre nosotros mismos, puede ser que nos diga como a Santa Catalina de Sena: «Ya hemos hablado bastante de tí, hablemos ahora un poco de mí y de mis sufrimientos»; o bien como a Santa Angela de Foligno, cuando se le apareció coronado de espinas y cubierto de sangre: «¡No es como para tomarlo a risa, como yo te he amado!»

En un momento se habrá desvanecido todo, quedaremos pensativos en silencio y... habremos comprendido; ha salido de Él una virtud que nos ha fortalecido e inundado de luz; y nos retiraremos, confusos, es verdad, pero sobre todo más valientes y decididos a olvidarnos de nosotros mismos y a sacrificarnos por Él, como Él lo ha hecho por nosotros. Entonces nuestro amor se hace fuerte y generoso. «Pero en medio de todas estas cosas, triun-

famos por virtud de aquel que nos amó»¹⁰¹. «Nada hemos de preferir al amor de Cristo». «Christo omnino nihil præponant»¹⁰².

Estamos decididos a hacer todos los sacrificios que sean necesarios y, como San Francisco de Sales, si encontráramos una sola fibra de nuestro corazón que no latiese por Él, la arrancaríamos.

En adelante, nuestro amor, tan tierno y delicado, como fuerte y generoso, irá en aumento y se desarrollará, por medio de una comunicación cada vez más íntima, con los sentimientos de Cristo. Pero antes de ver hasta dónde nos arrastran las exigencias de la amistad divina, bueno será que nos demos perfecta cuenta y demos un vistazo de conjunto al seto de amor que nos rodea por todas partes y cuya trama no tejen solos el Padre y el Hijo. Con Jesús, y unida inseparablemente a Él, encontramos en primer plano a su Santísima Madre.





CAPÍTULO III

LA VIRGEN MARÍA NOS AMA



DIERTO día, en la isla de Ré, los presidiarios debían embarcar en un navío que estaba para hacerse a la vela, rumbo a Cayena. Toda la isla estaba de luto, y con el fin de darles el último adiós, algunos familiares y amigos se habían alineado a lo largo del camino por donde tenían que pasar los presos. Al lado del periodista que observaba la escena, para publicar el relato en la primera página de un gran diario, se encontraba una mujer con un paquete en la mano. No se hizo esperar mucho la llegada de los sentenciados, bien custodiados por una fuerte escolta. La mujer los devoraba con su vista, cuando de repente se abalanza a un joven que frisaba en los veinte años, y le estrechó entre sus brazos en medio de profundos sollozos. Pasado un momento, los guardias los separan y ella le entrega el paquete, al mismo tiempo que le dirige la última mirada cargada de cariño. Un poco aparte, le pregunta el periodista: «¿Quién es ese joven?» «¡Es mi hijo!», responde ella lacónicamente. «¿Qué ha hecho, pues?» Y la madre añade, arrasada en lágrimas: «Ha envenenado a su padre... Pero, en el fondo, ¡es un hijo tan bueno!»

¡Es un hijo tan bueno! Todo el corazón de la madre se asoma en estas palabras que, a nuestro modo de ver, son la imagen más arrobadora de las disposiciones de la Santísima Virgen María, con relación a todos los hombres, sus hijos. Es verdad que no todos han envenenado a su padre; pero con sus pecados ¿no han llagado cruelmente y hasta han dado la muerte al Hijo Unigénito de Dios? Desde este momento, y mirando a su propio interés, ¿podía el Padre Eterno dar oídos a su amor infinitamente misericordioso para con ellos, abajarse Él mismo para condonarles esa inmensa deuda? ¿No debería, más bien, conservar en ellos sentimientos de respeto y temor, tan propios siempre de los hombres, ante el acatamiento de la Santidad infinita?

Hemos visto que el Verbo aceptó la Encarnación para ser nuestro mediador, que se hizo Niño y derramó a manos llenas las palabras y los hechos misericordiosos, con el fin de ganar nuestra confianza, y no por eso se menoscabó su condición de Dios, que al fin de los tiempos ha de juzgar a los hombres. ¿No sería posible, pues, encontrar entre Él y ellos, una intermediaria, que fuera la expresión perfecta de la misericordia divina, y que pudiera inclinarse, con tierna y delicada dulzura, sobre todas sus debilidades, sin temor de comprometer la Majestad infinita?

Este cometido sólo una madre es capaz de llenarle. Por eso Jesús no ha titubeado en darnos a su propia Madre para que sea también Madre nuestra. A pesar de todas nuestras miserias, podemos tener una confianza absoluta en nuestra Señora. Su amor la agujonea constantemente a aprovecharse de su Omnipotencia sobre el Corazón de su Hijo, para trabajar en nuestra salvación y sobre todo en nuestra santificación. Cuanto con mayor abandono nos echemos en sus brazos, tanto más experimentaremos y comprenderemos hasta qué punto Ella es verdaderamente nuestra Madre.

I. Madre de Dios y Madre de los hombres

La doble maternidad de la Stma. Virgen es uno de los grandes misterios del Cristianismo que causan más admiración a medida que se va penetrando su profundidad. Para resumir en algunas palabras el pensamiento de los Padres y teólogos, haremos notar, sencillamente, cuán justo es que la Madre del Autor de la vida fuese al mismo tiempo Madre de aquellos que debían participar de esta vida.

«Supuesto que Jesu-Cristo, cabeza de los hombres, ha nacido de Ella, dice San Luis-María Grignón de Montfort, los predestinados, que son los miembros de esta cabeza, debían nacer también de Ella, por una consecuencia necesaria. Una misma madre no puede dar a luz la cabeza sin los miembros; y si no fuera así, sería un monstruo de la naturaleza; pues, del mismo modo, en el orden de la gracia, la Cabeza y los miembros nacen de una misma Madre, y, si un miembro del cuerpo místico de Jesu-Cristo, es decir un predestinado, naciese de otra Madre que María, que ha producido la Cabeza, no sería un predestinado, ni un miembro de Jesu-Cristo, sino un monstruo en el orden de la gracia» ¹⁰³.

Tal es por otra parte *el plan divino*. Dios Padre ha elegido a María desde toda la eternidad para ser Madre de su Hijo Unigénito y Madre de los hombres; y así, cuando pensaba que Ella sería una morada digna del Verbo encarnado, pensaba también en nosotros. Él puso todo su gozo en hacerla infinitamente bella, preservándola de la mancha original, y adornándola con todas las virtudes: «Tota pulchra es, María, et macula originalis non est in Te» ¹⁰⁴.

Es imposible formarnos una idea exacta de la belleza de la Stma. Virgen. Si ciertos santos, a quienes Dios concedió el favor de contemplar un alma en estado de gracia, no podían soportar el brillo de la misma, ¿qué hubieran dicho en presencia de Aquella que está como sumergida y penetrada de la plenitud de la gracia? Sin duda estarían tentados de tomarla por Dios en persona. Desde toda la eternidad se regocija el Padre en esta hermosura sin igual, y pone en María sus complacencias, como las pone en Jesús, su Hijo muy Amado. Las palabras que la Iglesia pone en labios de la Santísima Virgen, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, son muy significativas, respecto de esto: «El Señor me poseyó en el comienzo de sus caminos... He sido fundada desde la eternidad, desde el principio... No existían los abismos y ya estaba yo concebida... Cuando ordenaba los cielos, allí estaba yo... A su lado estaba componiéndolo todo, regocijándome cada día y jugando continuamente en su presencia» ¹⁰⁵.

Esta alegría de Dios contemplando a María debe constituir nuestra felicidad. Pero podemos regocijarnos también pensando que Dios nos veía, a nosotros, pobres pecadores, escondidos en Ella, perdidos en Ella, y ponía también en nosotros sus complacencias, cubiertos como estábamos con su belleza y hermosura. Vos sois verdaderamente, ¡oh María!, la gloria de Jerusalén, la alegría del pueblo de Israel, porque Vos sola habéis puesto a salvo

el honor de nuestro pueblo: «Tu gloria Jerusalem, Tu *lætitia Israel*; Tu *honorificentia populi nostri*». ¹⁰⁶.

El Verbo, enamorado de vuestra belleza, ha decidido encarnarse en Vos, con el fin de realizar el plan de amor de su Padre; pero, queriendo respetar vuestra libertad, os pide el consentimiento por medio del Arcángel Gabriel, encargado de revelaros los designios de Dios. Sin duda ninguna que en el momento de dar la respuesta, Vos, instintivamente y ante todo, adorásteis la voluntad del Todopoderoso, pero también resonó, como un eco en el fondo de vuestro Corazón, este grito que subía hacia Vos de todo el género humano:

«¡Oh Señora nuestra! Nosotros, pobres criminales que gemimos bajo el peso de una sentencia de condenación, esperamos con ansia esta respuesta de misericordia. En vuestras manos está el precio de nuestra salvación; si Vos os dignáis consentir, estamos salvados. Criaturas del Verbo Eterno de Dios, pereceremos sin remedio, si una sola palabra de vuestra boca no nos vuelve a la vida y nos salva. Adán y su triste posteridad, condenada al destierro, Abrahám, David y todos los Santos Padres, vuestros antepasados, que también están sumidos en las sombras de la muerte, también os suplican que consintáis. El mundo entero, postrado de hinojos a vuestros pies, espera con suprema ansiedad vuestro consentimiento. De Vos, en efecto, depende el consuelo de los afligidos, la redención de los cautivos, la libertad de los culpables, la salvación de los hijos de Adán, y de toda la humanidad, a la que también Vos pertenecéis. Pronunciad ¡oh Virgen!, pronunciad esta palabra tan ardientemente deseada y esperada en la tierra y en los Cielos ¹⁰⁷...

“Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum” ¹⁰⁸. Tal fué vuestra respuesta: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

Por estas palabras aceptásteis el ser Madre de Dios; y en el mismo instante concebisteis a Cristo, Señor nuestro, «fuente de toda vida celestial y revestido ya en vuestro seno virginal de la dignidad de Cabeza de la Iglesia» ¹⁰⁹. Al pronunciar vuestro *fiat*, aceptásteis al mismo tiempo, en principio, el ser Madre de todos los hombres. Y de hecho, Vos los daríais a luz, en medio de dolores, treinta y tres años más tarde, al pie de la Cruz. Vos, en el Gólgota, ofrecísteis a Jesús al Padre junto con el holocausto de vuestros derechos y de vuestro amor de Madre, por todos los hijos de Adán, marcados con la mancha del pecado original. De esta manera, Vos, que sois corporalmente la Madre de nuestro Jefe, sois también, aunque espiritualmente,

la Madre de todos sus miembros, por un nuevo título de sufrimiento y de gloria» ¹¹⁰.

Dada la intimidad en que la Stma. Virgen vivió con Jesús durante su vida mortal, éste no podía menos de descorrer el velo que la encubría estos misterios. En los momentos en que ella concentraba sobre Él todo el amor de que era capaz, Cristo iniciaba a su Madre en el secreto de los más ardientes deseos de su alma, asociándola poco a poco a su misión redentora y fortificando su Corazón, con vistas a la hora para la cual había venido y en la cual salvaría a los hombres muriendo sobre la Cruz. Los dos misterios de los dolores de la Virgen Corredentora y los de su divino Hijo son casi tan insondables el uno como el otro. Pero este abismo de sufrimientos, soportados para obtener a los hombres la vida de la gracia, hace que vislumbremos un poco la intensidad del amor de María a todos ellos. Su sacrificio nos demuestra que no retrocedió ante ningún sacrificio, con tal de hacerse amante y caritativa.

Jesús, después de partir al Cielo, debió dejar a su Madre en la tierra algunos años para velar sobre los principios de la Iglesia naciente. Pero bien pronto la colocaría por encima de toda criatura y, en medio de la admiración de multitud de legiones celestiales, la asociaría íntimamente a su Reino. Reina, en adelante, de los Cielos, podrá efectivamente ejercer con los hombres todos los deberes de su maternidad, dejando libre curso a su misericordia y a su cariño para cada uno de ellos en particular.

II. Madre de misericordia

Cuando Dios confía una determinada misión a los hombres, les concede siempre las gracias que necesitan para cumplirla bien, sin inquietarse por la pobreza de los instrumentos de que se sirve. Esta, que es una ley general, y se cumple de un modo particular a propósito de los intermediarios que la Stma. Virgen elige en sus apariciones, como por ejemplo en Lourdes, en Fátima..., debe aplicarse *a fortiori* a la Stma. Virgen María misma, que posee en toda su plenitud todas las cualidades que se requieren para darse cuenta de su oficio de Madre de los hombres.

La capacidad de amor que encierra el Corazón de Nuestra Señora es lo primero que nos debe impresionar. Para formarnos una idea aproximada de

ella, pongámosla en parangón con todos los ejemplos de amor humano que se encuentran aquí abajo.

«Yo creo, —dice San Gabriel de la Dolorosa dirigiéndose a María, —yo creo que si se reuniese el amor que todas las madres juntas tienen a sus hijos, el de los esposos a sus esposas, el de todos los santos y santas a sus devotos, este amor no igualaría al que Vos tenéis a una sola alma; y yo creo que todo el amor de las madres a sus hijos no es más que una sombra, al lado del que Vos profesáis a uno solo de nosotros» ¹¹¹.

De hecho, somos impotentes para traducir el amor de la Virgen, si nos contentamos con compararle, aún elevándole al máximun, con los que vemos entre los hombres.

Tenemos que elevar humildemente nuestros ojos mucho más arriba, hasta el mismo Dios. María no tiene, en efecto, dos maneras de amar: reservada una para Jesús y otra para sus hijos de la tierra. Su Corazón es el mismo para todos. Siendo la Virgen verdadera Madre de Cristo, el Todopoderoso le ha dado un corazón capaz de amar al Dios hecho hombre con un amor que no desdice del amor que el Padre Eterno siente por su Único Hijo... Fijémonos en esta frase tan sencilla que proyecta una claridad reveladora sobre el amor de la Virgen: ¡Este no desdice del amor que el Verbo recibe eternamente de su Padre! Y este mismo amor se inclina ahora sobre nosotros...

Por otra parte, no permanece inactivo, sino que se apresura a emplear en su servicio todas las demás perfecciones de la Reina del Cielo.

La *Omnipotencia* de la Madre de Jesús es su primer auxiliar, en extremo útil. ¿No es por ventura María la «Omnipotencia suplicante» —omnipotentia supplex?— Ha recibido tal plenitud de gracias para Sí misma, —«plena sibi»— que se ha transformado en una «superplenitud» desbordante de gracias para nosotros, —«nobis quoque superplena et supereffluens»— ¹¹². Como Madre de los hombres, está dispuesta a darles todo aquello que han menester. Y como Madre de Jesús, ¿podrá Este rehusarla alguna cosa si lo puede conseguir todo...?

Falta saber si María conoce a todos los hombres, para que su amor y su poder se puedan ejercitar verdaderamente sobre cada uno de ellos. ¿Podremos dudar de esto? El Evangelio no nos dice cuál fué la ciencia de María en el Calvario, pero podemos estar seguros de que conoce a todos los hombres por lo menos desde el momento mismo en que fué admitida a gozar por toda una eternidad de la visión beatífica. De la misma manera que los elegi-

dos ven en Dios todo lo que les interesa en la tierra, así para nuestra Señora no hay ningún hombre a quien mire con indiferencia, puesto que todos son hijos suyos, los conoce perfectamente y más íntimamente que ellos se conocen a sí mismos.

De este modo, las diferentes perfecciones de la Sma. Virgen le permiten inclinarse sobre sus hijos de la tierra con una ternura verdaderamente maternal. Su Corazón la lleva instintivamente hacia su miseria, su sola gran miseria, la del pecado. ¿Van a ser inútiles los sufrimientos que, por arrancarle de ella, ha soportado su divino Hijo? María no puede soportar este pensamiento y está dispuesta a hacer todo lo que de Ella dependa para que no suceda así. Por otra parte, su Corazón de Madre se conmueve a la sola idea del infierno que amenaza a muchos de aquellos que le han sido confiados. Así que su primer cuidado es poner los medios para salvar a todos sus hijos.

Imposible es, de todo punto, enumerar detalladamente las maravillas obradas por nuestra Señora por la *salvación de los hombres*. Limitémonos a dos hechos vividos.

Es impresionante poder comprobar cuántos individuos que hace muchos años no practican la Religión piden, a veces espontáneamente, un sacerdote que les encuentra muy bien dispuestos y les reconcilia con Dios. Tal es uno muy conocido nuestro, que confidencialmente daba la razón de este cambio a uno de sus amigos:

Durante mi retiro de Primera Comunión, el Sr. Cura nos había dicho: «Hijos míos, tomad la resolución de rezar todos los días, al despertar, tres *Aveurias*». Yo cumplí mi palabra, siendo fiel en rezar a la Sma. Virgen, a pesar de que pronto caí en la indiferencia para con Dios, y ¡Ella se ha compadecido de mí!

Se podían multiplicar los ejemplos análogos que prueban que María tiene en cuenta las prácticas piadosas más insignificantes hechas con buena voluntad, y se aprovecha de ellas para guardar el camino de los corazones y obtenerles en tiempo oportuno la gracia de la conversión. El Cura de Ars da de esto un testimonio que, aunque ya muy conocido, no deja de ser impresionante:

Salía un día de la iglesia, después del catecismo de las once, para volver a la casa parroquial, cuando de repente se para en medio de la gente, y dirigiéndose a una señora vestida de riguroso luto, la dice al oído: «Se ha salvado». La desconocida se sobresaltó. M. Vianney repite: «Se ha salvado».

Un gesto de incredulidad fué la única respuesta de la extranjera. Entonces el santo, midiendo bien todas las palabras, añadió: «Os lo repito... que se ha salvado. Está en el purgatorio y es preciso, rogar por él... Entre la distancia que separa el pretil del puente, del agua, ha tenido tiempo de hacer un acto de contrición. Es la Sma. Virgen la que le ha obtenido esta gracia. Recordad el mes de María que se hacía en vuestra habitación. Alguna que otra vez, vuestro esposo, aunque sin religión, se unía a vuestra plegaria. Esto le ha merecido el arrepentimiento y el perdón a última hora». Este sencillo gesto fué suficiente a nuestra Señora para volver a Dios un descreído que se ahogó voluntariamente ¹¹³.

Tales maravillas de amor justifican los nombres que la tradición atribuye a la Sma. Virgen: «Robadora de almas» o también «divina Rebuscadora», según la expresión de San Buenaventura. Así como en los campos, después de la siega, muchas espigas quedan abandonadas en los rastrojos destinadas al parecer a ser pisoteadas y desaparecer para siempre, son, sin embargo, luego amontonadas y atadas con cuidado por las pacientes espigadoras, del mismo modo, muchas almas que parecían abandonadas a su suerte y a quienes Satanás satisfecho, consideraba ya como presa fácil, pasa la Sma. Virgen, las recoge y, formando con ellas preciosas gavillas, las ofrece gozosa a su divino Hijo.

III. Mi Madre

Sean las que hayan sido nuestras faltas pasadas, por profunda que sea la convicción que tenemos de nuestra miseria presente, podemos siempre dirigirnos a la Sma. Virgen con entera confianza, seguros de ser acogidos con ternura por su bondad maternal.

María nos irá revelando, poco a poco, algunos de los más grandes deseos de su Corazón. No se contenta con salvar las almas en el último momento: le interesa mucho más «formar santos»; su mayor felicidad sería que todos los hombres llegasen a ser otros Jesús, reproducciones vivientes de su Hijo Unigénito. A ejemplo de Dios Padre, María no puede amar otra cosa que al Verbo que se hizo carne en su seno, y no puede querer a sus otros hijos sino en la medida que vea que Él vive en ellos, y por eso emplea todas sus fuerzas en hacer que crezca la vida divina en las almas, cumpliendo de esta manera a la perfección su cometido de Madre.

Notemos, por otra parte, qué bien colocada está para conseguir este fin. Durante su vida, fué la gran contemplativa, la gran silenciosa. Mientras tuvo la dicha de vivir con Jesús, se aprovechó para mirarle con amor y para penetrar cada vez más perfectamente sus sentimientos. «Conservaba todas estas cosas en su Corazón». ¿Sería solamente para su provecho personal? ¿No sería también para poder revelar a los hombres la vida de su Hijo?

Ahora, su afecto maternal se posa sobre sus hijos de la tierra, buscando al primer golpe de vista todo lo que les falta para ser conformes al divino Jefe.

Las madres intuyen fácilmente las disposiciones de sus hijos y presienten cuándo les pasa alguna cosa anormal: mucho mejor que ellas, la Santísima Virgen observa en la luz divina hasta las menores reacciones de todos los hombres y las aprovecha con amor para obrar los enderezamientos necesarios y comunicar a cada uno en particular los sentimientos de Jesús. Nuestra Señora obra en algunos sin que ellos se den cuenta; pero se complace en revelar la intensidad y la delicadeza de su ternura maternal a aquellos que mejor se dejan formar por Ella y corresponden con más docilidad a su acción. En esto nos resta todavía que hacer un verdadero descubrimiento personal del amor de la Sma. Virgen por cada uno de nosotros.

Lo primero y más importante en nuestras relaciones con María es tener una gran confianza en Ella, lo que nos llevará lógicamente a presentarla nuestras oraciones, cosa bien fácil por otra parte: no hace falta enseñar a un niño a amar a su madre. Todos no lo harán de la misma manera, pero cada uno de ellos sabrá encontrar en su corazón la forma espontánea de su cariño, un gesto, una palabra delicada, etc., etc.

Algunos sienten la necesidad de manifestar exteriormente su atractivo adornando una imagen de María, o decorando un altar de nuestra Señora; otros prefieren rezarla tal o cual oración, especialmente la que la alegra tanto, el AVE MARÍA; otros la invocan en toda circunstancia... Lo esencial es llegar a vivir progresivamente en una intimidad cada vez mayor con Ella. Tengamos particular cuidado de recurrir con frecuencia a Ella, sobre todo cuando la necesidad de su intervención se hace sentir de una manera especial, como en los peligros, en las tentaciones. A impulsos del amor llamémosla en nuestra ayuda: «¡Madre mía! ¡mi confianza!», o más sencillamente, con San Gabriel de la Dolorosa: «¡Mamá mía! ¡Mamá!»

De este modo seremos dulcemente atraídos a vivir con Ella con la sencillez de un niño. Tendremos nuestras delicias en estrecharnos contra su Co-

razón que nos arrebatará con sus atractivos y su belleza inmaculada, ayudándonos a sobreponernos a los turbios deseos que surgen de los corrompidos fondos de nuestra naturaleza, por malos que sean.

Débiles e inconstantes, sacaremos al mismo tiempo de Ella la fortaleza necesaria para cumplir la voluntad de Dios con más generosidad y con más amor. Ella que tanto amó a Jesús nos enseñará a ser semejantes a Él; Ella nos hará comprender la necesidad de la humildad, de la obediencia, de la caridad fraterna, de una vida silenciosa y recogida, orientada siempre más a la oración, en el entregamiento y olvido de sí mismo. Recordaremos con cariño todo lo que ha padecido por amor nuestro, con lo cual, no nos arrebataremos ante el temor de la mortificación o la perspectiva de los sacrificios que se nos piden. Comprenderemos que todo lo que nos sucede nos lo presenta Ella con afecto maternal, por lo cual nada la podremos rehusar.

¿Estamos inquietos o turbados? La presencia de María, tan misericordiosamente buena y paciente, nos devolverá la paz, y ya no pediremos otro favor que el de estar en silencio a su lado, muy cerquita de Ella, dejando a su Corazón el cuidado de formar los sentimientos que desea ver en nosotros, no haciendo otra cosa que mirarla con amor, humildemente confiados en su todopoderosa intervención.

En este estado, la Sma. Virgen hace comprender a ciertas almas que les exige un paso más, el de consagrarse totalmente a Ella en calidad de *esclavos de amor* conforme a las enseñanzas de San Luis-María Grignón de Montfort. Tal es la condición requerida para descubrir, en verdad y en toda su extensión el amor personal de María por cada uno de sus hijos. Los grandes devotos de nuestra Señora conocen esto por experiencia; porque a los que le hacen el don total de sí mismos, Ella les responde entregándose completamente a ellos. María es, en efecto, sensible a las menores atenciones que con ella se tienen. Mientras más hijo se muestra uno, más Madre se muestra Ella. A los que se le consagran especialmente, y se esfuerzan por vivir esta donación de todo su ser, haciendo todas y cada una de sus acciones para Ella, con Ella y por Ella, María les hace gustar, *generalmente* de una forma muy *particular*, la ternura y la fuerza de su amor.

En los principios, se muestra muy tierna y muy bondadosa. Nos halaga, y sentimos verdaderamente su afecto maternal. Esto no le impide, sin embargo, conducirse como una verdadera Madre que sabe formar a sus hijos. Muy pronto se revela como maravillosa educadora que sabe reprendernos, exigir sacrificios, reprocharnos tal o cual actitud, a veces con mucha viveza. Y

aunque tengamos la tentación de hacernos sordos o de resistir francamente a su acción, son tan poderosas su dulzura y su firmeza, —*suaviter et fortiter*— que nos seducen y nos espolean.

María quiere que nos volvamos siempre, y cada vez con más amor, a Ella, que la busquemos con más ardor. Para ayudarnos a esto, se retira progresivamente; se esconde; al principio por poco tiempo, luego prolonga sus ausencias, que por otra parte son solo aparentes. Su táctica se parece un poco a la de nuestras madres de la tierra, que se esconden para tener el gozo de experimentar con qué ardor las buscan sus hijitos porque no pueden pasarse sin ellas. Y así como vuelven muy pronto, los toman en sus brazos y los colman de caricias para enjugar sus lágrimas, del mismo modo, María vuelve y nos colma: por lo menos durante algunos instantes, de las dulzuras de su presencia.

A veces, sin embargo, María nos quiere purificar más y las pruebas son más prolongadas y más intensas; con todo, de tal manera dulcifica siempre las cosas, que con Ella, aún las purificaciones pasivas, las mismas noches del espíritu, son menos dolorosas. Su acción conserva siempre, en efecto, su carácter maternal, sosteniéndonos maravillosamente. Cualesquiera que sean las dificultades que interfieran nuestro camino, conservemos, a pesar de todo, una confianza invencible en tal Madre y entreguémonos a Ella sin reservas.

María nos da, algunas veces, la certeza íntima de que, si somos fieles en vivir como sus esclavos de amor, llegaremos un día a conseguir el objeto que tanto hemos deseado y pedido: a vivir no solo con Ella, sino verdaderamente en Ella.

Cierto que, como dice San Luis-María Grignón de Montfort, «todos los predestinados, para ser conformes a la imagen del Hijo de Dios, están en este mundo escondidos en el seno de la Santísima Virgen, donde son guardados, alimentados, se sostienen y desarrollan al calor de tan buena Madre, hasta que los da a luz para la gloria, después de la muerte, que es propiamente el día de su nacimiento»¹¹⁴. Hasta allá llegan sus cuidados maternos con todos los cristianos. Pero como estos cuidados son puramente espirituales, muchos no tienen conciencia de lo que son. Se aprovechan de ellos sin haberlos experimentado, sin haber sentido la dicha y la incomparable dulzura de sentirse llevados en el seno espiritual de María.

A algunos de estos hijos privilegiados, que por una gracia y un atractivo especial, han querido dejarse educar por tal Madre y se han entregado y

vuelto a entregar con frecuencia a Ella, María, después de una purificación más o menos larga, les concede el favor de sentirse realmente sus hijitos, a partir del día en que se han perdido enteramente en Ella. Muertos a sí mismos, han llegado a vivir una vida nueva, completamente escondida en María. Ya no tienen que hacer más que una cosa: velar para no separarse de Aquella que en adelante es para ellos, mucho más aún que antes, su verdadera mamá. Su actividad se limita a recibirlo todo de Ella sin resistencia, y a dejarse amar por Ella. Es para María una alegría especial el ocuparse de sus hijitos y hacerlos crecer en Ella, haciendo que comprendan y participen de su felicidad.

Hace también que algunos experimenten el amor inmenso que especialmente les profesa. «Esta amabilísima Madre, me trata con mucha familiaridad, —dice María de Santa Teresa.— Mi amor a ella crece con esto maravillosamente. Este amor no es solo una dulce ternura, un sencillo e inocente afecto filial, —lo cual sería muy ordinario— no; es un amor que inflama, que hiere. Es un amor que me saca fuera de mí, al considerar la acogida tan dulce, tan afectuosa que me dispensa esta Madre todo amor, que parece me ha adoptado como a su hija predilecta» ¹¹⁵.

Estas gracias de intimidad varían según las almas. Algunas llegan a sentir la presencia inefable de María en *ellas* y reposar dulcísimamente en *Ella* como en un sueño de amor ¹¹⁶. Esto demuestra hasta dónde puede llevar una devoción verdadera y total a María a quienes son fieles a ella.

Sin embargo, no todos los que la practican llegan a gozar de la dulce presencia de la Santísima Virgen en su interior. «Esta gracia no está hecha para todos» ¹¹⁷. Pero para todos, por lo menos, es María su vida; es decir, que todos renuncian a sus deseos, y a sus juicios, para hacer suyos únicamente los de María. Esta les hace participar de los sentimientos de que estuvo llena durante su vida. María vuelve a vivir, con ellos y en ellos, los misterios de Jesús, en los cuales tuvo gran parte, desde los anhelos por la venida del Mesías durante el Adviento, hasta las alegrías de la Ascensión. Todas las alegrías de Él son sus alegrías, sus dolores son dolores suyos y sus glorias, glorias tuyas. Todos y cada uno pueden decir con toda verdad: Ya no soy yo el que vivo, es María la que vive en mí. *Mibi vivere María est*.

En una palabra, María les comunica su espíritu que llega a ser espíritu de ellos moviéndolos en todas las circunstancias. Ahora bien, el Espíritu de María no es otro que el Espíritu de Jesús, y el Espíritu de Jesús es el Espíritu Santo. Nuestra Señora está tan sumisa a Él, que este divino Espíritu no

encuentra la menor resistencia a su acción llena de amor que también quiere ejercer en las almas como vamos a verlo en seguida.

María enseña a sus hijos, aquellos que se le abandonan totalmente, con entera confianza, a adquirir la misma docilidad, a repetir con Ella su *Ecce*, su *Fiat* y su *Magnificat*, con la misma prontitud y la misma generosidad. Como Ella, están siempre contentos, encontrando sus delicias en ser sus pequeñitos; María les basta.

Finalmente, así como después del nacimiento de su divino Hijo, a María le gustaba y se complacía en presentarle a su Padre, del mismo modo nos presentará algún día al Eterno Padre a todos y a cada uno de nosotros, con tanta mayor complacencia cuanto mayor sea la semejanza que en nosotros encuentre con su Hijo Primogénito.





CAPÍTULO IV

EL ESPÍRITU SANTO NOS AMA



Y uno a quien apenas hemos nombrado hasta ahora, y que sin embargo, interviene desde el principio de la vida espiritual —ordinariamente sin que se note su presencia—, para ayudarnos a tener conciencia del amor de elección con que nos distinguen Dios Padre, Jesús, el Verbo encarnado y la Santísima Virgen María; y sobre todo, para que correspondamos cada vez con más perfección a ese amor. La Tercera Persona de la Santísima Trinidad llena en cada uno de nosotros una misión, toda amor, que puede, si la secundamos con generosidad, transformar nuestra vida. Vamos ahora, después de haber procurado precisar a grandes rasgos su acción, a contemplar dos de las grandes realidades de la vida cristiana que el Espíritu Santo se complace en revelar para excitarnos al amor: Él habita en nosotros con el Padre y el Hijo, y hace de nosotros verdaderos hijos de Dios.

I. El papel del Espíritu Santo

Decía nuestro Señor a los Apóstoles que se mostraban muy tristes por su próxima partida: «Aun tengo otras muchas cosas que deciros: mas por ahora no podéis comprenderlas» ¹¹⁸. Es mejor que Yo me vaya, porque entonces «el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará, os lo enseñará todo en mi nombre, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas» ¹¹⁹.

Esta promesa de Jesús nos da resuelta la cuestión que se plantea con frecuencia. ¿Cómo es posible que los Apóstoles nos hayan podido transmitir tan fielmente tantos hechos y, sobre todo, tantas enseñanzas que ellos entendían tan mal en el momento en que eran testigos de los mismos? ¿Cómo, después de haber vivido en compañía de Jesús durante tres años, de haber asistido a sus predicaciones, de haber sido testigos de los innumerables milagros que obró, todavía no comprendieron el misterio de Dios, como ellos mismos lo reconocieron? Pero en el momento en que reunidos todos en el Cenáculo con la Virgen María, desciende sobre ellos el Espíritu Santo, se obra en todo su ser un cambio radical.

Conocen, por fin, quién es Jesús; y de tal modo los transforma este conocimiento, que les tiene sin cuidado los malos tratos que los judíos les pudieran hacer. Estos hombres de poca instrucción, de natural sencillez y tímido, predicán sin ningún respeto humano, hacen milagros, obran numerosas conversiones y están dispuestos a pasar por todo con tal de enseñar a las naciones y ganar el universo entero para el verdadero Dios. El Espíritu Santo está allí y no solamente refresca sus recuerdos, sino que les hace comprender de una manera completamente nueva todo lo que nuestro Señor les había dicho. El amor ardiente en que se abrasan les comunica una especie de conocimiento experimental del mundo sobrenatural —conocimiento misterioso que les ayuda a descubrir el profundo sentido de las palabras del Maestro—, haciéndoles gustar la unción divina que las inspira. Tal es el cambio maravilloso que se ha obrado en los Apóstoles el día de *Pentecostés*. Durante su vida terrestre, Jesús se había esforzado en educarlos respetando su modo humano de conocer y de amar. Una vez que sube al cielo, a la diestra del Padre, se convierte en «Espíritu vivificante» ¹²⁰. Usa del poder que le acaba de ser reconocido solemnemente, como Cabeza del Cuerpo Místico, para enviar su Espíritu a todos y a cada uno de sus miembros.

De esta manera, el Espíritu Santo se convierte en el alma que les da

vida y los une entre sí, comunicándoles los sentimientos de Jesús para hacer de cada uno de ellos otro Cristo.

Un instante le ha bastado para terminar su obra en los Apóstoles; y tiene un deseo inmenso de realizar análoga transformación, aunque en forma progresiva, en todos los que están injertados en Cristo y aspiran a amar a Dios con todo su corazón, desde el momento en que tienen conciencia de su primer contacto con Él. En efecto, solo una *conversión* profunda puede permitirnos penetrar realmente en el gran misterio de la vida divina. La mayor parte de nosotros somos elevados a esta vida después de llevar muchos años en la religión católica, en la cual hemos aprendido muchas cosas de Dios, nuestros deberes para con Él, el modo de desarrollar nuestra vida espiritual, de la que no se puede negar que poseemos una ciencia teórica real. Pero ¡la practicamos tan poco! ¡la vivimos tan mal...!

Ciertamente que no somos tan ignorantes como aquellos discípulos de Efeso que, preguntados por San Pablo si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron que ni siquiera habían oído hablar de Él ¹²¹. Nosotros pronunciamos con frecuencia su nombre, aunque no sea más que al hacer la señal de la cruz. Pero ¿pensamos verdaderamente en Él, tenemos realmente fe en su acción sobre nuestras almas, y se lo testimoniamos con una escrupulosa fidelidad y gran generosidad? ¿No nos vemos obligados a confesar que, con frecuencia, el Espíritu Santo es también para nosotros el «Divino Desconocido», según la expresión de Monseñor Landrieux? Felizmente el Espíritu de Amor trabaja en *nosotros* aunque no nos demos cuenta. No se molesta porque nos dirijamos con preferencia al Padre, a nuestro Señor y a la santísima Virgen y porque nos contentemos a veces con dirigirle ciertas oraciones sin tenerle verdadera devoción. Hasta permite que ciertas almas fervorosas atribuyan durante toda su vida únicamente a nuestro Señor o a la santísima Virgen la acción que, en realidad, es Él quien la ejerce, siempre de acuerdo con Ellos.

Él se ocupa de nuestra santificación; aunque *nosotros* lleguemos a dudar de ello. Sin embargo, lo normal es que si le conociésemos mejor, podría obrar con más libertad en *nosotros* y conducirnos con más rapidez y más adelanto en el camino de la santidad.

Por otra parte, la Iglesia —que se muestra siempre tan solícita con sus hijos—, nos indica cuidadosamente hasta qué punto debemos desear la venida del Espíritu Santo. La liturgia de Pentecostés, reproduciendo la de Pascua, es verdaderamente grandiosa, admirable y llena de enseñanzas. Ya

en la vigilia de la fiesta y luego durante toda una semana, las ceremonias se desarrollan con gran solemnidad, mientras que los textos escogidos por la Iglesia procuran señalar toda la diversidad y plenitud de la acción del Espíritu Santo, recordándonos que es el Padre de los pobres, la Luz de los corazones, el Consolador o el divino Paráclito, el Pacificador y el Santificador, el Dedo de la diestra del Padre, el Don por excelencia. Es, además, Fuego —«ignis»—, la fuente de la Vida —«fons vivus»—, la Unción espiritual, —«spiritualis unctio»—. En una palabra: es el Amor ¹²².

Y si necesitamos un convencimiento más profundo de la importancia de la acción del Espíritu Santo, recordemos que la Iglesia nos manda pedir su intervención, muy especialmente, en todas las grandes circunstancias de la vida; como, por ejemplo, en el momento de la profesión solemne, durante la ordenación de los sacerdotes.

Por otra parte, nuestro Señor nos deja entrever la importancia que atribuye a la venida del Paráclito y cuáles debían ser sus sentimientos cuando hablaba a los suyos del Consolador que el Padre les enviaría. Sabía el don inapreciable que les iba a hacer. «Si scires donum Dei», si conociéseis el don de Dios, podía haber dicho Él a sus Apóstoles que, sin embargo, no comprendían en aquel momento todo esto, ni podían comprenderlo. No estamos nosotros en el mismo caso. Nosotros podemos y debemos apreciar el don que se nos promete siempre, y constantemente se nos ofrece. Todos, personalmente, hemos recibido el Espíritu Santo el día de nuestro Bautismo; luego, de una manera especialísima en el momento de nuestra Confirmación. Todos los años, con ocasión de la fiesta de Pentecostés, se renueva la venida de Espíritu de Amor de un modo particular, tanto para la Iglesia en general como para cada uno de los cristianos en particular. Más aún —y esta es una de las grandes maravillas de la bondad de Dios—, podemos hacer de nuestra vida «un Pentecostés continuo» y recibir al Espíritu Santo en todo momento. Tiene Él un deseo tal de comunicarse a cada uno de nosotros, que su venida no depende, por decirlo así, más que de nosotros mismos, de la medida en que le hagamos lugar.

Cada vez que nos esforzamos por morir a nosotros mismos, Dios nos envía su divino Espíritu. San Benito lo deja traslucir claramente en su Regla, al final del capítulo consagrado a la humildad. Dios se digna manifestar la acción del Espíritu Santo en el obrero purificado de sus vicios y pecados; lo cual supone que Aquél —el Espíritu Santo—, ha venido de un modo especial. En los períodos en que sentimos más particularmente nuestra impo-

tencia personal para purificarnos perfectamente, deseáramos la intervención de alguien que quebrantará las aficiones que sin cesar renacen en nosotros. Sin darnos cuenta de ello, llamamos entonces en nuestra ayuda al Espíritu Santo. Deseamos también su venida cuando intentamos testimoniar nuestro amor al Padre, a nuestro Señor o a la santísima Virgen. Según hemos tenido ocasión de señalar en el curso de los capítulos que preceden, hay un momento en que sentimos que nuestros actos de amor, tanto efectivos como afectivos, son una respuesta insuficiente al amor preveniente de que somos colmados. Es necesario que alguien nos fuerce a hacer el don total y sin reservas, apoderándose de todo nuestro ser, con lo cual queremos significar el deseo de la venida del mismo Espíritu Santo.

Así pues, en cierto sentido, no todo depende de nosotros. Nos basta quererlo. Si nosotros perseveramos en la mortificación y en la oración con un deseo de Dios cada vez más ardiente y confiado, podemos estar seguros que el Padre, de acuerdo con su Único Hijo, nos enviará el Amor sustancial, la tercera Persona de la santísima Trinidad. El uno y el otro rivalizan en el amor con que desean colmarnos del más grande de todos sus dones.

La santísima Virgen misma no permanece inactiva. Si nos hemos entregado a Ella, según hemos indicado, Ella no nos dará ciertamente al Espíritu Santo —esto está estrictamente reservado al Padre y al Hijo—, pero le atraerá irresistiblemente a nosotros: «Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, encuentra a María en un alma, allá vuela Él también», decía San Luis-María Grignón de Montfort ¹²³. Nuestra Señora nos ayuda también poderosamente a dejarnos invadir por el Paráclito, enseñándonos además a conservarle y a dejarle obrar en nosotros.

Él, que es el Amor, quiere, en efecto, hacernos progresar en el amor. No hemos llegado todavía a la perfecta semejanza con Jesús. Mézclanse muchas imperfecciones en nuestra postura con relación a Dios. Estamos todavía muy disipados con lo de fuera, o replegados sobre *nosotros mismos*, y no sabemos olvidarnos lo suficiente para no ver más que la voluntad de Dios.

El Espíritu Santo quiere purificar nuestro amor. Y lo hará. Al principio, progresivamente, ayudándonos a amar al Señor con nuestros propios esfuerzos. Luego, cuando llegue su hora, intervendrá con violencia, obrando en nuestra manera de amar una verdadera transformación, análoga a la que produjo en los Apóstoles.

Hasta este momento procuramos amar a Dios por nosotros mismos; de pronto, nos sentimos verdaderamente amados por Él, y ya no tenemos más

que hacer que dajamos invadir por su Amor, cuya unción nos hace gustar. ¡Qué descubrimiento! No nos atreveríamos a creerlo, si con dulce fuerza no se nos impusiera.

Para llegar a estos fines, el Espíritu Santo varía su acción hasta lo infinito. Dos maravillas del orden sobrenatural se complace, sin embargo, en revelar a los que quieren amar siempre más y mejor. Pidámosle, ante todo, que nos dé a conocer cuáles son los huéspedes divinos de nuestra alma.

II. Vosotros sois los templos del Dios vivo

Para amar a Dios y vivir en su intimidad, no tenemos necesidad de salir fuera de nosotros. En efecto, el Padre y el Hijo envían a los hombres su común Espíritu que viene a habitar en las almas de todos los bautizados, al menos con bautismo de deseo, y en su obrar se conforman a la ley divina. El Espíritu Santo difunde en ellas la caridad y las hermosea con sus virtudes y sus dones; y como el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables, toda la Trinidad entera mora en el alma de los justos. Todos los hombres en estado de gracia son, pues, real y verdaderamente —según la expresión de San Pablo—, templos de Dios vivo, «Vos estis templum Dei vivi» ¹²⁴.

Este es uno de los grandes misterios en los que el Espíritu Santo se complace en instruir por sí mismo, y en la forma que a Él le parece, a las almas y del cual no podemos intentar hablar siquiera sin antes implorar su ayuda.

«Si alguno me ama —ha dicho Jesús—, mi Padre le amará, vendremos a él y en él haremos nuestra morada» ¹²⁵.

Esforcémonos por profundizar en estas palabras, sorprendentes ciertamente, pero también conmovedoras.

«Nosotros vendremos a él». ¿Quién? Nosotros: Padre, Hijo y Espíritu Santo, que no formamos más que Uno. Vendremos, pero de una manera especial, gratuita, toda amor, con una venida que hará que vosotros tengáis con Nosotros relaciones, no sólo de la obra a su Autor, de la criatura a su Creador, sino más bien de hijo a Padre, de amigo a Amigo, de esposa a Esposo.

«Haremos en él nuestra morada». Ya sería una gracia muy grande que la santísima Trinidad se dignase venir a nuestra alma siquiera de paso. La

realidad, sin embargo, es muy superior. No solamente vendremos, sino que moraremos, permaneceremos allí como un amigo con su amigo. Más aun: Nosotros haremos de vuestra alma nuestra «casa», nuestro hogar, el lugar de todas nuestras intimidades, donde gustaremos estar para llevar allí Nuestra vida de Trinidad.

Y vuestra alma no será extraña a esta vida: Nosotros la divinizaremos, la haremos participante de nuestra naturaleza ¹²⁶.

Ante este pensamiento, exclama el autor de la «Imitación», lleno de admiración y de amor: «Donde Tu estás, Señor, allí está el Cielo» —Ubi Tu, ibi coelum— ¹²⁷.

Aquí tenemos resumido, en pocas palabras, «el misterio de la Inhabitación divina», el misterio de Dios en nosotros, de la Trinidad presente dentro de nosotros. Esta es, sin duda, una de las más grandes obras realizadas por Dios en su amor a los hombres. ¡Cuán pocos, sin embargo, piensan en ello!

El Espíritu Santo atrae dulcemente hacia la meditación de este misterio, a las almas ya verdaderamente enamoradas de Dios. Estas almas gustan de pensar y reflexionar con frecuencia en él para intensificar más y más su fe en las grandes realidades del mundo sobrenatural. Buscan todos los autores que tratan de ello —y felizmente no tardan en hallarlos—, hermosos tratados sobre este asunto que las pueden ayudar mucho ¹²⁸. De este modo pueden llegar poco a poco a penetrarse de una manera muy sencilla de esta verdad: Dios está aquí, muy cerca, mora y habita «en mí».

Si llegamos a convencernos de esto, nuestro primer cuidado será, naturalmente, «respetar la presencia divina». Y lo haremos, ante todo, evitando a toda costa el echar al huésped divino por el pecado grave, porque tal es el resultado inmediato de «toda falta mortal»: al cometerla, echamos a los Tres de nuestra alma dando la preferencia a Satanás, terrible consecuencia que nos ayuda a darnos cuenta de todo lo que el pecado mortal tiene de verdaderamente monstruoso.

En tanto que nuestro amor a Dios sea débil, nos es difícil tener un verdadero horror al pecado: —«Delicta quis intelligit»— ¹²⁹. Si estuviésemos abrasados de amor como los grandes santos, nos acercaríamos un poco a la realidad de lo que es una falta grave mirando a Dios. ¿Podemos siquiera imaginarnos el éxito que representa para el demonio el hecho de que Dios ya no habite en un alma, sobre todo en un alma consagrada, que le ha plantado a la puerta para dar entrada al pecado? ¡Ah! no demos jamás al demo-

nio esta odiosa satisfacción. Que estos pensamientos nos sostengan en el momento de las grandes tentaciones.

Para respetar la presencia de Dios en nosotros, no basta, por otra parte, evitar las faltas graves: «los pecados veniales» y las imperfecciones constituyen también un desorden. Si no arrojan al Señor de nuestras almas, enfrían por lo menos nuestra amistad con Él. ¿Tendríamos la osadía de cometerlas con solo imaginarnos que desagradan a Aquél que está presente en nosotros por amor? Dios escudriña nuestros más recónditos pensamientos, y por medio de las acciones más insignificantes es como le testimoniamos nuestro afecto o nuestra indiferencia. Y así hemos de tener cuidado de evitar hasta los menores deseos desordenados y huir de los vanos o inútiles. Esto, por lo demás, es muy lógico. Se nos caería la cara de vergüenza y temblaríamos de miedo a la sola idea de que algunos de nuestros pensamientos más íntimos pudieran ser conocidos de las personas que estimamos y amamos. ¿Pues no debería este mismo temor impedir que nuestra imaginación se desatase en presencia del Amor infinito a quien nada se le oculta?

Todo esto no es más que una actitud negativa con relación a Dios presente en nuestra alma, y la realizaremos con mayor facilidad si adoptamos al mismo tiempo una postura positiva, inspirada por el deseo de ofrecer al Huésped divino una morada más espaciosa. ¿Esto es posible? Sí, porque si bien es cierto que Dios está en todas partes, aquí está a manera de espíritu, y, por consiguiente, con razón puédese decir que allí está más presente donde obra con más intensidad. Cuanto más enteramente entreguemos nuestras almas a la acción divina por medio de una mayor pureza, más permitimos a Dios «intensificar» su presencia en nosotros.

«Dios que está en todas partes —dice San Agustín—, no habita en todos los seres; y no habita tan poco de la misma manera en aquellos donde ha establecido su morada... En aquellos en que habita, y en cuyo corazón, por su bondad y su gracia, se ha elevado a sí mismo un templo de predilección, le poseen, unos más y otros menos, según la capacidad de cada uno»¹³⁰. De manera que, en cierto modo, depende de nosotros el aumentar la vida divina en nuestras almas. Mientras más mortificados seamos exterior e interiormente, más frecuentes y más fervorosas serán nuestras confesiones y nuestras comuniones, más numerosos e intensos nuestros actos de amor de Dios, más aumentará también nuestra capacidad de poseer y amar a Dios; en una palabra, nuestra oración será más continua y ardiente, nos elevará mucho más por encima de todo lo creado, orientándonos con más fuerza hacia Dios.

Éste, que tiene una sed inextinguible de comunicarse a los hombres, se entregará cada vez más a nuestra alma, también sedienta de Él. ¡Qué hermoso programa para toda una vida! Todo consiste en que el Espíritu Santo nos vaya haciendo comprender paulatinamente que Dios, que habita en nosotros por amor, tiene un ardiente deseo de hacernos participantes de su vida divina, ejerciendo sobre nosotros una dulce atracción para que vivamos en estrecha familiaridad con Él: «Que nuestra mutua unión sea con el Padre y su Hijo Jesucristo» ¹³¹. El Espíritu de Amor nos va a ilustrar con sus luces y a enseñarnos con la unción que le es propia, cómo es posible llegar a la dichosa realidad de una verdadera intimidad con Dios.

Lo principal es saber establecer contacto con Aquel que mora dentro de nosotros. Las primeras etapas son, a veces, muy difíciles. ¿Cómo es posible entrar dentro de sí mismo para ocuparse del que está allí, llamándonos y atrayéndonos sin encontrar en ello, sin embargo, ningún atractivo sensible que sostenga nuestros esfuerzos? Cuando se trata de Jesús en el Tabernáculo, es más fácil orientar nuestra atención con la ayuda de nuestros sentidos; pero aquí es preciso recoger, aislar nuestras facultades, desocupándolas de toda criatura, para aplicarlas a Aquel que está dentro de nosotros. Esto naturalmente nos cuesta mucho trabajo porque andamos disipados; mas el Espíritu Santo nos atrae insensiblemente y nos hace sentir la necesidad de hacer el silencio, exterior en primer lugar, pero sobre todo interiormente. Nos anima con fuerza y suavidad a repetir nuestros esfuerzos para desentendernos de todo lo que a cada instante nos molesta, haciéndonos capaces de volver a la tarea sin cesar, con una paciencia incansable. Multiplicaremos entonces los actos de fe en la presencia del Huésped divino: «¡Dios mío, yo creo, *atraedme!*». Y el Espíritu Santo continúa su obra haciéndonos reflexionar en silencio en la gran realidad que se está obrando en nosotros.

Algún día quedaremos asombrados: Actualmente, «en mi alma, como en el cielo, el Padre anuncia su palabra eterna, engendra a su Hijo y le vuelve a decir al entregármelo: Hoy te he engendrado; Tu eres mi Hijo muy amado; en Ti tengo puestas todas mis complacencias. En este mismo momento, en mi alma, el Padre y el Hijo cambian recíprocamente sus mutuas ternuras, gozándose en este entretenimiento inenarrable, dándose este abrazo viviente, este beso inefable, exhalando su amor en el hálito ardiente, torrente de llamas, que es el Espíritu Santo» ¹³².

En el momento en que tengamos conciencia de este hecho, excl-

maremos de buen grado con Jacob: «Verdaderamente este lugar es santo; "Dios está aquí" y yo no lo sabía» ¹³³.

«Me parece que he encontrado mi cielo en la tierra, podía escribir Sor Isabel de la Trinidad, puesto que el cielo es Dios, y Dios está en mi alma». «El día en que yo comprenda esto» todo se llenará de luz en mí, y podré susurrar este secreto al oído de todos los que amo ¹³⁴.

Uno se queda estupefacto, sobrecogido por un temblor divino —«com tremore divino»—, ante esta revelación que nos despega de todo lo que nos rodea y nos atrae, casi irresistiblemente, hacia dentro. Entonces es cuando se vislumbra la grandeza de un alma. Dios ha creado el universo material poniendo en él una obra maestra espléndida, capaz de llenarnos de asombro y de cuyos secretos no acaba la ciencia de recorrer por completo el velo; y sin embargo, todas las bellezas de la naturaleza son nada al lado del esplendor de una alma en estado de gracia. Ésta posee un tesoro inapreciable: encierra en sí a Dios que vive en ella su vida de amor. ¡Tal es la riqueza de mi alma cuando acaba, por ejemplo, de ser purificada por la absolución o de alimentarse de la Comunión: Dios está allí, los Tres están allí reclamando mi amor...!

Nuestro porte exterior cambia como por ensalmo. Cuéntase de Monseñor Olier que a partir de lo que él llama su segunda conversión, percibía con frecuencia una voz interior que le susurraba con una dulzura imperiosa: «¡Vida divina, vida divina!» Desde entonces —añaden sus biógrafos—, su vida semejava un acto solemne. Parecía como que andaba siempre sin perder la presencia de Dios que vivía en su alma ¹³⁵.

Comprendemos de una forma completamente nueva la importancia del «silencio interior», experimentando hasta qué punto constituye la atmósfera favorable para el desarrollo de nuestro amor hacia Aquel que es el único que merece toda nuestra atención. Sentimos la necesidad de ser absolutamente categóricos. Una experiencia nunca desmentida nos enseña «que un alma que discute con su yo, que se ocupa de sus sensiblerías, que se deja llevar de un pensamiento inútil, o de un deseo cualquiera», esta alma desperdiga sus fuerzas, no está del todo ordenada a Dios y, por consiguiente, no puede llegar a la intimidad y a la unión ¹³⁶. Cuando llega la hora de Dios, se nos da la gracia, unas veces súbitamente, sin ningún mérito por nuestra parte; otras, después de muchos esfuerzos perseverantes y aparentemente infructuosos. El Espíritu Santo, que hasta este momento guiaba y sostenía nuestros esfuerzos en secreto, obra ya de una forma más palpable. No

solamente creemos firmemente, sino que nos damos cuenta de que Dios está allí, en nosotros.

Entonces los retornos a Dios, ya no son difíciles, llegan a ser como una necesidad de volver a entrar dentro de nosotros mismos y allí amar sin decir palabra. Se estabiliza en nuestra alma un misterioso «recogimiento» sumiéndonos en un profundo silencio que recuerda, cuando se intensifica, el que San Juan de la Cruz califica de divino. Cuando el atractivo es vehemente, hasta pensar en otra cosa nos resulta difícil, si no es en Aquél que está presente en nosotros o en los Tres que viven en nuestra alma su vida de amor. Todas nuestras potencias se ven como arrastradas y dulcemente encadenadas dentro, «cor intus» según la bella expresión de la «Imitación»¹³⁷. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo hace que reine en nuestra alma una gran paz. Y si los deberes de estado, el cansancio o cualquiera otra cosa viene a distraernos de la divina presencia, complazcámonos en repetir pausadamente la oración de Sor Isabel de la Trinidad; sobre todo las primeras frases, suficientes con frecuencia para volvernos a poner en estado de oración:

«¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro!, ayudadme a olvidarme enteramente de mí para fijarme en Vos, inmutable y sosegada como si ya mi alma estuviera en la eternidad. Que nada turbe mi paz ni me haga salir de Vos, ¡oh mi Inmutable!, sino que cada minuto me lance más adentro en las profundidades de vuestro misterio. Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra amada morada y el lugar de vuestro descanso...»

Esta oración —tan bella en sí misma y de una doctrina tan segura—, encierra una gracia tan particular, y además nos alcanzará la intercesión de la humilde carmelita, la cual escribía a una hermana conversa días antes de su muerte:

«Paréceme que mi misión en el cielo será atraer a las almas, ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios por un movimiento simplicísimo y amorosísimo, y guardarlas en ese silencio interior que permite a Dios imprimirse en ellas transformándolas en Él»¹³⁸.

Cuanto más nos atrae el Espíritu Santo, más nos inclina a mortificarnos, y nuestro recogimiento se hace también más intenso. Ya no nos turba nada que pueda venir de fuera, y nos vemos lanzados, por decirlo así, a las profundidades y abismos de la vida de la santísima Trinidad. A veces, nos contentamos con una mirada pletórica de amor, sobre Dios, Dios uno, sin distinción de personas. Otras veces —particularmente aquellos a quienes el

Espíritu Santo concede la gracia de la «presencia sentida» de la cual hablamos al tratar de la oración de quietud—, nos atraen ora una, ora otra de las Personas divinas:

«¡Oh Verbo eterno, palabra de mi Dios! yo quiero pasar la vida escuchándoos, yo quiero dejarme impregnar de vuestras enseñanzas. ¡Oh fuego consumidor, Espíritu de amor, venid a mí... ¡Oh Padre, inclináoos hacia vuestra pobre y pequeña criatura...».

El alma tiene verdaderamente la impresión de sentirse amada de un modo diferente por cada uno de los Tres. A veces, hasta le parece participar de su misteriosa circumincisión. Es más fácil vivir este estado que explicarlo. Los que tienen alguna experiencia de esto, dicen que se sienten como sumergidos en el misterio de la vida divina, la cual les parece tanto más maravillosa cuanto menos la comprenden, a pesar de estar viéndola:

«¡Oh mis Tres, mi Todo, mi Beatitud, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo y me entrego a Vos...».

En las almas que llegan a este estado, son una verdadera realidad las palabras de Santiago: «Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo»: Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios ¹³⁹.

Están perdidas en la Trinidad, pero allí están con Cristo que les comunica sus sentimientos por medio de su divino Espíritu. Cuanto más plenamente se entreguen a su acción, más realmente serán hijos de Dios.

III. Los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios

Una de las notas características de los verdaderos hijos es que jamás niegan nada a sus padres. Del mismo modo, nuestro amor a Dios no será verdaderamente filial si no estamos siempre de acuerdo con Él, si aun en los menores detalles de nuestra vida, no respondemos con un «sí» a todo lo que Él nos mande. El Espíritu Santo está especialmente encargado de velar sobre esto. San Pablo nos dice: «Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei», «Los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» ¹⁴⁰.

Esto es lo que plenamente hizo Jesús, el Hijo Unigénito del Padre, «durante su vida terrenal». La santa humanidad de nuestro Señor está dirigida, movida incesantemente por el Espíritu de Amor. Cristo puede

evidentemente, obrar por Sí mismo, pero siempre bajo el impulso de la tercera persona de la santísima Trinidad; el Espíritu del Padre es al mismo tiempo el Espíritu del Hijo, y Él hace que conozca y cumpla siempre y en todo la voluntad divina.

Se ve esto con marcado relieve en el Evangelio. Hojeando sus páginas podemos comprobar que no hay misterio en la vida de Cristo en el cual quede al margen el Espíritu Santo.

Ya en la Anunciación, cuando la santísima Virgen acepta el ser Madre del Verbo encarnado, el Espíritu Santo viene sobre Ella para formar al Niño-Dios ¹⁴¹.

En la presentación de Jesús —que es la primera ofrenda oficial que Éste hace a su Padre—, el Santo Espíritu prepara todos los encuentros que parecían casuales. Él había predicho a Simeón que no moriría sin ver antes al Cristo del Señor, y le induce a venir al templo el mismo día, precisamente, en que José y María llevan al Niño ¹⁴².

Su intervención se hace manifiesta desde los comienzos de la vida pública. Esplendorosa teofanía o manifestación en el Bautismo de Jesús. Se deja oír la voz del Padre; el Espíritu Santo aparece en forma de paloma ¹⁴³ y luego le lleva al desierto ¹⁴⁴. El Espíritu Santo es también el que conduce a nuestro Señor en sus correrías apostólicas: «Jesús, por impulso del Espíritu Santo, retornó a Galilea» ¹⁴⁵. Él es el que le hace saltar de gozo y dar gracias al Padre porque revela a los pequeñuelos los secretos divinos: «Jesús manifestó un extraordinario gozo, bajo el impulso del Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y prudentes del mundo, y las has revelado a los humildes y pequeñuelos» ¹⁴⁶.

Bastan estos rasgos para que podamos vislumbrar las misteriosas relaciones que existían aquí abajo entre el Espíritu Santo y la Humanidad de Cristo. Toda la vida interior y exterior de Jesucristo se desarrolla bajo la moción incesante del Espíritu de Amor.

Lo que hacía en nuestro Señor, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, quiere hacerlo también «en todos los miembros» del Cuerpo Místico. Sola su intervención es la que nos puede conducir a la perfección del amor filial que abrasaba el Corazón de Jesús. Todos los santos lo han comprendido perfectamente. Limitémonos a recordar el testimonio de san Pablo que afirmaba: «Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí» ¹⁴⁷. En tal grado fué esto verdad, que bien pudo decir san Juan

Crisóstomo: «Cor Pauli, Cor Christi»: El corazón de Pablo es el corazón de Cristo. Uno y otro están animados de un mismo amor, bajo la moción de un mismo Espíritu. Pero Éste respeta la libertad de cada uno y no puede obrar sino en la medida en que nosotros nos entreguemos a Él. No es raro que le tengamos en nosotros como atado y reducido a la impotencia por efecto de nuestras resistencias y apego a nuestra propia voluntad. Se trata de que nos demos cuenta de lo que Él quiere hacer en nuestros corazones, de las invitaciones al amor que nos dirige y de nuestra correspondencia a las mismas, entregándonos totalmente a su dirección.

San Pablo nos indica las dos actitudes fundamentales que debemos adoptar con relación al Espíritu Santo.

«Spiritum nolite extinguere» —«No apaguéis el Espíritu de Dios»— ¹⁴⁸, es decir, siguiendo la interpretación de los Padres, no os opongáis formalmente a su acción por el pecado mortal. Esto es el *mínimum* indispensable.

«Nolite contristare Spiritum Santum» —«No contristéis al Espíritu Santo de Dios», nos dice en otra parte— ¹⁴⁹. Es decir, no pongáis resistencia a sus consejos e inspiraciones. Si estáis atentos, percibiréis su llamada incesante a la puerta de vuestro corazón.

San Benito nos repite a su modo lo mismo. En el Prólogo de su Regla nos habla de Dios que nos llama: «Vox divina», dice él. No se trata de una voz sensible cuyas vibraciones puedan percibir los oídos, sino de esa voz misteriosa que no es otra cosa que la acción del Espíritu Santo en nosotros. Nos llama cada día, «quotidie clamans», en todo momento. Nos atrae y solicita, espera, sin embargo, nuestra libre correspondencia a sus apremiantes exhortaciones, «expectat nos quotidie». San Benito tiene buen cuidado de invitarnos con la Escritura ¹⁵⁰ a estar siempre atentos a los llamamientos del Espíritu Santo y a no endurecer nuestros corazones: «Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra». Escuchémosle siempre, pues se trata de llamamientos al temor, a la vida de intimidad o a la perfección. Si es verdad que de un modo general se les puede clasificar así, varían, sin embargo, hasta lo infinito conforme a las circunstancias, a los designios de Dios sobre cada uno de nosotros y a la fiel correspondencia que le dispensamos.

Nuestra vida interior no se desarrolla sino bajo la acción oculta y misteriosa del Espíritu Santo. Es posible que durante largo tiempo no le hayamos prestado atención, pero llega un día en que, admirados, descubrimos algo de la forma cómo ha trabajado en nuestra alma luengos años.

Él es el autor de esos «llamamientos» prolongados y reiterados, que no se cansa jamás de nuestras resistencias, ni aun de nuestros mismos desdenes, volviendo de nuevo a la carga, a veces durante años enteros, no acobardándole ni el temor de tener que seguirnos aún en medio de los mayores desórdenes, para impedir que encontremos en las criaturas una felicidad que desolados vamos buscando. En ciertas épocas parece que se desvanecen estos llamamientos, pero es para continuar luego con nueva fuerza. Los placeres de la tierra no dejan en nuestra alma más que una impresión de vacío y de disgusto. Y si esto no fuera suficiente para hacernos mudar de vida, el Espíritu Santo —que permite estas cosas para que le entreguemos nuestro amor—, no duda en acudir a medios extraordinarios, poniéndonos, por ejemplo, al pie del sepulcro, «para conseguir nuestra conversión», y acumulando reveses y desilusiones en nuestra vida. El día que nos demos por enterados y decidamos rendirnos de una vez, el Espíritu Santo proseguirá su obra con nuevo ardor, descubriéndonos paulatinamente cómo la vida cristiana es verdaderamente una «vida de intimidad» con Dios. Para algunos, este llamamiento fué más rotundo, pues los encerró en un monasterio para allí entregarse totalmente a Dios.

Entonces, lo mismo en el mundo que en el claustro, la voz del Señor se hace más dulce a fin de ayudarnos a comprender mejor la esencia del cristianismo, lo que constituye el alma de todos los mandamientos y de todas las observancias. Trátase de que encontremos la perla preciosa, esto es, la vida interior.

Para ello, el Espíritu de Amor menudea las llamadas, quizás breves y pasajeras, pero renovadas con insistencia misericordiosa. ¡Cuántas veces habrá debido llamar antes de vernos determinados a responderle! Con frecuencia estamos ausentes por descuido, indiferencia o aturdimiento, ocupados en bagatelas. Pero desde el momento en que nuestra atención comienza a ser atraída, sabemos responder con mucha generosidad.

Cada llamada que dejamos sin respuesta, corresponde a una gracia que descuidamos, y de este modo podemos llegar, poco a poco, a hacernos insensibles a la acción del Espíritu Santo, en el momento mismo en que quiera lanzarnos a la conquista de un gran ideal; si nos hacemos sordos, llegará un día en que no escucharemos su voz. La misericordia de Dios es infinita. Es inquietante, sin embargo, ver almas que habiendo vislumbrado, y quizás con mucha claridad, el camino del amor al que Dios las convidaba, resistieron por naderías, y desde entonces ya nada les mueve. Por más cuidado que se

ponga en buscarla no se encuentra ya ni una sola fibra capaz de vibrar. El mayor castigo que el Espíritu Santo puede imponer a un alma es no dejarla oír más su voz y abandonarla a una vida monótona sin remordimientos ni reproches. Esta vida sin Dios es un verdadero infierno. ¡Cuántas gracias, por el contrario, se nos reservan si hacemos verdaderos esfuerzos para responder siempre y con fidelidad! No nos sorprendamos, por otra parte, de que cuanto más nos entreguemos, más exigente será con nosotros el Espíritu Santo. Esto será una prueba de que realmente vamos progresando, nos vamos haciendo más sensibles, vamos adquiriendo más flexibilidad bajo la acción divina, cuya intensidad ahora no percibimos. El Espíritu Santo ejerce sobre nosotros una atracción continua y renueva sus «llamadas a la perfección». Hay momentos en que esto es muy duro para nosotros, el esfuerzo nos cuesta y tenemos que responder violentando nuestra voluntad. Nos complacemos en llamar al Espíritu de Amor Esposo de sangre, pero cuando empezamos a otear el horizonte de sus divinas exigencias, nos extrañamos de su rigor. No llegamos, sin embargo, al extremo de acusar al Espíritu Santo. Si Él obra de esta manera, persiguiéndonos sin tregua, es únicamente porque nos ama, para enseñarnos a amar a Dios de verdad y para que nos entreguemos a Él sin reserva. El Espíritu Santo debe, en efecto, formarnos y seguir ayudándonos por medio de llamadas breves, pero repetidas con paciencia divina, a romper esas ligeras ataduras que nos amarran casi inconscientemente a tal o cual cosa.

Una madre hablaba cierto día de Jesús a su hijito, procurando explicarle cómo le debía amar: «Para darle gusto le entregarías todos tus juguetes, ¿no es verdad?» El niño, clavando en su madre una mirada inocente, la dijo pensativo: «Sí, sí, yo se los daría todos, todos», pero en seguida añadió: «Todos, menos mi conejito».

Permanecemos toda nuestra vida siendo niños grandes, apegados a gazapillos, a naderías, cuyo dominio nos reservamos, dispuestos a no cederlo a nadie. Estos detalles que parecen sin importancia son los que quebrantan nuestro entusiasmo y obstaculizan nuestro vuelo ascensional hacia el amor de Dios. Por eso el Espíritu Santo toma tan a pecho el que no nos demos cuenta de ello; para lo cual, nos persigue, nos «muerde» hasta que nos entreguemos completamente, al mismo tiempo que nos sostiene secretamente y nos da la fuerza necesaria para vencer.

No podemos conservar la paz del corazón si no es luchando generosamente, pidiéndole perdón a cada desaliento, purificándonos de estas resis-

tencias a su acción por medio de confesiones más frecuentes, en las cuales nos acusaremos con preferencia sobre estos puntos. No se trata aquí de escrúpulos, sino de pequeñas desatenciones, bien claras por otra parte, en las que nos hemos dado perfecta cuenta que ha habido negligencia por nuestra parte a una sollicitación interior.

Si somos fieles, el Espíritu Santo continuará su obra enseñándonos a ser más y más delicados, a no desestimar absolutamente ningún detalle. Quiere perseguir nuestra voluntad hasta en sus últimos atrincheramientos, y así nos hace comprender que sería mejor evitar una mirada un poco curiosa, cortar un pensamiento inútil, ser más mortificados en nuestro porte... No juzguemos esto como cosas sin importancia, o bien no hablemos más de vida interior y de amor delicado y generoso.

Nada hay pequeño para el que ama. Para convencernos de ello basta considerar cómo el Espíritu Santo nos persigue con tanta insistencia, con una paciencia sin igual y en cada momento.

Por otra parte, nunca se deja vencer en generosidad: cuanto más pide, más da también. Ha visto nuestros esfuerzos para despegarnos de todo lo que no es Dios, y entonces se presenta Él y hace que nuestra victoria sea infinitamente más estable, dándonos luz para que veamos el vacío y la nada de las criaturas.

Nada de lo criado nos atrae ya. Todo nos parece naderías, bagatelas y futilidad. A ciertas almas les concede el Espíritu Santo un conocimiento experimental de la nada de las criaturas, comparada al Todo de Dios, y sienten ese vacío que se traduce en ellas por un despego absoluto y las deja un hambre y una sed insaciable de Dios, acompañada de un ardiente deseo de gustar de Él y de Él solo.

El Espíritu Santo nos comunica también, poco a poco, la divina Sabiduría, ese sentido práctico de lo divino que nos sitúa en un plan sobrenatural, desde cuyas alturas podemos conocer y otear los caminos por los que Dios nos conduce y cuál es la correspondencia que espera de nosotros. Tenemos una inclinación innata a construarnos, a nuestro talante, los tramos del camino que imaginamos nos llevará con más seguridad a Dios, cuando nuestro trabajo consiste únicamente en dar con el que el Todopoderoso, amorosamente, ha escogido para nosotros, y seguirle sin vacilaciones. En esto tenemos una misión personal que cumplir y en la cual nadie nos puede reemplazar. Pero para ponernos a la altura de esta misión y desempeñarla con éxito seguro, es en extremo conveniente que tengamos conciencia de la

acción del Espíritu Santo, que la «gustemos», es decir, que tengamos un «conocimiento personal», casi experimental, «de su amor».

Sucede, a los principios, que tenemos de esto una idea vaga por las «consolaciones sensibles» que haremos muy bien en someter al juicio de un prudente director. Cuando estas consolaciones proceden de Dios, son una ayuda preciosa; pero a veces pueden venir también del demonio o de la naturaleza, o bien el Espíritu Santo las retira para comunicarse de un modo más espiritual.

A los que perseveran con generosidad, les revela, cuando llega su hora, por medio de «toques» pasajeros, uno u otro de los aspectos de ese océano de amor que por todas partes nos rodea. Una luz viva esclarece nuestra alma en un momento más que podrían hacerlo años enteros de estudio; luz que, sin embargo, permanece indistinta y confusa, y que jamás palabra humana podrá expresarla con exactitud. Ella compensa inmediatamente, centuplicándolos, los prolongados y perseverantes esfuerzos que nos ha costado el seguir adelante en medio de la sequedad y aridez. Su influencia nos acompaña toda nuestra vida y la transforma completamente. Convertidos de verdad, empujados por un nuevo impulso, y llenos de un ardor hasta entonces desconocido, volvemos a emprender el camino pletórico de entusiasmo, decididos a una generosidad total, a amar sin reservas.

En ciertas almas, termina el Espíritu Santo su obra, después de nuevas purificaciones, abrasándolas en su amor por medio de su unción, por la «presencia sentida», características de las gracias estrictamente místicas. Estas almas tienen, de una manera habitual, un conocimiento experimental de la acción de Dios en ellas y, a veces, también en otras almas, acompañado de un amor encendido, completamente nuevo.

En la mayor parte, el Espíritu Santo se contenta —después de haberles descubierto por primera vez el verdadero camino del amor—, con renovar, de cuando en cuando, sus toques pasajeros, con el fin de sostener e intensificar su generosidad. Pero también se dan casos en que el Espíritu Santo obra de una manera mucho más «misteriosa», que no por eso es menos intensa. Parece abandonar el alma a sí misma, hasta tal punto que ésta se cree abandonada de Dios. Éste —dice—, no me ha dado a gustar ninguno de los consuelos sensibles o espirituales de que hablamos al principio de esta obra. No ha experimentado más que «sequedades», arideces y tentaciones e impotencia para todo, y tiene que vivir de la pura fe. El peligro, entonces, está en perder la confianza, en sustraerse a la acción del Espíritu

Santo, y en la falta de perseverancia. Si se mantiene fiel y generosa, el Paráclito continuará su obra y hará que experimente también el amor de Dios. Sin duda que es muy difícil darse cuenta de ello, y por lo mismo es muy conveniente la ayuda y sostén de un director; pero la realidad no es por eso menos bella: ¿De dónde proviene, en efecto, que permanezcáis fieles y generosos en buscar a Dios verdaderamente, cumpliendo todas las obligaciones y deberes de vuestro estado, o los diferentes puntos de vuestra Regla, sin aflojar lo más mínimo en la mortificación ni en la oración? ¿Podríais sosteneros por vuestras propias fuerzas si no hubiéseis encontrado Aquél a quien buscáis, y si Él mismo no os mantuviera en secreto? Sin Él ya hace tiempo que hubiérais caído en el desaliento, y lo hubiérais abandonado todo.

¿Qué pasa, por otra parte, los días en que aflojáis un poco en la búsqueda de Dios? ¿No sentís que os falta algo? ¿De dónde viene esa turbación e inquietud que entonces experimentáis? Cuando os apartáis de Él, Dios, que está allí sin que os deis cuenta de ello, os abandona. Pedidle perdón desde el fondo de vuestro corazón, volved a la oración con nuevo brío, siempre que lo permita vuestro estado físico, y experimentaréis, si no una alegría alborozada, sí cierto sosiego en lo más íntimo del alma. Me objetareis que no podéis hacer oración, que no hacéis más que matar el tiempo, luchando, reloj en mano, hasta el momento en que suena la hora de terminar. Mas ¿por qué sentís al mismo tiempo esa necesidad de orar? ¿Cómo podéis suspirar por Aquél que parece que se esconde más y más? ¿Cómo es que vuestra delicadeza de conciencia es cada vez mayor, y cumplís con tanto cuidado hasta los menores detalles de vuestros deberes, teniendo miedo de ofender a Dios, cualesquiera que sean las privaciones y fatigas que esto supone para vosotros? «¡Alguien está aquí!» Os parece que escucháis solo la voz de vuestra conciencia. Ésta es realmente la intermediaria de que se sirve el Espíritu Santo para que percibáis los llamamientos de que hablamos arriba. Sí, el Espíritu de Amor está allí, y es el que devuelve la calma a vuestra alma, haciendo que de vez en cuando paséis por períodos más tranquilos. Pueden venir nuevas pruebas, nuevas tentaciones; pero podréis comprobar que ahora os sentís con más energías para resistirlas. Otro os sostiene sin que os percatéis de ello. Dios obra con energía, sin que lo sintáis, despegándoos progresivamente de las criaturas y de vosotros mismos. Solo Dios os atrae. Él es el objeto de vuestros más ardientes deseos, y redobláis la generosidad y la mortificación a pesar de la sequedad que persiste, pero ya con cierta

nota de calma y tranquilidad. Vuestra fe y vuestra confianza en el amor de Dios aumentan, y el Señor, en correspondencia, fija en vosotros cierta paz interior que permanece aun en medio de las mayores pruebas.

Dad pues, un vistazo sobre el camino que habéis recorrido casi sin daros cuenta. Un hecho se impone con evidencia: en medio de la humildad y del sufrimiento, «Dios se ocupa de vosotros constantemente», sosteniéndoo en todo momento. Estad con seguridad en el camino que su amor os ha trazado...

Sí ¡Dios mío! todo está bien así. Yo creo —pues tal es vuestra voluntad—, que no puede haber cosa mejor para mí. Estoy seguro de vuestro amor y me abandono completamente a Vos, aceptando de antemano todo lo que Vos queráis; me entrego a Vos sin reservas. Poco importa que no reciba la luz más que día por día y hora por hora; mi misma impotencia hará que confíe con más firmeza en vuestra misericordia.

Cualquiera que sea, pues, la forma en que el Espíritu Santo se revele o se dé a gustar, queda más y más libre para obrar en nuestras almas. Encuentra en ellas cada vez menos obstáculos; todo vuelve al orden, y nos comunica, de una manera habitual, una paz profunda, lo cual no impedirá que sigan menudeando las pruebas, porque Él sabe que las abrazaremos, como en otras tantas ocasiones, para adelantar en el amor.

Tales son algunas de las maravillas que el Espíritu de Amor desea ardientemente obrar en nosotros. Quiere que lleguemos a ser hijos de Dios en toda su realidad, conformándonos al ideal que hemos vislumbrado al tratar del Amor del Padre por cada uno de nosotros. ¡Ojalá pudiese obrar en nosotros con la misma libertad que lo hizo en otro tiempo en la santa Humanidad de Jesús! En la misma medida que seamos dóciles, hará de nosotros «otras tantas humanidades» a las que comunicará los sentimientos que animaban a nuestro Señor durante su vida terrenal: «Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu» ¹⁵¹.

Por nosotros mismos no somos capaces de descubrir, y menos de reproducir, las disposiciones íntimas de Cristo. El Espíritu Santo es el que nos las sugiere y hace que broten en nosotros a medida que se va posesionando de nuestra alma. Él nos despoja también de muchas imperfecciones. Gracias a Él caminamos con más ardor hacia el amor perfecto, donde ya, como Jesús, nos olvidamos de nosotros no teniendo a la vista más que un solo y mismo ideal: la gloria de Dios y la salvación de las almas.



CAPÍTULO V

CELO DE LA GLORIA DE DIOS Y DE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS



DESPUÉS de haber considerado algunas de las características del amor que nos profesan las Personas divinas, resta señalar la maravillosa unidad de la obra que Ellas quieren realizar en nuestra alma con la ayuda de la santísima Virgen María. No existe entre Ellas oposición alguna, y no se molestan porque nos dirijamos más a una que a otra, porque no pretenden más que un solo objeto: hacer de nosotros verdaderos hijos del Padre, otros Cristos, en los que el Verbo se reproduzca y prosiga, hasta terminarla, su obra redentora.

Hasta aquí hemos acentuado la intimidad que las Tres Personas de la santísima Trinidad quieren tener con nosotros; pero esto no debe hacernos perder de vista la transcendencia de Aquel que nos ama y lo gratuito de la vida sobrenatural para la cual nos ha creado. Esto nos lleva como por la mano a contemplar de nuevo el objeto que Dios ha fijado, desde toda la eternidad, a la vida de amor que quiere para nosotros, y la forma supereminente en que Jesús la

vivió durante su vida terrena. Desde el pesebre al Calvario, no vivió más que para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Veremos entonces con facilidad cómo resaltan más claramente las diferentes etapas que nuestro amor ha de recorrer hasta desligarse completamente de ciertas miras demasiado interesadas que todavía conserva: desear ser santo, tal es la base indispensable sobre la cual se ha de injertar el deseo ardoroso de salvar las almas con Cristo y glorificar a Dios lo más posible, entregándonos a Él sin reserva.

I. Hacia un amor desinteresado

Para entender mejor cómo nace psicológicamente en nosotros el celo de la gloria de Dios, fijémonos primero en lo que pasa en «el orden puramente humano».

El día en que nos damos cuenta que amamos alguno y que somos correspondidos por él, el primer movimiento es de complacencia en este amor recíproco, gozándonos en él, a veces hasta con pasión, porque sentimos confusamente que esta felicidad es efímera y queremos aprovecharnos de ella mientras la poseemos. Pero cuando la intimidad crece, al amor de complacencia —por el cual nos gozamos de las perfecciones del ser amado—, se añade un amor de benevolencia que bien pronto es el que domina. Lo primero que hacemos es procurar todo el bien posible a nuestro amigo. Nos complacemos en particular en decirle todo lo que pensamos de él, todo lo que él es para nosotros, todas las cualidades que descubrimos en él.

A medida que nuestro amor se hace más y más fuerte, ya no nos basta esto; queremos que los demás compartan con nosotros la estima que tenemos de nuestro amigo, y no perdemos ocasión de ensalzar sus talentos; en cambio, cuando se trata de personas por las que no sentimos ningún amor, si no ponemos mucho cuidado en nuestras palabras y en nuestros ademanes, nos expresamos con frialdad, poniendo de relieve y aun abultando a placer sus defectos.

Mientras más se ama a uno, más se le conoce y se le estima, y más se siente la necesidad de darle a entender nuestro afecto y de rodearle de estimación y aprecio; en una palabra, se le glorifica, conforme a la definición que de la gloria dió Cicerón y han hecho suya San Agustín y Santo Tomás: «clara cum laude notitia»¹². Glorificamos espontáneamente a los que ama-

mos porque les conocemos muy bien, y así hablamos de ellos con honor y alabanza ¹⁵³.

En el orden sobrenatural, nuestro amor calcula y evalúa las cosas de una manera análoga. Comenzamos por buscar a Dios a tientas, a la luz de la fe, apoyándonos en las enseñanzas de la Iglesia y poniendo nuestra confianza en los maestros colocados en nuestro camino con la misión de guiarnos hacia Él. Estos nos repiten, por ejemplo, que Jesús está realmente en la Hostia con las mismas disposiciones que tenía durante su vida mortal, que quiere dárseos en alimento en la Comunión, que nos espera en el Tabernáculo para trasformarnos con su virtud omnipotente por poca que sea la confianza con que nos acerquemos a Él. Fieles en responder a esta invitación —cuya importancia nos hace comprender la santísima Virgen—, vamos con frecuencia a verle, primero por deber, hasta el día —maravilloso entre todos— en que Él se nos revele a nosotros, en que nosotros descubramos, siempre en las penumbras de la fe, pero de una manera viviente y personal, que está allí y que nos ama.

Desde aquel momento, estamos conquistados, y nos pasaremos las horas muertas junto a Él, en el gozo de sentirnos amados y poderle cantar a nuestra manera nuestros amores. Bien pronto nos sentiremos como empujados a cantar las alabanzas de Jesús repitiéndole todo lo que descubrimos en Él, ensalzando sus perfecciones, y luego dando a conocer nuestros sentimientos a aquellos que nos pueden comprender, para hacer que participen también de los mismos. Sentimos por Jesús un amor de complacencia al que se sobreañade, poco a poco, un amor de benevolencia que es cada vez más fuerte y dominante, y nos arrastra a tributar todo el honor que le es debido a tal Amigo, a proclamar sus alabanzas, en una palabra, a glorificarle.

Esta analogía nos puede ayudar a comprender cómo nace en nuestras almas el celo por la gloria de Dios, al mismo tiempo que nos explica el por qué del poco cuidado en que los cristianos la tienen, siendo así que es el primero de sus deberes. Es necesario tener ya un gran amor de Dios, estar verdaderamente enamorados de Él, para soñar en glorificarle. A medida que crezca el amor, en la misma proporción llegarán a ser los intereses del Padre el único objeto de la vida.

Así se explica que todos los santos, abrasados en la caridad, repitieran la misma contraseña, siguiendo a San Pablo cuando escribía a los fieles de Corinto: «Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite». «Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis otra cualquiera cosa, ha-

cedlo todo por la gloria de Dios» ¹⁵⁴. Hasta San Ignacio, cuyos hijos han adoptado la divisa: «Ad maiorem Dei gloriam», «A mayor gloria de Dios», pasando por San Benito que quiere que en todas las cosas sea Dios glorificado, «Ut in omnibus glorificetur Deus» ¹⁵⁵

Pero estos grandes deseos ¿no son acaso una quimera? ¿Podemos nosotros, pobres y pecadoras criaturas, soñar con glorificar al Todopoderoso? ¿Será posible precisar un poco este ideal hacia el que nos arrastra nuestro amor?

II. La gloria de Dios y la felicidad del hombre en el plan divino

Se habla con frecuencia de la gloria de Dios y, sin embargo, no es fácil definirla. Se halla uno sumergido inmediatamente en un misterio cuya inmensidad se dilata a medida que uno se esfuerza en querer profundizarlo.

Si es verdad que no podemos soñar con esclarecerlo plenamente, se puede, por lo menos, aspirar a darnos más cuenta de la absoluta trascendencia de Dios, que prácticamente disminuimos con tanta facilidad. Intentemos, pues, ver las cosas bajo el punto de vista en que Dios las ve, y para ello trasladémonos de nuevo a su vida eterna, silenciosa y solitaria, anterior a toda creación.

En el seno de la Trinidad, el Padre, inteligencia infinita, conoce perfectamente sus perfecciones y expresa este conocimiento en una Palabra única: El Verbo, Palabra viviente y substancial, expresión adecuada de lo que es el Padre. Pronunciando esta Palabra, el Padre engendra a su Hijo, al cual comunica toda su esencia, su naturaleza, sus perfecciones y pone en Él su amor infinito.

El Hijo está igualmente todo entero en su Padre, por amor, todo entero entregado a Él por una donación total, y de esta donación mutua, de este amor recíproco, procede, como de principio único, el Espíritu Santo, Amor substancial y viviente, lazo y beso del Padre y del Hijo.

Por esta doble *procesión* que acabamos de recordar, Dios encuentra en Sí mismo su gloria esencial. Penetremos cuanto nos sea posible en las intimidades del misterio, limitándonos a escudriñar «cómo el Hijo glorifica al Padre». El Verbo procediendo del Padre por vía de entendimiento, es esencialmente, substancialmente, su conocimiento perfecto (*clara notitia*). Por Sí

mismo Él es para el Padre una imagen adecuada ¹⁵⁶, la figura de su substancia ¹⁵⁷: Además, habiéndolo recibido todo del Padre, en retorno se entrega al Padre, en la exultación de gratitud que se exhala en el Espíritu Santo. El Padre no puede recibir alabanza más perfecta (*cum laude*). Así es como volvemos a encontrar los dos elementos de la definición que citamos más arriba, la cual nos permite decir que el Verbo da por Sí mismo plenitud de gloria al Padre en el Espíritu Santo (*clara notitia-cum laude*), y es, conforme se expresa la liturgia, el Esplendor de su gloria, «Splendor Paternæ gloriæ» ¹⁵⁸.

Así podemos también vislumbrar cómo en esta vida, de una fecundidad y unidad inexplicables, Dios encuentra su beatitud esencial y toda su felicidad. Por la inefable sociedad de la Trinidad de sus Personas, se repliega sobre Sí mismo, en su Unidad, en medio de los transportes de alegría, de amor y de gloria que saltan de la contemplación de sus infinitas perfecciones. Dios, pues, se basta plenamente a Sí mismo.

Dios no tiene necesidad de ninguna criatura. Sin embargo —como ya lo recordamos al hablar del amor del Padre—, ha querido sacar los seres de la nada para hacerles participantes de su felicidad. Y, así como no sería Dios si se pudiese proponer un fin distinto de Sí mismo, de la misma manera ha dispuesto que las cosas todas coincidan en un mismo punto: su propia gloria y la felicidad de sus criaturas, lo cual nos evidencia una vez más su amor.

Dios lo ha creado todo para su gloria, como nos lo dice formalmente en la Sagrada Escritura: «Universa propter semetipsum operatus est Dominus» ¹⁵⁹. Y esto, aunque se trate de una gloria completamente accidental, de la que el Todopoderoso no tiene necesidad ninguna; pero que, no por eso, deja de ser menos real.

Para que esta «gloria extrínseca» —así llamada para distinguirla de la gloria intrínseca que Dios encuentra en Sí mismo— sea completa, debe estar constituida, como la última, por un doble elemento ¹⁶⁰.

El primero lo constituyen todos los seres creados por el solo hecho de su existencia. Todos, en efecto, participan, más o menos, ya de una ya de otra de las perfecciones divinas, viniendo a ser la manifestación exterior de las mismas. Dios encuentra su gloria precisamente en derramar sus dones sobre sus criaturas: esto le permite contemplarse en ellas, como en una imagen, un reflejo o una huella más o menos perfecta. Todo ser, toda vida, toda belleza creada, natural o sobrenatural, da gloria a Dios procurándole una especie de nuevo conocimiento de Sí mismo (*clara notitia*). En este sentido,

los cielos cantan la gloria de Dios, «Cœli enarrant gloriam Dei» ¹⁶¹. De esta gloria están llenos el cielo y la tierra, «Pleni sunt cœli et terra gloria tua» ¹⁶².

Para que la creación pudiese tributar a Dios una gloria más completa (*clara notitia cum laude*), era preciso, además, que entre las criaturas hubiese algunas capaces de reconocer los dones del Criador y devolvérselos con todo el amor y la alabanza que conviene. Este es precisamente el cometido de los seres dotados de inteligencia y de voluntad y, por consiguiente, la obligación funcional específica del hombre sobre la tierra. El cual está destinado a ser «el rey y el pontífice del universo». Y puede, efectivamente, rastrear algo de las perfecciones divinas por las huellas plasmadas en el mundo creado. Luego, lleno de admiración por todos estos dones que en él descubre, se los refiere a Dios, su autor, con reconocimiento, alegría y amor, glorificándole no solamente por los bienes que personalmente ha recibido, sino también por todos los que ve en el universo: «Benedicite omnia opera Domini Domino» ¹⁶³. Desde la humilde violeta hasta la inmensidad de las noches estrelladas, todo canta la belleza, el poder, la sabiduría y el amor de Dios.

En la medida en que el hombre se hace intérprete de las criaturas para con el Criador, en la medida en que se olvida de sí mismo para no pensar más que en la gloria del Altísimo, en esa misma medida encontrará la felicidad. Tal es el orden establecido por el Amor infinito.

Pero por el pecado se introdujo el desorden en el mundo. Desde que el hombre, instigado por el demonio, ha querido buscar su felicidad en la loca pretensión de prescindir de Dios, priva al Señor de la gloria a que tiene derecho, y en justo castigo jamás encontrará por sí mismo otra cosa que la desdicha. Las criaturas nada son en sí, y nada valen delante del Criador si no buscan su gloria.

Hemos visto, sin embargo, que Dios, todo misericordia, ha querido restablecer —de una manera aún más admirable— el plan por Él tan maravillosamente establecido desde el principio. El Verbo se hizo carne para salvar a los hombres de la desdicha eterna, los vuelve a poner en estado de amistad con Dios, participantes de su propia vida, devolviéndoles la felicidad al enseñarles a glorificar a su Padre.

No solamente, pues, podemos glorificar a Dios, sino que debemos hacerlo. En esto consiste nuestra misión esencial; no hemos sido criados para otra cosa. Y en la medida en que podamos ayudar a nuestros hermanos a cumplir esta misión, contribuiremos a «asegurarles la verdadera felicidad».

Para comprender mejor lo que en esto prácticamente nos incumbe, miremos a Jesús. Él es el que nos da ejemplo de todo, y nuestro amor a Él no tiene otra finalidad que hacernos cada vez más semejantes a Él.

III. Cómo realizó Jesús el plan divino

«Gloria in altissimis Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis». Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad ¹⁶⁴.

Estas palabras, que los ángeles cantaron a los pastores al anunciarles el nacimiento del Salvador, resumen a la perfección la obra de Cristo en la tierra. Él vino con la misión especial de restablecer el orden y, así, devolvernos la felicidad y la paz, pero al mismo tiempo realiza plenamente el fin general que a todos se impone: la glorificación de Dios.

El Verbo encarnado continúa sobre la tierra su vida en el seno de la santísima Trinidad. Como Verbo da a su Padre una gloria esencial infinita; como Hombre, le procura una gloria extrínseca que sobrepasa todo lo que nos podemos imaginar.

«Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam» ¹⁶⁵. Nosotros, ¡Dios mío!, jamás os podremos dar gracias suficientemente por vuestra gran gloria, pero la que os da Jesús es suficiente, hasta tal punto que, si por un imposible, todos los hombres se olvidasen de Vos y cometiesen los más horrendos pecados, ella sola os compensaría de todo el amor que habéis desplegado en la creación del universo. Verdaderamente que viendo el exiguo número de hombres que os conocen y os aman de verdad, nos puede asaltar la tentación de pensar que el Todopoderoso no ha alcanzado su objeto, le ha fallado el fin para que creó al hombre. Pero es que nos olvidamos de vuestra obra maestra. Sí, ¡oh Padre! Contemplando a Jesús, encontráis la imagen más perfecta de Vos mismo, resplandeciendo en ella vuestros dones en toda su plenitud. «Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui» ¹⁶⁶. «He aquí mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias» más que en el resto de todas mis obras.

Esta gloria, ya en sí tan bella, que Vos recibís también de Jesús, quedaría, sin embargo, incompleta si vuestro Divino Hijo no tomara en ella una parte activa. Él no cesa un momento de contemplaros, de amaros y de entregarse a Vos. Os rinde el homenaje de todas Vuestras inefables perfeccio-

nes y de todos los dones que ha recibido de Vos, y que os devuelve en un ininterrumpido impulso de amor. Tal es en su sencillez «la vida íntima de Cristo». Pero esta vida, ¿no se nos pasa con frecuencia desapercibida, cuando ella sola es la única que nos hace vislumbrar lo esencial de la actitud del Salvador?

El Verbo constituído solidario, por su Encarnación, de todos los hombres, quiere arrastrarlos en pos de Sí, a su vida de amor infinitamente gloriosa para su Padre. Su amor a nosotros, tan tierno, tan misericordioso, no tiene otro objeto. Pero aquí está precisamente la fuente de los sufrimientos que atraviesan hasta lo más íntimo el Corazón de Jesús: sufrimientos al ver hasta qué punto nos negamos a responder con amor al amor de nuestro Padre del Cielo; sufrimientos, también, viendo que, al obrar así, nos hacemos desgraciados. Y Jesús sabe que todos los sufrimientos que Él pueda soportar serán inútiles para el bien de los hombres, mientras que, cargado con los pecados del mundo, se siente rechazado de su Padre. ¡Misterio de los sufrimientos del Hombre-Dios!

Y, sin embargo, estos sufrimientos, lejos de detenerle en el cumplimiento de su obra, aumentarían más y más, si ello fuese posible, su celo hasta llegar a ser el instrumento de nuestra Redención. Si, como San Juan, pudiéramos reposar unos momentos sobre el pecho del Maestro y percibir los latidos de su Corazón, o si Él nos diera una partecita de la sed ardiente que le devora comprenderíamos hasta qué punto no vive más que para la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Este doble celo resume toda su vida interior, al mismo tiempo que se manifiesta en toda su vida exterior.

¿Qué hacíais, ¡oh Jesús mío!, durante vuestra «vida escondida» a la que consagrasteis treinta de los treinta y tres años que debíais pasar entre nosotros?

Ahora lo entiendo; glorificábais a vuestro Padre; en primer lugar, por vuestra oración, aprovechando vuestra vida de soledad y silencio, para demostrarnos cuáles son las condiciones más favorables en que hemos de cumplir este precepto que nos legasteis: «conviene orar siempre sin desfallecer jamás»¹⁶⁷.

Pero vuestra oración se eleva al mismo tiempo por todos nosotros. ¿No os bastaba presentar al Padre el sufrimiento profundo que atenaceaba vuestro divino Corazón para alcanzar, por este mismo hecho, todas las gracias que pudiéramos necesitar durante todo el curso de nuestra vida? Yo os veo cumplir constantemente y con toda fidelidad, generosidad y alegría, la vo-

luntad y el beneplácito de vuestro Padre, y al cumplirla en el marco de una vida oscura, pobre, obediente y de duro trabajo, con perfecta sumisión a vuestra Madre y a San José, manifestáis el amor y la alabanza que se eleva sin cesar de vuestro Corazón, mientras que merecéis las gracias que nos permitirán ser vuestros fieles imitadores.

Llega la hora de vuestros cortos años de ministerio público, en el que os debéis ocupar, en mil formas variadas, de vuestros discípulos, Apóstoles y contemporáneos. Esto no entorpece para nada vuestra vida interior. Ininterrumpidamente —la fe me lo dice— permanecéis unido a vuestro Padre por una oración silenciosa en la parte superior de vuestra alma; y, sin embargo, para dar ejemplo a los que se han de ocupar directamente de las criaturas, dedicábais frecuentes y largos ratos a la oración, lejos del bullicio de las turbas y aun del reducido grupo de vuestros Apóstoles. Lo hicisteis especialmente antes de tomar alguna decisión de importancia. Al comenzar vuestro apostolado directo, cuando apenas habíais salido de Nazareth, os retirásteis durante cuarenta días al desierto ¹⁶⁸; pasásteis una noche entera en oración antes de elegir definitivamente a vuestros Apóstoles ¹⁶⁹ y os pusisteis en oración en un lugar solitario antes de provocar la confesión de San Pedro en Cesarea ¹⁷⁰. ¿Todo esto no tiene por objeto recordarnos que por medio de vuestra vida ininterrumpida de intimidad con vuestro Padre y de amorosa contemplación, es como le glorificásteis y como habéis atraído sobre los Vuestros las gracias divinas? Nada habéis omitido para ganar los corazones de los que se os acercan y enseñarlos a glorificar a Dios. Sin volver a insistir sobre las manifestaciones de vuestro amor, tan tierno y delicado como fuerte y generoso, recordemos solamente la forma en que habláis de Él, y sentiremos cómo vuestro Corazón se desborda, dichoso de poder lanzar en alta voz vuestra alabanza íntima. ¡Qué emocionante y arrebatador es oírlos proclamar la Bondad de vuestro Padre, su amor, sus beneficios, las delicadezas de su Providencia! Ahora, lo mismo que en los días de vuestra vida, las almas sencillas que os escuchan quedan prendadas, y, poco a poco, Vos las enseñáis a orar al Padre, prometiéndolas la verdadera felicidad: Mi Padre os amará... ¡Supremo beneficio! No perdéis ocasión de glorificar a Dios y de instruir a vuestros discípulos cada vez que obráis un prodigio, como en la resurrección de Lázaro: «¡Oh Padre! gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que yo ya sabía que siempre me oyes» ¹⁷¹. En una palabra, Vos manifestáis, en cualquiera ocasión que se presenta, el doble tormento que abrasa vuestro Divino Corazón sin que nada os haga retroceder

con tal de anunciar la buena nueva que estáis encargado de esparcir por todas partes: ni las fatigas, ni la malicia de los hombres, ni la astucia y los ataques de vuestros enemigos y del infierno desencadenado.

Pero vuestra misión no ha terminado. No os basta pasar haciendo el bien, curando los cuerpos y reanimando las almas. Para restablecer el orden destruído por el pecado, es preciso que os entreguéis, que os anonadéis hasta la muerte. Tal es la voluntad de vuestro Padre, el precio de su gloria y de nuestra salvación: «Es necesario que el mundo se entere de que obro conforme a las órdenes que Él me ha dado»: *quia diligo... sic facio* ¹⁷².

A veces nos sublevamos al ver los males que amenazan al mundo y que presentimos que van a caer sobre la humanidad. Cuando no veamos claro, echemos una mirada sobre el Calvario. De hinojos al pie de la Cruz, consideremos a qué extremos ha reducido a su propio Hijo, a su único Hijo, el Dios tres veces santo, que es todo amor. ¡He aquí lo que exige la trascendencia infinita del Altísimo! Tal es la reparación que el Señor juzga necesaria para lavar el ultraje cometido por los hombres, para compensar la disminución de gloria divina que el pecado pretendió, bien en vano, realizar.

Antes de abandonarse completamente en manos de sus verdugos, Jesús, una vez más, se retira a la soledad, y allí, a solas con su Padre, ve en su horrendo conjunto las circunstancias espantosas de la muerte que se aproxima. El sufrimiento íntimo que no le había abandonado desde el primer instante de su vida, estalla en esta hora sin que nada la pueda aliviar. Todos los detalles de su Pasión se presentan con claridad meridiana a su espíritu, en el momento en que, abandonado de sus más caros confidentes, siente sobre Sí todo el peso de la justicia de su Padre. Entonces sobreviene la agónía, el sudor de sangre que le inunda, mientras que el temor y el tedio invaden su alma. Pero el amor triunfa una vez más, y Jesús pronuncia su «Fiat» «¡Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya!» ¹⁷³. Durante las dolorosas horas que siguen, cuando, una después de otra, sufre las torturas de su Pasión, Jesús calla. Guarda el silencio exteriormente, porque en medio de todos sus sufrimientos sigue contemplando a su Padre y amándole. Se entrega a Él sin reservas, cumpliendo hasta el fin todo lo que el Padre le ha mandado: «Todo está consumado» ¹⁷⁴. «Padre, Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste». *Pater Ego Te glorificavi super terram, opus consumavi quod dediste Mihi ut faciam* ¹⁷⁵.

Su obra, sin embargo, no está terminada; debe seguir oficialmente sobre la tierra, hasta el fin de los tiempos. Cristo ha legado su misión a la Iglesia

y ésta la cumple en su nombre por medio de la plegaria pública del Oficio divino, cuya continuidad deben asegurar las almas consagradas. Por medio de ellas, Jesús no cesa de alabar a su Padre en todo el mundo, intercediendo en favor del mismo. En el centro de esta plegaria se halla el Santo Sacrificio de la Misa. Al ofrecerle, los sacerdotes prolongan y renuevan en nombre de los fieles el sacrificio de la Cruz. Por medio de ellos continúa dando todo honor y toda gloria a su Padre, *omnis honor et gloria*, mientras que Él, en retorno, derrama sobre la humanidad entera un torrente de gracias y de bendiciones, *omni benedictione caelesti et gratia repleamur* ¹⁷⁶.

No podemos hacer sino mención de pasada sobre esta misión oficial que se sale del marco de este estudio, haciendo notar, con todo, que para asegurar su perfecta realización, Jesús pide a cada uno de los cristianos en particular que continúen su obra y envía el Espíritu Santo para reproducir en nosotros los sentimientos que animaron su divino Corazón. Así es como quiere rematar su obra de amor y arrastrarnos efectivamente con Él hacia el Padre. Generalmente no atropella las cosas, por eso nos comunica su ardiente celo en forma progresiva.

IV. Santificarme para gloria suya

De ordinario, el Espíritu Santo se complace en hacernos comprender ante todo —y en la medida en que nos entreguemos a su acción— hasta qué punto nos es necesario llegar a ser santos. Esta es la primera lección que quiere que aprendamos del ejemplo de Jesús. No podemos glorificar a Dios sino en la medida en que el Padre pueda contemplar en nosotros una imagen, lo más perfecta posible, de su Hijo; y no podemos alabarle y darle gracias por todos sus dones sino en la medida en que la caridad viva en nosotros. Esto supone que somos verdaderos hijos de Dios y reproducimos en nosotros prácticamente la vida de Jesús. ¿Podemos, no obstante, decir como Él: Yo no vivo para mí, sino únicamente para mi Padre, haciendo por amor todo lo que a Él le agrada? Lejos estamos aún de esto, sin duda; pero el Espíritu Santo nos incita a redoblar el celo para tender hacia este ideal.

Hasta aquí hemos vivido replegándonos con muchísima frecuencia sobre nosotros mismos. En el momento en que comencemos a vislumbrar con más claridad la trascendencia de ese Dios que nos da su amistad y reclama la nuestra, y a comprender que la única cosa importante debe ser el cuidado

de glorificarle en todo, experimentaremos la necesidad de hacer, con más ardor que nunca, todo lo que está en nuestra mano para llegar a ser santos.

Aprovechando las facilidades que nos brinda nuestro género de vida, seremos más y más fieles a la práctica de la humildad, de la oración, de la mortificación y de la plegaria, lo cual será una garantía de la realidad de nuestros progresos en la persecución de nuestro ideal. Nos complaceremos, sobre todo, en multiplicar las muestras de nuestro amor a Dios, no precisamente en la práctica de cosas extraordinarias, sino en el camino sencillo que nuestro Señor nos enseñó en el Evangelio, enseñanza que San Benito ha resumido en su Regla, para sus monjes y para todos los verdaderos cristianos.

Recordemos lo esencial de ella sintetizado en tres expresiones de nuestro bienaventurado Padre: «Universa custodire... amore Christi..., ut in omnibus glorificetur Deus». «Guardarlo todo por amor de Cristo, para que en todo sea Dios glorificado».

Guardemos con extrema fidelidad los diferentes puntos de la observancia exterior determinados por la Santa Regla o en nuestro reglamento particular y abracemos con amor todo lo que nos impone nuestro deber de estado. Sería una ilusión pretender amar a Dios al margen de la voluntad y del beneplácito de aquellos que hacen sus veces con relación a nosotros. No permitamos que sea una rémora en nuestro progreso ascensional la diversidad de intermediarios humanos de que se sirve el Señor para transmitirnos su mensaje.

Habituémonos en cualquier circunstancia a ver en seguida cómo se posa sobre nosotros, *pletórica* de amor, la mirada del Padre tierno que espera impaciente nuestra respuesta y nos atrae misteriosamente hacia Él. Esto supone que nos mantenemos en un estado habitual de oración, gracias al cual, orientados continuamente hacia Dios, podemos reconocer, a la luz de su presencia, sus intervenciones más imperceptibles. Por otra parte, este divino contacto intensifica nuestro amor y nos vuelve más y más delicados y generosos, haciendo que influya hasta el máximo en toda nuestra vida.

El mismo Dios nos invita a esto multiplicando nuestras pruebas y dificultades, que constituyen otras tantas ocasiones de renunciar a nuestra propia voluntad y permitir al Señor se comuniquen con nosotros. Son una prueba de su amor infinitamente misericordioso, porque le brindan la posibilidad de derramar sus dones conforme a las exigencias de su gloria, aunque respetando siempre nuestra libertad.

Dios está, por decirlo así, continuamente al acecho para ver cómo nos aprovechamos de todo esto. No dejemos pasar ninguna de estas mil circunstancias favorables que nos ayudan a vencernos y a crecer en su amor. ¿Qué importa lo que esto nos pueda costar? ¿Qué importa lo que por este motivo tengamos que sufrir con tal que Dios sea glorificado?

El empeño de poner el máximum de amor en cada uno de nuestros actos, viene a ser como el alma de nuestra vida interior y uno de los medios más seguros para evitar la rutina y hacer que nuestras ocupaciones, aun las menos importantes, tengan eco en la eternidad.

Por otra parte, desde el día en que resueltamente pongamos manos a la obra, experimentaremos que nada hay que procure con tanta seguridad la verdadera felicidad, una felicidad estable que penetra hasta lo más íntimo de nuestra alma y nos mantiene en la paz aun en medio de las pruebas más duras, pudiendo de esta manera afirmar que el ciento por uno prometido por Jesús a los que lo abandonan todo —al menos en espíritu— por seguirle, no es una palabra sin sentido... y, como dice San Benito, caminaremos con paso ligero y franco optimismo por el camino de los mandamientos de Dios, en que gustaremos las inefables dulzuras del amor.

Nos daremos cuenta, al mismo tiempo, de que todo esto, lejos de ser el resultado de nuestros propios esfuerzos, es obra exclusiva de Dios. De cuando en cuando —especialmente en algunos estados de oración—, nos convenceremos de ello; mejor dicho, lo sentiremos y lo experimentaremos en forma tal, que no podremos menos de saltar de alegría y de reconocimiento a Dios que cosas tan grandes obra en nosotros. Lo reconoceremos con toda verdad, sencillez y humildad, considerando lo que éramos y a donde hemos llegado, no por nuestros propios méritos, sino gracias a los dones que Dios ha puesto en nosotros.

Pequeños detalles, insignificantes en sí mismos, serán a veces una prueba tangible de los progresos realizados, de los desapegos que se han obrado en nosotros sin darnos cuenta: nos daremos cuenta, por ejemplo, de que tal o cual acto ya no nos cuesta, que tal otro ha perdido el atractivo que tenía para nosotros. Entonces, confundidos por la bondad y la grandeza de Dios, participando en algo de los sentimientos de la santísima Virgen, con ella cantaremos nuestro «Magnificat» en medio de transportes de alegría y de amor, glorificando de esta manera a Dios con alabanza producida por la vista clara de sus beneficios (clara cum laude notitia):

«Glorifica, alma mía, al Señor, y que mi espíritu salte de alegría en Dios

mi Salvador, porque ha obrado en mí grandes cosas». «Magnificat anima mea Dominum et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo... quia fecit mihi magna qui potens est»...

V. Salvar las almas con Él

«Gloria a Dios en lo más alto de los cielos», tal es el grito que brota de lo más profundo de nuestros corazones en el estado de alma que acabamos de describir. Y si se nos acusara de un entusiasmo pasajero, añadiríamos en seguida: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Porque esta paz la conocemos ahora por propia experiencia. Estamos, desde este momento, profundamente convencidos —mejor que con todos los razonamientos— de que esta paz está íntimamente ligada a la gloria de Dios. En la medida en que busquemos la gloria de Dios, y sólo en esa medida, podremos encontrar ya en esta vida la verdadera felicidad. El doble objeto de la Creación llega a ser para nosotros de una evidencia radiante.

Pero, al mismo tiempo, se apodera de nosotros un profundo sufrimiento al pensar lo que pasa en el mundo. ¡Cuán grande es el número de los que ignoran o se olvidan del verdadero objeto de la vida, y se lanzan a la búsqueda de falsos bienes sin pasarles siquiera por las mentes que con ello ofenden a su Criador! No aman a ese Dios tan bueno y tan paternal que tiene un deseo tan vehemente de entregárseles, de testimoniarles a todos su amor y que, a causa de su olvido, de su ingratitud y, a veces, hasta de su desprecio, no puede infundirles sus dones.

Los que se obstinan en buscar la felicidad fuera de Dios, se extrañan de no encontrarla, y de hallar en su lugar el vacío, el hastío, la decepción y los remordimientos, lo que, con todo, no deja de ser una gracia misericordiosa y un esfuerzo del Señor para arrancarles, a pesar de todo, del espejismo engañoso de los placeres que les arrastran.

A nosotros —que, prevenidos gratuitamente por Dios, hemos descubierto la perla preciosa—, este espectáculo hace que vislumbremos algo de los terribles sufrimientos de Cristo, al ver que Dios no es comprendido, que no es amado, y que, por ello, los hombres son la causa de su propia desdicha. Todos los santos han probado algo de este sufrimiento que en toda alma amante engendra el deseo de reparación, procurando más gloria a Dios y revelando a los hombres la verdad y el camino de la felicidad.

Este dolor es el único verdadero, el único que tiene un valor positivo, y nos hace salir de nosotros, en tanto que los que tienen su origen en nuestras miserias nos repliegan sobre nosotros mismos. El sufrimiento que proviene del mal de Dios —que es el pecado— y de la compasión por las almas, engendra también, de una forma profundamente verdadera y puramente sobrenatural, el deseo, más aún, la necesidad imperiosa del apostolado. Por su medio se deja sentir en nuestros corazones el eco del angustioso llamamiento de las almas cuya salvación está en nuestras manos.

NUESTRA MISIÓN CORREDENTORA

Los que han descubierto a Dios, los que han experimentado su amor y la felicidad que se encuentra en darle gloria, sienten un deseo ardiente de confiar a todos este secreto. Intimamente convencidos de que esto sería suficiente para convertir al mundo entero, quisieran predicarlo a aquellos que viven en el olvido de Dios y desconocen las bellezas de la vida cristiana. Ilusión un poco cándida, ciertamente, ya que la conversión de las almas es tarea muy compleja; y en todo caso, una verdadera tentación para los religiosos de vida contemplativa, pues no es esa su misión.

Dios se ha elegido en el mundo apóstoles que llevan sobre sus hombros la carga difícil y pesada, pero nobilísima e importante, de hacer que Dios sea conocido y amado por medio de la acción directa que se desborda con sencilla naturalidad de la plenitud de su vida interior, de su intimidad con Dios. Los que en las Órdenes contemplativas están llamados, por razón de su cargo, a ejercer este género de apostolado —a lo menos en el interior de las comunidades—, no deben relegar al olvido los sabios consejos que les da San Bernardo:

«Si queréis proceder como verdaderamente sabios y prudentes, procurad haceros semejantes al recipiente o concha de las fuentes, no al canal o tubo por donde pasa el agua. *Si sapis, concham te exhibebis et non canalem...* El canal echa el agua fuera casi al mismo tiempo que la recibe; mas la concha no la derrama, sino cuando está ya llena: entonces comunica la que la sobra sin perjudicarse a sí misma».¹⁷⁷

Supuesto que para los contemplativos el apostolado de la palabra es una excepción, ¿cuál es la tarea que les incumbe de una manera general? Dios nos pide, y el mundo —especialmente los sacerdotes, tan sobrecargados de ministerios— tiene derecho a esperar de nosotros un apostolado

mucho más misterioso, con frecuencia oculto, pero que aparece revestido de una grandeza particular y hasta sublime considerándole bajo el punto de vista sobrenatural. Hemos sido especialmente escogidos para tomar parte en la gran obra de la Redención emprendida por Jesús hace ya veinte siglos, para ser corredentores con Cristo y salvar las almas con Él.

Claro está que nada podremos añadir al sacrificio de nuestro Señor, el único que ha merecido a los hombres la superabundancia de gracias que necesitan. Mas Jesús no ha querido, normalmente, hacer nada sin nosotros. ¡Misterio de amor que nos demuestra, una vez más, hasta qué grado llega su deseo de unirnos a su vida! Él ha querido que sola nuestra intervención pueda asegurar la eficacia cotidiana de la Sangre Preciosa que por nosotros ha derramado hasta la última gota.

¿Comprendemos ahora la sed ardiente que le devora? ¿Entendemos los llamamientos que sin cesar nos dirige para que no hagamos inútil su sacrificio por más tiempo?

Todos tenemos una tendencia más o menos pronunciada a hacernos el sordo. Ante la indiferencia y la frialdad de los cristianos, y especialmente de las almas consagradas a Él, Jesús ha renovado los llamamientos por medio de este o de aquel santo, la autenticidad de cuyo testimonio ha garantizado la Iglesia. Así lo hizo en el siglo xvii por Santa Margarita-María; y más recientemente, por medio de Santa Teresa del Niño Jesús.

También nuestro Señor se dirige a cada uno de nosotros de una manera callada, pero no por eso menos apremiante. Pide a todos los cristianos que se asocien a su obra redentora, y redobra sus apremios con los que le están consagrados, sobre todo con los contemplativos que viven en el claustro o en el mundo. Cuenta con nosotros para vivificar a las almas, para derramar sobre nosotros y sobre el mundo entero los tesoros de ternura que le abrasan. Por eso quiere que estemos completamente a su disposición, en una entrega total, no ocupándonos de otra cosa que de corresponder a su amor.

En una palabra, Jesús reclama *víctimas de amor*.

«Si tu supieras la sed que tengo del amor de los hombres, nada perdonarías para hacer que me amasen» ¹⁷⁸.

Algunos, a consecuencia de una vocación especial, son llamados a serlo en sentido estricto, participando íntimamente, y de una manera misteriosa de los sufrimientos de Cristo. Todos, sin embargo, debemos ser víctimas corredentoras por el mero hecho de las promesas de nuestro bautismo y

con mucha más razón si hemos abrazado la vida religiosa, en virtud a nuestra consagración a Dios.

¿Cómo llegará esto a ser realidad en nuestro vivir diario? Esta palabra víctima corre el riesgo de hacernos soñar en cosas extraordinarias. No es de eso de lo que se trata aquí. Para responder por amor al llamamiento de Jesús en favor de las almas, exteriormente no tenemos que hacer más que lo que nos ideamos cuando pensamos seriamente en nuestra santificación; pero tenemos que procurar poner cada vez más amor en cada una de nuestras acciones. Nada más, pero siempre mejor.

TORMENTO DE AMOR

Por otra parte, el Espíritu Santo se encarga de enseñarnos a ir adelante, por poco fieles que seamos, a sus menores indicaciones. Poco a poco y a su hora, hace que brote en nuestros corazones un tormento de amor que transforma completamente la manera de obrar de nuestra vida interior, y le da un valor muy diferente. Entonces ya no estamos expuestos a pegarnos a las consolaciones que el Señor se digne concedernos, o a soñar en nuestra propia santificación más que en la gloria de Dios. Todo nuestro ser está animado de un secreto ardor, de un celo apasionado por la salvación de las almas.

En el silencio de la vida de oración, es donde generalmente nuestro tormento de amor comienza, muy sosegada y apaciblemente al principio, luego se va intensificando sin cesar, cada vez más. Entonces comprendemos, por ejemplo, hasta qué punto pueden ser comprometidos los efectos de la Pasión si nosotros no intervenimos. Participaremos de una manera muy especial de los sufrimientos de Jesús.

Pero, al mismo tiempo, comprenderemos que no basta compadecerse. El amor nos impulsa a reproducir algo de los sufrimientos del Maestro, del don que Él hace de sí mismo a los hombres, entregándonos nosotros también, no sólo en alguna que otra ocasión brillante, sino también en todos y cada uno de los mil detalles del vivir cotidiano. Le ofrendaremos también todas las delicadezas de nuestro amor afectivo, que son nuestras más encantadoras riquezas, añadiendo a esto el complemento normal e indispensable de un amor efectivo de cada momento.

No es cuestión de discutir el medio que Dios emplea para expresarnos su voluntad o su beneplácito. Todas las pruebas que se presentan, los sufrimientos, ya físicos, ya morales, se nos presentarán como una ocasión provi-

dencial de probar a Dios nuestro amor, no olvidándonos nunca que nuestra única ilusión ha de ser obrar cada vez con más amor, amar hasta el máximo con una delicadeza siempre en vela.

Tendremos un verdadero deseo de evitar con cuidado las pequeñas omisiones, que son en realidad resistencias a la gracia. Por medio de quedos llamamientos y de ráfagas de luz interior es como frecuentemente solicita el amor. Hacerse el sordo es una cosa muy peligrosa para un alma amante. Si voluntariamente rehusamos reprimir una mirada, una palabra, una seña, entonces nos damos cuenta claramente que se nos pide un sacrificio en esto; y si no lo hacemos es tanto como renunciar a salvar un alma. Jesús espera la ofrenda de este sacrificio para otorgarle una gracia quizás decisiva para su salvación.

Pero el amor nos persigue sin darnos un punto de reposo y nos apremia para que multipliquemos las señales positivas de nuestra delicadeza. Cada vez que nos damos cuenta de que se nos ha escapado una infidelidad, en seguida queremos repararla con creces. No dejaremos pasar ningún punto recomendado por nuestra Regla o que caiga dentro de los límites de nuestro deber de estado.

El mismo Espíritu Santo nos proporciona ocasiones para probar nuestra generosidad, y hace que presintamos las exigencias, cada vez más profundas, de su amor. El alma amante está siempre atenta y reconoce inmediatamente la voz que la solicita. «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha».

Estamos también siempre dispuestos a responder en el momento en que Jesús nos da a entender que algún alma tiene necesidad de nuestra ayuda. Estamos al acecho, con santa emulación por rivalizar en amor y procurar adivinar los menores deseos de Aquel que quiere asociarnos tan íntimamente a su obra redentora.

DELICADEZAS EN LA PRÁCTICA DE LA CARIDAD FRATERNA

No es necesario detallar los actos exteriores que este tormento de amor incita a realizar a medida que se va desenvolviendo. Pueden ser muy variados según las circunstancias. Hay, sin embargo, una manifestación esencial del mismo sobre la cual queremos insistir, a saber, una gran delicadeza en la práctica de la caridad fraterna.

Nadie pondrá en tela de juicio que el tormento de amor por la salvación de las almas no sea en sí mismo un acto eminente de caridad fraterna. Pero

si es verdadero, tiene necesariamente que salir al exterior. Nada hay que nos pueda dar ocasión más propicia para probar que amamos a nuestros hermanos como nuestro Señor les amó y que estamos dispuestos a todo por ayudarles a santificarse y, por consiguiente, a encontrar la verdadera felicidad.

Nada, por otra parte, puede ser más eficaz para preparar las almas a abrirse a la acción de la gracia como la caridad fraterna. Ella constituirá en realidad un apostolado directo que tendremos ocasión de ejercitar a cada instante, sin que nos aparte de nuestro deber de estado, aun en la vida contemplativa.

No se trata, en efecto, de hacer grandes discursos, si bien cuando se presente la ocasión de hablar del amor de Dios, debemos tener el valor suficiente para dar testimonio de él. El reconocimiento hace que sea un deber el revelar a los que se nos acercan la dicha que se experimenta esforzándose en amar a Dios, y cómo nosotros hemos encontrado el ciento por uno entregándonos a Él sin reserva.

Pero es en el vivir cotidiano donde queremos probar la realidad de nuestro amor a Dios —nuestro Padre—, amando por Él a todos nuestros hermanos.

En este asunto, el Espíritu Santo hace que adoptemos espontáneamente una actitud muy sencilla, en la que, sin embargo, se pueden distinguir tres elementos dominantes. Queremos, en primer lugar, *evitar todo lo que pueda hacer sufrir a nuestro prójimo.*

Así experimentaremos la necesidad que tenemos de vigilar sobre nuestras palabras, aun en el caso en que sean raras las ocasiones que se nos presentan de romper el silencio, pues ya sabemos que las faltas en este punto desagradan *soberanamente* al Señor. Aprovecharemos, al mismo tiempo, las diferentes ocasiones que se presenten de molestarnos un poco con el fin de eliminar todo lo que pudiera causar pena a los que nos rodean. El demonio es tan hábil para aprovechar el menor fallo para sembrar la cizaña en los grupos más compactos, que debemos dar gran importancia a todo aquello que contribuya a reforzar la unidad de tendencia hacia un mismo ideal. Combatiremos con la máxima resolución en nosotros los defectos que se nos señalen, con el fin de no hacer odiosa la piedad.

No nos extrañemos, por otra parte, de los pequeños choques que tenemos que sufrir a pesar de la buena voluntad de todos. Cuanto con más intensidad abrase nuestro corazón el celo de las almas, con tanta mayor facilidad las *soportaremos* guardándonos cuidadosamente de enjuiciar precipita-

damente las intenciones. Aprendamos a no fiarnos de nuestra primera impresión: ésta será buena si la persona nos es simpática...; pero mala, por poca que sea la antipatía que sentimos hacia ella... No hagamos caso ninguno de esos pequeños rencores secretos, de esos malsanos brotes de envidia, por mucha que sea la frecuencia con que vuelven a la carga, porque, voluntariamente acariciados, hacen imposible todo impulso hacia Dios, y nos impedirían entregarnos todo a todos. El amor hace que veamos a Cristo en todos los que nos rodean. Y en lugar de pararnos a juzgar humanamente e impacientarnos por tal o cual defecto, nos elevaremos sobre las apariencias y reconoceremos a Dios que se nos acerca por medio de nuestros hermanos. Quizás juzguemos que en su lugar nuestra elección hubiera sido diferente; pero no nos metamos a discutir lo que Él hace y aprovechemos con alegría la ocasión que, de esta manera, nos brinda de probarle nuestro amor.

Bien pronto querremos *entregarnos* a nuestros hermanos aprovechándonos de todo lo que nos permiten las circunstancias y el deber de estado. Esta entrega, en el campo de la acción, es variada en extremo y procura, al principio, desenvolverse en el plan material; pero cuando se ama, se olvida uno de sí mismo con facilidad, y de ese modo está siempre dispuesto a prestar cualquier servicio. Evitemos el ser indiscretos e importunos en esto, ofreciéndonos a tiempo y a destiempo, pero respondamos siempre con buena cara: «Sí, en seguida», con franca sonrisa en el momento en que se nos pide un servicio, dando a entender con esto que estamos siempre disponibles cuando se trata de hacer un favor.

El amor solícito en aliviar penas y miserias se manifiesta igualmente en el plano espiritual. Animados del deseo de hacer amar a Dios, cada vez más queremos ser el sostén especialmente de los que luchan en la prueba. La acción directa, aunque nos está permitida, a las veces corre el riesgo de avivar el dolor que sólo la gracia puede mitigar. Hagamos por lo menos pasar a través de una sonrisa todo nuestro afecto sobrenatural, pues la experiencia enseña que, en las grandes pruebas impuestas por Dios, este es uno de los pocos consuelos eficaces que Él permite.

En torno a los que buscan de veras a Dios y en los que crepita el tormento de amor por las almas, se forma también una atmósfera radiante de caridad fraterna, saturada de paz y alegría que esponja los corazones y favorece poderosamente su vuelo hacia Dios. Esta atmósfera la volveremos a encontrar en torno de aquellos que se han entregado al Señor totalmente. De momento, notemos sencillamente que esta caridad *verdaderamente* sobrenatu-

ral, además de su valor de apostolado, da *realmente* gloria a Dios. De la misma manera que en ciertas familias numerosas la perfecta armonía entre hermanos y hermanas constituye la alegría y la gloria de los padres, así también la unión intensa de los miembros de una comunidad glorifica al Padre que está en los cielos, de un modo especial. Y al decir esto, no nos referimos solamente a las comunidades religiosas, sino también a las diversas agrupaciones que se hallan en el mundo: círculos parroquiales, gremios de trabajadores, etc., etc.

El amor sobrenatural, del cual brota la comunión de los espíritus y de los corazones, al mismo tiempo que ayuda a cada uno de ellos a responder mejor al amor de Dios, se lanza como un homenaje y un canto de alabanza al Padre de todos estos hermanos de Cristo que se sienten felices de habitar juntos, así como a la santísima Virgen, la Madre siempre solícita que sostiene sus esfuerzos y aminora las dificultades.

Este es el ideal hacia el que debemos tender desde el comienzo de nuestra vida cristiana, y que, en ciertos momentos de la vida espiritual, halla eco en nuestras aspiraciones más íntimas. Un tormento sosegado y fuerte al mismo tiempo, nos impele a olvidarnos más y más de nosotros para ayudar a nuestros hermanos a encontrar la perla preciosa. Con frecuencia, el Espíritu Santo pide un nuevo progreso. Nos hace comprender que debemos poner nuestras miradas más arriba, y que, sin descuidar nada de lo que acabamos de decir, la perfección del amor exige que nos entreguemos aún más a su acción.

VI. Dios sólo

Fáltanos, pues, subir un grado más para otear nuestro ideal en toda su amplitud. Sabemos que toda la vida de Cristo estuvo orientada hacia la Cruz, pues en ella, según la voluntad de su Padre, nos debía salvar. El Calvario nos dice la última palabra de las exigencias de la gloria de Dios y de la intensidad del amor de Jesús a su Padre y a las almas. La máxima prueba del amor es *dar la vida* por aquellos a quienes se ama.

Este es también el término hacia el que nos encamina progresivamente el Espíritu Santo: nosotros debemos también «dar nuestra vida», no de una manera sangrienta, ordinariamente, sino gota a gota, día por día, sin pretender recobrar el don de nosotros mismos, que, por el contrario, es preciso que sea a cada instante más total.

Dios nos llama, en efecto, a una muerte completa. Hasta aquí, en nuestros deseos de santificación para darle gloria, estábamos, sin saberlo todavía, muy preocupados de nosotros. Aun en el mismo celo apostólico que nos animaba, podíase deslizar muy sutilmente cierto egoísmo que, por otra parte, quedará siempre latente en nosotros hasta tanto que Dios nos abra los ojos e intervenga Él mismo directamente. Conforme a la sugerencia de San Benito, a propósito del cuarto grado de la escala de la humildad, en ciertos períodos de la vida espiritual sentimos verdaderamente nuestra impotencia para des-
embarazarnos por nuestras propias fuerzas del bajo fondo de nuestras miserias, y, en particular, de cierto orgullo que se desliza en todo. No podremos infligirnos por nosotros esta muerte total que, sin embargo, se impone si es que queremos amar a Dios sin reservas y seguir a Cristo hasta el fin.

Si somos fieles, el Señor se encargará de enseñarnos a olvidarnos tanto cuanto sea posible aquí abajo. Él se compadece de nuestra miseria y nos atrae a Sí: «¡Attraxi te miserans!» Por eso intensifica aún más ese tormento de amor de que antes hablábamos y que ha llegado ya a una verdadera sed, una necesidad ansiosa de Él solo. Él nos despega de todo lo criado y sobre todo de nosotros mismos; Él rompe esas múltiples e insignificantes complacencias que todavía conservamos en nosotros. En una palabra, Él nos purifica y nos santifica realmente más y más sin que sea necesario que nos demos cuenta ni pensemos en ello.

Dios sólo nos interesa, sólo Dios nos atrae, y orientados totalmente hacia Él, le buscamos con toda la sencillez de nuestro corazón: «in simplicitate cordis quærite Illum»¹⁷⁹. A sólo Dios deseamos complacer: «soli Deo placere desiderans»¹⁸⁰. Nos encaminaremos hacia Dios con todo nuestro espíritu, con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad y con todas nuestras energías. En el momento en que el menor pensamiento pretenda apartarnos de este «sentido único», sentiremos un reproche que nos volverá hacia Él, manteniéndonos en un estado de virginidad de espíritu, de corazón y de voluntad.

Este estado de muerte en nosotros no es el resultado de nuestros esfuerzos. Cuando Dios quiere hacernos llegar a ese estado, la cooperación que nos pide consiste principalmente en aceptar la divina atracción del Espíritu Santo que nos mantendrá orientados hacia Él sólo. Esta cooperación debe ser, sin embargo, muy activa; a lo menos, para apartar a toda costa y en cualquier circunstancia hasta los menores pensamientos que pudieran desviarnos o distraernos algún tanto, por poco que sea.

No tenemos reparo en afirmar que no hay nada que tanto agrade a Dios. Lo que un místico inglés decía del humilde movimiento de amor, por el cual «se eleva el corazón hacia Dios no proponiéndose otro objeto que Él solo», lo podemos nosotros repetir con mucha más razón por cuanto se trata, no de un acto pasajero, sino de un estado que permanece. De todos los estados del alma, «este es el que *más agrada a Dios*. Los santos y los ángeles se regocijan de esto a porfía y se apresuran a ayudarnos en ello con todo su poder. Los demonios se ponen furiosos (mientras permanecemos en este estado) y procuran impedirlo con todas sus fuerzas. Los hombres que todavía viven en este mundo reciben de ello un gran socorro... Su virtud alivia a las almas del Purgatorio en sus sufrimientos» ¹⁸¹.

Dejaremos de extrañarnos de los maravillosos efectos de este estado de muerte cuando hayamos comprendido que ningún otro da tanta gloria a Dios. En él, el alma está totalmente abandonada, entregada a Dios. El Todopoderoso puede obrar en ella con toda la libertad que pretende. El Padre envía a su divino Espíritu para que termine de formar en ella a Cristo. De esta manera, cuando la mira, contempla en ella a su divino Hijo, la imagen viviente de Sí mismo en la cual se complace (clara notitia).

Pero, al mismo tiempo, he aquí la respuesta, la alabanza que da la gloria perfecta. Cristo, viviente en el alma, continúa entregándose por ella a su Padre en trasportes de gozo y amor. Ya no es el alma, es Jesús el que en ella repite sin cesar a su Padre: «*Quæ placita sunt ei facio semper*». Yo hago siempre lo que os agrada, porque os amo. A Vos sólo todo honor y toda alabanza por los siglos de los siglos. Y el alma, perdida en Dios, sólo saborea una felicidad del todo sobrenatural y divina al poder glorificarle de esta manera. Saborea esta felicidad en un profundo silencio, que es ya como una partecica del silencio de la eternidad, aquel en que el Padre dice a su Hijo: «*Hodie genui te*», hoy te he engendrado...

Felicidad egoísta, pensaréis quizás. Os engañáis. El alma así entregada a Dios, viviendo en Él, con Él y por Él, llega a ser *todo poderosa para sus hermanos*, a los que no ha dejado de amar y a los que vuelve a encontrar en Él. Al alma que se entrega enteramente a Él, Dios, en retorno, se entrega a ella plenamente, poniendo a su disposición todos sus tesoros. Ella puede, con todo derecho, exclamar con San Pablo: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*» ¹⁸². En ella se cumplen las palabras de nuestro Señor: «En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese hará también las obras que yo hago y las hará todavía mayores, porque... cuanto pidiéreis al Padre en mi

nombre, yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo» ¹⁸³.

El que se pierde en Dios, se encuentra de hecho en el centro de las almas, viéndolas todas en Él mucho más íntimamente que por cualquier otro contacto posible en la tierra. De esta manera, su influencia se extiende a todos los hombres y a todos hace participantes de la plenitud de gracias que recibe y que está muy lejos de guardar celosamente para él solo. De su pecho fluyen ríos de agua viva ¹⁸⁴ que se derrama sobre todos aquellos que ama; es decir, sobre el mundo entero, pues su caridad no conoce fronteras.

Al renunciar a todo para no buscar más que a Dios sólo, ejerce —sin tomarse el cuidado de pensar en ello— un apostolado cuya eficacia no podemos siquiera imaginar y cuyo campo no está delimitado por su actividad humana. ¡Cuántos miles y millones de almas puede salvar! ¡A cuántos otros ayuda a tender a una perfección más alta! Sólo en el cielo lo sabremos.

Podemos, por lo menos, darnos cuenta ya en este mundo de la considerable influencia que un alma, totalmente entregada a Dios, ejerce sobre los que más de cerca la rodean. Pensemos, por ejemplo, en la irradiación extraordinaria de un Cura de Ars.

Corremos el riesgo, sin embargo, de imaginarnos que el trato con aquellos que han muerto totalmente a sí mismos no tiene ningún atractivo, y estamos más inclinados a preferir la entrega activa de los que se aplican ante todo a todas las prácticas exteriores de la caridad fraterna.

Las verdaderas Martas tienen ciertamente un cometido muy útil que cumplir, aun en un monasterio contemplativo. Teniendo necesidad —al menos en algunas temporadas— de cierta actividad, ellas permiten a las Marías tener más tiempo y más facilidad para entregarse a la contemplación, y a medida que estén más perdidas en Dios, más poderosa y misteriosa influencia ejercerán, la cual, según enseña la experiencia, es mucho más profunda que la de las Martas.

Sus cualidades aparecen menos cautivadoras, bajo el punto de vista humano, cuando todavía no han salido del período de formación. En el momento en que Dios las hace pasar por el crisol de la prueba, las tiene amarradas interiormente como por una fuerte ligadura, que las da momentáneamente una actitud demasiado concentrada. Pero dejad a Dios proseguir su obra, y bien pronto veréis cómo su influencia sobrepaja con mucho a la de las Martas, que hasta entonces era la única que principalmente se notaba. Aquella es de un orden muy distinto.

Cuanto más se las conoce, más nos persuadimos de que estas verdaderas

Marías conquistan el mundo entero y realizan la unidad en torno suyo. Se comprende el apoyo que representan, especialmente en una comunidad contemplativa.

Por otra parte, Dios suele concederles con frecuencia gracias de intimidad, tanto más especiales, cuanto más importante es la misión a cuyo cumplimiento las destina. Reciben estos dones, no tanto para sí mismas cuanto para comunicarlos a la comunidad según la función que en ella desempeñan, especialmente para hablar de Dios, si tienen la obligación de instruir.

Su influencia será francamente sensible, aun en el caso de que desaparezcan en el anonimato de la vida común sin ningún otro cargo que las ponga de relieve. Simplemente, con su presencia, hacen a las almas mejores. Su irradiación no es de la tierra, es de un orden enteramente divino y se traduce en una sonrisa que les es peculiar y a la que nada se resiste. Arrastran a todo el mundo en pos de ellas en su búsqueda de Dios.

Las Martas tranquilas y fervorosas que cuentan de antemano con el sostén de una vida común bien regulada, son las primeras que se ven envueltas en esta corriente de oración; y si perseveran sin jamás desfallecer, poco a poco, con la ayuda de la gracia, descubren también de una manera muy personal, el amor en que Dios las envuelve. No tardarán en simplificarse y en llegar a su vez a ser verdaderas contemplativas.

¿Existe a los ojos de Dios un apostolado más importante que el de ayudar a un alma fervorosa a serlo más? ¿No le da ella más gloria que miles de cristianos vulgares? Tal es el *valor del apostolado de la sonrisa* de un alma entregada a Dios sin reserva, aun cuando la regla la imponga el silencio.

De estos grandes apóstoles habla San Bernardo cuando escribe: «Felix domus, beata semper congregatio est, ubi Maria Martha conquæritur»¹⁸⁵. «Dichosa la casa, bienaventurada para siempre la comunidad donde Marta se queja de María».

Sí, bienaventurada esa comunidad, porque los que se quejan serán conquistados sin tardanza. Ya no será algún que otro religioso solamente el que, sostenido por gracias particulares, se ocupe de Dios solo, sino que serán todos los hermanos los que, siguiendo las gracias recibidas, aspirarán al mismo ideal.

Esto, que parecería difícil realizar individualmente, se consigue más fácilmente con la ayuda de todos. Desde el momento en que uno está unido con el espíritu y con el corazón a la comunidad, se aprovecha de la corriente de gracias que la anima y que fluye de los más fervorosos. Cada uno trabaja en

particular con los que trabajan y ora con los que oran. Y como siempre o uno u otro tienden hacia Dios con todas sus fuerzas, por su intermediario, el conjunto de la comunidad hace subir al Señor un himno ininterrumpido de alabanza y de amor. El fervor de los unos compensa las flaquezas de los otros.

¡Qué gloria da, de esta manera, a Dios una comunidad verdaderamente contemplativa cuya única ambición es entregarse a Él solo sin reserva! ¡Qué fuente más abundosa de gracias para la Iglesia y para todo el mundo! Si Dios halla sus complacencias en un alma plenamente entregada, ¿cómo se complacerá en cuarenta, ochenta o cien religiosos que lo han abandonado todo para seguirle y que, cueste lo que costare, quieren realizar plenamente su ideal empujándose mutuamente hacia Él, con santo entusiasmo?

De estas comunidades verdaderamente contemplativas estaba llena la edad de oro de la Orden cisterciense. San Bernardo había formado buen número de ellas por sí mismo y por medio de sus discípulos. Por eso, para ayudarnos a comprender mejor el ideal a que hemos de aspirar, vamos, antes de terminar, a sentarnos en su escuela y escuchar cómo habla a sus monjes del amor de Dios que le consumía.





CAPÍTULO VI

EN LA ESCUELA DE SAN BERNARDO



CUANDO se estudia cualquier punto de espiritualidad, es altamente instructivo cotejar en forma y estilo moderno lo que del mismo han dicho los escritores medioevales. Estos dos estudios se esclarecen el uno al otro, y bien pronto se da uno cuenta de que, bajo aspectos exteriores un poco diferentes, en el fondo se confunden y compenetrán íntimamente.

A la cuestión que propusimos al comenzar: «¿Por qué no amamos a Dios... o le amamos tan poco?», San Bernardo no daría una respuesta diferente a la que acabamos de exponer en estas páginas. Subido sobre las más altas cimas de la unión mística, sabía muy bien

la incomparable aportación que representa en la vida cristiana la experiencia del amor de Dios. Esta es la razón de por qué quiere preparar a sus monjes a que gusten y vean —si tal es la voluntad de Dios— cuán bueno es el Señor.

Antes de seguirle paso a paso, es muy importante comprender bien la misión que le fué reservada en nuestra Orden. Con ello más fácilmente nos haremos cargo de la nota peculiarísima que el Santo introdujo en la espiritualidad cisterciense y aun en toda la espiritualidad cristiana. La Iglesia en-

tera, en efecto, se ha aprovechado de esta aportación confirmándola al decretar para nuestro Padre el título de Doctor.

I. La misión de San Bernardo

San Bernardo no es propiamente el fundador de la Orden cisterciense; es, sin embargo, una de sus más grandes glorias. Los fundadores del Cister abandonaron Molismo en 1098 para realizar este ideal: ser santos tomando como norma la Regla de San Benito observada al pie de la letra. Pero no se contentaban solamente con vivir conforme a la Regla, querían *vivir la Regla*. Realizarían, pues, la adecuación¹⁸⁶ entre ésta y la vida monástica.

Tal fué la misión de nuestros Padres San Roberto, San Alberico, San Esteban... Por eso fijaron la Regla hasta en sus menores detalles, creando de esta manera una forma de vida *exterior* que debía comunicar, a los que recibieran dócilmente su marchamo, un estado de sumisión *interior* correspondiente a la humildad benedictina. Espléndido programa, ciertamente; pero que no deja entrever más que el lado austero de su cuadro rugoso, y tan poco atrayente, que ahuyenta las vocaciones del nuevo monasterio haciendo pensar que la reforma morirá apenas nacida.

En estas circunstancias tan poco halagüeñas, llega el refuerzo de San Bernardo con sus treinta compañeros. Sin pararse a discutir ni razonar, y obedeciendo pura y llanamente al llamamiento de Dios, se entrega totalmente el Cister con las profundas riquezas de su naturaleza caballeresca, los inmensos recursos de su inteligencia y los ardores juveniles de su corazón. Este *joven señor* se da cuenta, desde el primer momento, de que, para comprender la necesidad de las observancias monásticas, es preciso vivirlas. Así que se identifica con la reforma y abraza todas sus reglas y costumbres con una fidelidad extraordinaria, a veces hasta excesiva. En suma, Bernardo se identifica con el Cister.

El Cister, a su vez, se identifica con Bernardo.

Llegado bien pronto a Abad —esta es la ley: al que se abaja, Dios le eleva— el Santo —quizás el que más se ha distinguido por su gran afectuosidad—, que posee el secreto de hacer vibrar los corazones, pone particularmente de relieve en sus sermones, en sus cartas y en sus tratados, todo lo que de más emotivo, tierno, patético y delicado tienen los misterios cristianos¹⁸⁷, especialmente los misterios de la Virgen Madre y el Niño Jesús y el drama de la

Pasión. Por eso nuestro glorioso Padre da a la piedad cisterciense y a toda la de la Edad Media esa nota de amor que tanto agrada, estimulante eficazísimo para hacer subir a las almas y elevarlas hasta la unión mística.

Pudiérase decir que, a semejanza de nuestro Señor que vino a traer fuego a la tierra, San Bernardo ha venido a «poner fuego» en las Observancias y las Constituciones, no para destruirlas, sino para abrasarlas. Presentadas por él, se trasforman completamente: lo que parecía duro y casi imposible, es ahora fácil: «*Amanti nihil difficile est*», «Nada hay difícil para el que ama»¹⁸⁸. San Bernardo no mitiga en nada las observancias, no las quita importancia, sino que enseña a guardarlas *por amor*. Nuestros primeros Padres habían insistido sobre el *Universa custodire* de San Benito; él insiste sobre el *Custodire amore*¹⁸⁹.

«Guardarlo todo por amor», tal es la nota de la espiritualidad cisterciense. De ella vivieron San Bernardo, sus hijos y sus imitadores durante la edad de oro de nuestra Orden. La misión del Abad de Claraval es, pues, bien clara: perfecciona la obra de nuestros fundadores, y da a nuestra espiritualidad su aspecto completo, creando una poderosa síntesis entre la muerte y la vida, entre la penitencia y el amor. Nada de amor sin ascesis, pero nada tampoco de ascesis sin amor; he aquí la fórmula a la cual el genio de San Bernardo ha sabido dar valor.

II. Para amar al Señor

¿Cuál es, pues, el pensamiento de San Bernardo sobre el amor de Dios? Lo encontraremos, sobre todo, en el pequeño tratado que escribió sobre este asunto y en su «Comentario al Cantar de los Cantares». Guardémonos, sin embargo, de ser exclusivistas: San Bernardo es el místico puro a quien todo brinda ocasión para desahogar su corazón y hablar de Aquel a quien ama, y así en todos sus escritos podemos espigar su doctrina.

Esta puede resumirse en un principio muy sencillo: El hombre ha sido criado a imagen y semejanza de Dios. Ahora bien, «Dios es amor» *Deus caritas est*¹⁹⁰. Por consiguiente, la vida del hombre, su ley, será también amar: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»¹⁹¹. Pero el pecado ha venido a turbar el orden establecido por el Criador, y «la naturaleza —harto frágil y harto enfermiza para cumplir tal precepto—, comienza por amarse a sí misma, constreñida por la

necesidad»¹⁹². Partiendo de este amor egoísta, de esta necesidad de amar que existe en nosotros y que en cada momento nos revela nuestra experiencia personal, San Bernardo nos muestra cómo podemos llegar gradualmente hasta el amor perfecto. Sigámosle en este camino.

AMOR CARNALIS

Antes del pecado, Adam amaba a Dios con toda su alma, con todas sus fuerzas; todo su ser estaba orientado hacia Él. Desgraciadamente, por el pecado se desvió de Dios para volverse voluntariamente y con propósito deliberado a las criaturas. Al separar así su voluntad de la de Dios, Adam «se desterró del país de la semejanza para entrar en la tierra de la desemejanza»¹⁹³.

Si es verdad que perdió la semejanza divina por la que amaba espontáneamente al Señor, guarda, sin embargo, en su alma la imagen de Dios. Queda, pues, en él —y en todos nosotros, sus hijos— una necesidad de amar que es el sello del Todopoderoso. Mas por razón de la pérdida de las virtudes que nos inclinaban hacia el Criador, *esta* necesidad, desde *este* momento, está mal dirigida y nos inclina hacia nosotros mismos, hacia la criatura a quien amamos con amor egoísta.

Tal es para San Bernardo el primer grado de amor de Dios, que —si no nos orienta aún hacia Él, como lo reclama el mandato divino— es, por lo menos, la consecuencia de la necesidad de amar que Dios ha puesto en nosotros y que es un sentimiento que llevamos impreso en nuestra naturaleza.

«Este es el amor que se dice carnal o sensible, con que se ama el hombre a sí por sí mismo»: Est amor carnalis quo ante omnia homo diligit seipsum propter seipsum¹⁹⁴.

Pero seguidamente San Bernardo nos recuerda un texto de San Pablo¹⁹⁵: «El cuerpo carnal ha sido formado el primero, y luego el espiritual»¹⁹⁶ indicándonos de esta manera que, partiendo de este amor carnal, capaz de los mayores excesos, se puede obrar una verdadera conversión con la ayuda de Jesu-Cristo. Porque no está todo perdido, el orden no ha sido destruido para siempre: si quedamos libres para seguir amando a la criatura, libres seremos para volver a poner todo nuestro amor en el Criador.

Prácticamente es el amor egoísta de nosotros mismos, el que hay que transformar para llegar al verdadero amor de Dios. ¿Cómo llegaremos a ésto?

AMOR DE DIOS POR SÍ MISMO

Dios —continúa San Bernardo—, ha establecido la economía de su Providencia de tal forma que el hombre esté obligado, por decirlo así, a recordarse de que «siente una gran necesidad de tener por protector al mismo que ha tenido como Criador»¹⁹⁷. Porque amarse a sí mismo y amar a los demás por amor de sí, proporciona muchas desilusiones y desencantos, muchas miserias y tribulaciones; y probando de esta manera su miseria, el hombre, —que conserva en sí una necesidad de lo infinito—, se lanza casi inconscientemente a un Ser superior. Entonces Dios, en su misericordia, se inclina hacia su criatura, —aunque todavía esté lejos de Él— la ayuda a triunfar de sus dificultades, y a medida que esta experiencia se va renovando, mejor nos damos cuenta de que Dios nos ama, y entonces comenzamos ya a amarle por razón de sus beneficios. Reconocemos la bondad del Señor en las pruebas que permite, con el fin de que nos hagamos violencia y no quedemos replegados sobre nosotros mismos, sino que levantemos los ojos al cielo.

«Por miedo a que el hombre —criatura suya— por su ignorancia se atreviese a alzarse con los beneficios que son del Criador ¿qué hace Dios? Ejercita al hombre en las tribulaciones, para que, cuando ya no pueda valerse a sí mismo, acuda a acogerse al poder y socorro del Señor, con lo cual salga librado por Dios, y Dios, como es justo, sea honrado y glorificado por el hombre. Oid si no lo que nos dice: “Llámame en el día de la tribulación, y te salvaré y me glorificarás”. Por aquí entenderéis cómo viene a suceder que el hombre carnal y animal que no sabía al principio amar a nadie más que a sí mismo, comience luego, aunque por propio interés, a amar a Dios, viendo por su propia experiencia —ut sæpe expertus est— que a todo su poder, al menos para el bien, lo tiene de Dios, y sin Él no puede absolutamente nada»¹⁹⁸.

HACIA EL AMOR PERFECTO

Así vemos cómo va tomando cuerpo el movimiento de conversión. Antes de examinar al detalle cómo se va a producir, dejemos a San Bernardo el cuidado de resumir el encadenamiento lógico de las diferentes etapas, a fin de no olvidar el punto de partida y el término en el cual debe concluir:

«Como somos carnales y de la concupiscencia de la carne nacemos, es

natural que la codicia o el amor nazcan y comiencen en nosotros por la carne; la cual, si va bien dirigida por el recto camino, puede avanzar y hacer progresos; y siguiendo la guía de la gracia, llegar a la perfección por el influjo del espíritu de Dios; porque no se da primero lo que es espiritual, sino lo que es animal; y luego viene lo espiritual. El hombre comienza, pues, por amarse a sí mismo, porque es carne y no comprende ni gusta nada que no se refiera a sí mismo. Cuando ve que no puede subsistir por sus propias fuerzas, sino que por ahí va a la perdición, entonces, sintiendo la necesidad de Dios, comienza a buscarle y amarle, iluminado por la fe. En el segundo grado ama ya a Dios, pero por sí mismo, no por Él.

«Sin embargo —y esto es lo que nos falta por ver— va adelante; y como con ocasión de sus flaquezas y necesidades le sirve y le trata con más frecuencia, valiéndose de la oración, de la lectura, de la meditación, y de la obediencia, con este modo de familiaridad, poquito a poco y casi insensiblemente, le va conociendo más y más y, consiguientemente, hallándole más dulce y amable; de suerte que en habiéndole gustado y sabiendo ya por propia experiencia lo suave y amoroso que es el Señor, pasa al tercer grado de amor, amándole, no ya por el propio bien y provecho propio, sino por lo amable que Él es en sí. En este tercer grado permanece largo tiempo; y no sé si en esta vida puede hombre alguno elevarse al cuarto grado de amor y conseguir abrazarlo en toda su perfección, de modo que no se ame ya a sí mismo más que en Dios y por Dios. Sostengan esto los que lo hayan experimentado, que yo lo tengo por imposible. Pero se dará este caso, sin duda alguna, cuando el siervo bueno y fiel sea introducido en el gozo de su Señor, y viva ya embriagado con la abundancia de la casa de Dios. Porque, olvidado de sí, por modo enteramente maravilloso y como perdido el sentimiento de sí mismo, se lanzará al Señor, y se unirá estrechamente a Él y formará un solo espíritu con su divina Majestad»¹⁹⁹.

Entonces la semejanza con Dios será plenamente recuperada. Este es el ideal. Y ¡qué bella y lógica se nos presenta esta progresión para alcanzarle, y qué bien adaptada a nuestra flaqueza! Veamos cómo se puede franquear la última etapa de la misma, la más importante, de hecho, aquí abajo.

LA ESCALA DEL PECADOR

Se trata, pues, de llegar a amar a Dios, no tanto por el propio interés, cuanto por Dios mismo²⁰⁰. San Bernardo afirma que el segundo grado de

amor nos es común con los paganos, «porque la justicia innata grabada por el Hacedor en lo profundo de su ser y que el hombre conoce con sola la luz de la razón, clama en el fondo del que debe amar con todo su ser, potencias y sentidos a Aquel de quien ha recibido todo lo que es... Pero, —añade San Bernardo—, es muy difícil, por no decir moralmente imposible, que el hombre, por sus propias fuerzas, o sea, por las solas de su libre albedrío, llegue a referir enteramente a Dios todos los bienes que de Él ha recibido, y no se los atribuya a sí mismo y se alce con ellos como si le pertenecieran» ²⁰¹.

Pero los cristianos sabemos que no estamos solos. En medio de nuestras dificultades y de nuestras faltas, podemos tener reparo en ir directamente a Dios, imitando la reacción de Adam, que después de su pecado se escondió huyendo de la faz de su Criador. Mas, ¿no se ha hecho Dios hombre, precisamente para vencer ese terror incrustado en muchos corazones, y reconquistar el amor de sus criaturas? Sí, ¡el Verbo se hizo carne! y como la santidad y la grandeza de Cristo podía aún aterrar a ciertos espíritus, el Señor se ha «maternizado» en el corazón de una Virgen. ¿Quién, por pecador que sea, tendrá miedo de una Madre, de su Madre?

Este pensamiento ha sido desarrollado por San Bernardo con motivo de la Natividad de la Santísima Virgen.

«Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con solo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas: Él te dió a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de tal Padre?... Más: ¡recelas acaso acercarte también a Él. Hermano tuyo es, tu carne es, tentado en todas las cosas, sin pecado para hacerse misericordioso. Este hermano te lo dió María. Pero por ventura en Él también miras con temblor su majestad divina, porque aunque se hizo hombre, con todo eso permaneció Dios. ¿Quiéres tener un abogado igualmente para con Él? Pues recurre a María. Porque se halla la humanidad pura en María, no solo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza. No me cabe la menor duda: será oída también por su respeto. Oírás sin duda el Hijo a la Madre, y oírás el Padre al Hijo.

Hijos amados, esta es la escala de los pecadores, esta es mi mayor confianza, esta es toda la razón de la esperanza mía» ²⁰².

La Madre se captará la voluntad del pecador amedrentado y le conducirá a Jesús. Y el Hijo, a su vez, lo conducirá al Padre.

He aquí la *escala del pecador* que nos brinda San Bernardo para ayudarnos a obrar nuestra conversión en medio de las pruebas, y a recobrar la semejanza divina que orientará de nuevo hacia Dios toda nuestra potencia de amar.

III. María mediadora

San Bernardo, —sin insistir sobre la maternidad divina, como lo hará el bienaventurado Guerrico—, nos presenta, ante todo, a la Santísima Virgen como Mediadora y distribuidora de todas las gracias. «La voluntad de Dios es que todo lo tengamos por María», «Sic est voluntas ejus qui totum nos habere voluit per Mariam» ²⁰³. Ella es la Corredentora del género humano; Dios ha puesto en sus manos todo el precio de nuestra redención que es Cristo-Jesús: «Redempturus humanum genus, pretium universum contulit in Mariam» ²⁰⁴.

La Santísima Virgen es el canal, el acueducto (Aquæductum) ²⁰⁵ por el cual llegan hasta nosotros las aguas divinas de la gracia. «Dios ha querido que nada tengamos que no nos venga por manos de María», «Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret» ²⁰⁶.

CONFIANZA EN MARÍA

Debemos ir, pues, a María con toda confianza.

«Con toda seguridad os digo que si piadosamente la llamamos, no nos faltará en nuestra necesidad; porque es misericordiosa y Madre de misericordia», «Quoniam misericors est et Mater misericordiæ» ²⁰⁷.

«¿Recela llegar a María la fragilidad humana?» ²⁰⁸. No la han dado el imperio de la justicia, sino solamente el de la bondad, el de la dulzura y el de la misericordia. «Nada hay en Ella austero, nada terrible: toda es suave, ofreciendo a todos leche y miel. Inquiérese con cuidado toda la serie de la evangélica historia: y si acaso algo de dureza o de reprehensión desabrida, si aun la señal de alguna indignación, aunque leve, se encontrare en María, téñala en adelante por sospechosa, y recela llegarte a Ella. Pero si, más bien —como así es en verdad— encontrases las cosas que a Ella pertenecen llenas de piedad y de misericordia, llenas de mansedumbre y de gracia, dásalas al Señor, que con benignísima misericordia proveyó para ti tal mediadora que nada puede tener que infunda temor» ²⁰⁹.

Y San Bernardo, impulsado por su confianza, se atreve a lanzar este reto a la Santísima Virgen: «Cese de ensalzar vuestra misericordia, oh bienaventurada Virgen, quien quiera que habiéndoos invocado en sus necesidades, se acordare que no le habéis socorrido», «Sileat misericordiam tuam, Virgo Beata, si quis est qui invocatam te in necessitatibus suis sibi meminerit de-

fuisse» ²¹⁰. Palabras bellamente audaces que el «Acordaos» ha inmortalizado para consuelo de los pueblos cristianos. «¿Quién podrá, pues —continúa nuestro santo Doctor—, quién podrá investigar, oh Virgen bendita, la longitud y latitud, la sublimidad y profundidad de vuestra misericordia?» ²¹¹.

Si el Abad de Claraval insiste tanto sobre la confianza en María, es porque sabía muy bien que, una vez asegurada en nosotros la confianza, iremos a Ella, desviándonos así del amor desordenado de las criaturas.

INVOQUEMOS A MARÍA

Cualesquiera que sean las dificultades por que hayamos de atravesar, llamemos a María en nuestro socorro. Así nos lo recomienda San Bernardo con una elocuencia que rezuma amor:

«¡Oh! cualquiera que seas, el que en la impetuosa corriente de este siglo te ves con más frecuencia fluctuando entre borrascas y tempestades, que andando por tierra firme, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si no quieres ser oprimido por las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropezares en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si fueres agitado de las ondas de la soberbia, de la detracción, de la ambición, de la emulación, mira a la estrella, llama a María. Si la ira o la avaricia, o el deleite carnal sacudiere violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado por la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin fondo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María, invoca a María. En los peligros, en las horas de angustia, en las perplejidades, piensa en María, invoca a María», *Mariam cogita, Mariam invoca* ²¹².

IMITEMOS A MARÍA

A fuerza de mirar a María, en lugar de replegarnos sobre nosotros mismos, comprenderemos que el mejor medio para asegurarnos su protección es imitarla. Esto es lo que nos enseña San Bernardo:

«Para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. Si la sigues, no te descaminarás... Si Ella te tiene de su mano, no caerás: si te protege, nada tendrás que temer: no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si Ella te ampara» ²¹³.

Insensiblemente iremos reproduciendo en nosotros la vida de nuestra Protectora. Pero tengamos muy presente que la Santísima Virgen no hizo nada extraordinario. Llevó una vida sencillísima ²¹⁴ en la soledad y el silencio, en la fe y la humildad; en una palabra, una vida completamente «cisterciense». No ignoraba, ciertamente, San Bernardo las prerrogativas de María; mas si es cierto que en el Corazón de Nuestra Señora hay joyas que solo Ella posee, no es menos cierto que existen otras que se proponen a nuestra imitación, *imitationem requirunt*.

«El que no podamos alcanzar esos dones tan singulares que le son exclusivos, no excusará nuestra negligencia en imitar su mansedumbre pudorosa y recatada, su humildad de corazón, su inquebrantable fidelidad y su ánimo compasivo» ²¹⁵. San Bernardo insiste particularmente sobre la humildad de María.

«Ruegoos, hijos amadísimos, que os prendéis de esta virtud, si amáis de veras a María: si anheláis agradarla, imitad su modestia y humildad. Nada hay que tan bien siente al hombre, nada tan necesario al cristiano, nada que tanto realce al monje como la verdadera humildad y mansedumbre» ²¹⁶.

Imitemos, pues, a María y sigamos sus ejemplos. Este será el mejor medio de asegurarnos su protección. Por Ella, con Ella y en Ella, todo resulta fácil, aun las virtudes que parecen más inasequibles a nuestra debilidad, porque es María la que nos las hace practicar.

MARÍA CONDUCE A JESÚS

Cuando se ha descubierto el papel que juega la Santísima Virgen en la vida interior, nada se desea tanto como avanzar siempre más en su intimidad.

«Que este dulce nombre no se caiga de tu boca, que no se aleje de tu corazón» ²¹⁷. «Da gusto contemplar dulcemente en silencio, lo que no basta a explicar un largo discurso» ²¹⁸.

Pero ¿qué hará la Santísima Virgen en las almas que le están unidas? Las habla de su Hijo, hace que le conozcan, las conduce a Él, y todo esto a su manera maternal y callada:

«Por medio de Vos podemos llegar a vuestro Hijo, oh bendita Virgen, que hallasteis la gracia, Madre de la vida, Madre de la salud, para que por Vos nos reciba el que por Vos se dió a nosotros. Excuse ante Él delante del mismo vuestra integridad las culpas de nuestra corrupción, y vuestra humildad tan grata a Dios alcance el perdón de nuestra vanidad.

«Vuestra abundante caridad cubra la muchedumbre de nuestros pecados y vuestra fecundidad gloriosa nos dé la fecundidad de las buenas obras. Señora nuestra, mediadora nuestra, abogada nuestra, reconciliadnos con vuestro Hijo, presentadnos a vuestro Hijo: haced, oh bendita, por la gracia que hallasteis, por el privilegio que merecisteis, por la misericordia que disteis a luz, que Aquel que por medio de Vos se dignó hacerse participante de nuestra enfermedad y miseria, por vuestra intercesión, también, nos haga participantes de su gloria y bienaventuranza eterna» ²¹⁹.

De esta manera María nos conduce a Jesús: *Ad Jesum per Mariam*.

IV. Con Jesús el Verbo encarnado

Reposando en los brazos de María es como encontraremos a Jesús. Allí es donde le gusta a San Bernardo contemplarle, y *de esto es de donde tomó* el santo esa devoción tiernísima a la humanidad de Cristo, capaz de enternecer los corazones aún carnales, y elevarlos progresivamente a un amor racional, y de éste, al amor perfecto o espiritual.

AMOR SENSIBLE

Todos los detalles de la santa historia del Verbo encarnado están llenos de profundos misterios, y cada uno rebosa en celestial dulzura para quien los considere con diligencia y sepa extraer miel de la piedra y aceite del peñasco durísimo. Verdaderamente en aquel día destilaron dulzura los montes, y manaron leche y miel de los collados, cuando, enviando su rocío desde lo alto de los cielos, y haciendo las nubes descender al Justo como una lluvia, se abrió la tierra alegre y brotó de ella el Salvador; cuando, derramando el Señor su bendición, y dando nuestra tierra su fruto, sobre aquel monte que se eleva sobre todos los montes —«monte fértil y pingüe—, salieron a encontrarse mutuamente la misericordia y la verdad, y se besaron la paz y la justicia» ²²⁰.

«Cristianos, aprended de Jesucristo cómo le debéis amar. Aprended a amarle tiernamente —*Disce amare dulciter*—, a amarle prudentemente, y a amarle briosamente. Tiernamente, para que no suceda que seáis atraídos por los encantos de los deleites carnales; prudentemente, para que no seáis engañados y seducidos; briosamente, para que no seáis vencidos y apartados

del amor que debéis a Jesucristo. A fin de que la gloria del mundo o los placeres de la carne no os arrastren, la Sabiduría, que es Jesucristo, tenga para vosotros atractivos y dulzuras infinitamente superiores a ellos... Que el Señor Jesús sea para vuestro corazón un objeto de infinita dulzura, a fin de destruir la dulzura criminal de los placeres de la vida de la carne: que una dulzura sobrepuje a la otra, —*vincat dulcedo dulcedinem*,— como con un clavo se saca otro clavo» ²²¹.

San Bernardo nos toma, pues, tal como somos, violentamente atraídos por las criaturas. Por eso se dirige, ante todo, a nuestro corazón.

«Amad, pues, al Señor vuestro Dios, con el afecto de un corazón lleno y entero» ²²². Para poder cautivar nuestro corazón es precisamente por lo que el Verbo de Dios se encarnó. ¿No es para embargarnos de estupefacción el pensar en los contrastes que existen entre el Verbo —Luz y Poder del Padre— y el Recién-Nacido del pesebre?

«Ninguna cosa hay más alta que Dios y ninguna más baja que el barro de que fué el hombre formado; y, sin embargo, Dios se dignó descender a este barro» ²²³.

«¡Qué! ¿Se ha de creer que sea Dios este parvulito que está reclinado en un pesebre, que llora en la cuna, que padece todas las infantiles necesidades; que después es azotado, que es escupido, que es crucificado, que es colocado en un sepulcro y cerrado entre dos piedras, siendo excelso e inmenso?» ²²⁴.

«Pero, ¿qué mediador es este —me dirás— que nace en un establo, que es puesto en un pesebre, que es envuelto en unos pañales, como los demás niños, que llora como los demás, que, en fin, está reclinado como un infante al modo que los demás? Aún en estas mismas cosas es un mediador grande, pues busca, no con poco esfuerzo, si no con mucha eficacia, los medios para la paz. Infante es, sin duda; pero Verbo infante —*Verbum infans*— cuyo silencio mismo no carece de elocuencia. *Consolaos, consolaos, dice el Señor, vuestro Dios*. Esto quiere Emmanuel, que significa Dios con nosotros... Recibámosle con devoción, hecho niño pequeñito por nosotros... Estrechemos con amor entre nuestros brazos al Salvador infante» ²²⁵.

¿No es capaz esto de ablandar los corazones, aun los más carnales? «Observad que el amor sensible inspira más afecto al corazón del hombre por la carne de Jesu-Cristo y por todas las cosas que Él ha hecho revestido de la misma... Para mí, pienso que la causa principal por la que Dios, que es invisible, se ha querido hacer visible en la carne que ha tomado, es ante todo

para atraer al amor salvador de su carne adorable, los afectos de los hombres carnales que no saben amar más que carnalmente, y conducirlos de este modo, gradualmente, al amor depurado y espiritual» ²²⁶.

¡Qué fuerza tiene, en efecto, este amor sensible para ayudar al hombre a elevar los ojos al cielo en lugar de volverlos siempre hacia la criatura!

«El que está lleno de este amor —del amor sensible a Jesu-Cristo,— se conmueve y enternese fácilmente con cualquiera consideración o lectura relativa a este piadoso asunto. Nada oye con más gusto, nada lee con más ansia, nada repasa en su memoria con más frecuencia, ni tiene meditación más dulce y agradable que la que versa sobre esta materia, *Nibil suavius meditatur*» ²²⁷.

Entonces es cuando el nombre de Jesús comienza a tener aquel atractivo que San Bernardo canta con acentos tan encendidos: «La lectura me produce fastidio si no leo allí el nombre de Jesús. Una conferencia o la conversación no me place, si no se habla allí de Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, canto de alegría en el corazón —*Jesus mel in ore, in aure melos, in corde jubilus*—. También es medicina. ¿Se halla triste alguno de vosotros? Que Jesús venga a su corazón, que de allí pase a la boca, y apenas es pronunciado este nombre adorable, produce una luz resplandeciente, que ahuyenta los disgustos y restablece la calma y la serenidad» ²²⁸.

Amemos, pues, a Jesús en su humanidad, que el amor que de aquí nazca llenará completamente nuestro corazón, apartándole del amor de las criaturas sensibles ²²⁹.

Pero aun le saldrán al paso otras dificultades: en estos momentos, el recuerdo de la Pasión de Jesús se presentará como una prueba de amor y un estimulante al amor. Desde los comienzos de su vida monástica, San Bernardo meditaba continuamente en los sufrimientos del Señor.

«Por lo que a mí toca, hermanos míos, desde el principio de mi conversión, para suplir en lo posible mi carencia absoluta de méritos, he tenido que formar ese manojito y colocarle sobre mi pecho, después de haber juntado en un haz todos los dolores y amarguras de mi Señor... ²³⁰. Después de haberlos enumerado, San Bernardo continúa: «Yo he creído que la verdadera sabiduría consistía en meditar estas cosas: he puesto en eso la perfección de la justicia, la plenitud de la ciencia, las riquezas de la salud y la abundancia de los méritos. Ellas me han servido algunas veces de bebida saludable, aunque amarga, y otras las he empleado como una unción de alegría

suave y agradable...» «Por eso, siempre lo tengo en la boca, como sabéis; lo tengo siempre en el corazón, como Dios lo sabe; nada hay más frecuente en mis escritos, como se ve manifiestamente en ellos; esta es para mí la más sublime filosofía: conocer a Jesús, y Jesús crucificado. *Scire Jesum et hunc crucifixum*» ²³¹.

AMOR RAZONABLE

Así es como Jesús nos va adiestrando; como la leche nutre y fomenta el desarrollo de los niños, así Jesús, aficionando a Él nuestro corazón, transforma nuestro amor; que *insensiblemente*, de *sensible* se convierte en razonable. Entonces comenzamos a amar con toda nuestra alma; y con un ardiente deseo de imitar al Señor, no podemos continuar viviendo sin preocuparnos de lo que Jesús ha hecho por nosotros. Escuchemos la alegoría que trae San Bernardo para darnos a entender cuán odiosa sería nuestra indiferencia:

«Mientras yo me divierto en la plaza pública, allá en lo más secreto de la cámara real se pronuncia sentencia de muerte contra mí. El hijo único del Rey se da cuenta. Al momento se quita la corona que ciñe su cabeza, sale vestido de saco, la cabeza cubierta de ceniza y los pies desnudos, llorando y lamentándose porque a su siervo le han condenado a muerte. Yo le veo, de repente, caminar de esa guisa, y emocionado ante un espectáculo tan inaudito, pregunto por qué obra de esa manera. Y comprendo que es por mí. ¿Qué haré yo? ¿Continuar jugando y burlarme de sus lágrimas?» ²³². ¿No ha hecho mucho más por cada uno de nosotros el Hijo Unigénito de Dios? Con mucha más razón, ninguna de las circunstancias de la vida del Salvador nos puede dejar insensibles; ya que, conforme a la doctrina de San Bernardo, cada una de ellas nos brinda una enseñanza y nos merece una gracia. Los misterios de Jesús son para nosotros, no solamente un ejemplo, sino también un sacramento, un signo sensible de la gracia, por el hecho mismo de su potencia activa propia. Cada uno de ellos nos ayuda a hacer nuestros los sentimientos de nuestro Señor. Por esta razón la Iglesia hace que recorramos cada año en su Liturgia, el ciclo completo de las diferentes etapas de la vida del Salvador. Jesús se presenta como el médico que cura, pero también como el Maestro que enseña y el modelo a *imitar*: «Yo os seguiré, Señor, con confianza y paso seguro; tomaré la senda de vuestros mandamientos, plenamente convencido de que en esto me habéis precedido» ²³³.

San Bernardo sobresale en el arte de condensar en algunas frases las lecciones más características. Así, a propósito del misterio de Navidad, dice:

«*Studeamus effici sicut parvulus iste*». Esforcémonos por llegar a ser como este niño; aprendamos de Él que es dulce y humilde de corazón, a fin de que nuestro gran Dios no se haya hecho niño inútilmente... «Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, apreciemos su amor» ²³⁴.

«¡Qué cosa más indigna, qué cosa más detestable y que merezca mayor castigo que, viendo a Dios hecho párvulo, proseguir todavía el hombre engrandeciéndose a sí mismo sobre la tierra! Intolerable insolencia es que se hinche y envanezca un gusanillo cuando se abate la Majestad de Dios. «*Intolerabilis est impudenciæ, ut ubi sese exinanivit Majestas, vermiculus infletur et intumescat*» ²³⁵.

Esta es la humildad que nos enseña la vida escondida de Jesús. La humildad de la obediencia: «Les estaba sujeto» —hace notar el evangelista—. ¿Quién? ¿A quiénes? Dios, a los hombres. Dios —repito—, a quien están sujetos los ángeles, a quien los Principados y Potestades obedecen, estaba obediente a María, y no sólo a María, sino a José por María. Que Dios obedezca a una mujer, es una humildad sin ejemplo. Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a sujetarte; aprende, polvo, a observar la voluntad del superior... Avergüénzate, soberbia ceniza: Dios se humilla, ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tú, anhelando dominar a los hombres, te prefieres a tu Autor?... Si te desdénas, hombre, de imitar los ejemplos de los hombres, a lo menos no puedes reputar por cosa indecorosa para ti el seguir a tu Criador» ²³⁶.

Veamos ahora la humildad del silencio: «Un poco sé —o más bien me parece a mí que lo sé—, y ya no puedo callar, entremetiéndome y ostentándome sin pudor ni prudencia, pronto a hablar, veloz a enseñar y tardo para oír. Y Cristo cuando callaba por tanto tiempo, cuando se ocultaba a sí mismo, ¿temía acaso a la vanagloria? ¿Podría temer a la vanagloria, Él que es la verdadera gloria del Padre? Ciertamente la temía, pero no por Él: por nosotros la temía, pues conocía que por nosotros se podía temer: por nosotros era tanta preocupación; a nosotros nos instruía con esto. Callaba su boca, pero instruían sus obras, y ya enseñaba con sus ejemplos lo que después enseñó con las palabras» ²³⁷.

¿Qué decir ahora de los sufrimientos de Jesús, especialmente de los de su Pasión? Estos deben lanzarnos definitivamente en seguimiento del Maestro.

«Me recordaré mientras viva, dice San Bernardo, de los trabajos que sufrió predicando, de su cansancio caminando, de sus tentaciones ayunando, de sus viglias orando, de sus lágrimas compadeciéndose. Me acordaré también de sus dolores, de sus afrentas, de las salivas, de las bofetadas, de las burlas, de las ignominias de los clavos y de otras cosas semejantes que por Él y sobre Él pasaron. Ahora ya tengo un modelo a quien imitar y un guía a quien seguir... Los hombres de buena voluntad, que con santa libertad cristiana trocaron las riquezas por la pobreza; o también, no teniéndolas, las despreciaron como si las tuviesen, dejándolo todo por el Señor, así como Él lo dejó todo por ellos; éstos son los que le siguen a cualquier parte que vaya. Esta imitación es para mí poderoso argumento de que la Pasión del Señor y la semejanza de su humildad, se convierten en utilidad mía» ²³⁸.

AMOR ESPIRITUAL

Pero Jesús, el Verbo de Dios que se ha hecho semejante a nosotros, ¿no transformará de nuevo nuestro amor? Éste se convierte en espiritual cuando amamos con toda la energía de nuestro espíritu, «no teniendo miedo ni a la muerte por amor suyo» ²³⁹.

Para llegar a esto, es necesario el sello del Espíritu Santo, el cual da «una fuerza tan grande y una ayuda tan poderosa, que ni las penas, ni los tormentos por violentos que sean, ni el temor mismo de la muerte, son capaces de apartarnos de la justicia» ²⁴⁰.

¿No estamos preparados, desde este momento, a recobrar perfectamente la semejanza divina que habíamos perdido? Porque entonces, así que «este Espíritu lleno de dulzura y de caridad se establece en nuestro corazón, doblega nuestra voluntad, o mejor dicho, la endereza conformándola con la suya, a fin de que podamos comprender exactamente lo que nos pide, esto es: amarla con fervor y cumplirla con eficacia. *Veraciter intelligere, ferventer diligere, et efficaciter implere*» ²⁴¹.

V. «Expertus potest credere»

Gracias a la escala del pecador que San Bernardo brinda al hombre carnal, éste puede llegar insensiblemente a amar a Dios, no solamente por su propio interés, sino por Dios mismo. Muy bien sabía nuestro gran Doctor

que para volver de la desemejanza a la semejanza, para obrar esta conversión, es necesario el amor: «Ni el temor ni el amor interesado convierten al alma: podrán cambiar el semblante o la conducta, jamás el corazón» ²⁴².

«Sólo la caridad de los hijos de Dios puede convertir las almas, porque sólo ella las puede desprender de sí mismas o del mundo para volverlas hacia Él... *Caritas vero convertit animas*» ²⁴³.

Pero, ¿cómo descubrir la verdadera caridad? Con un trato más y más íntimo con las Personas divinas y' con nuestra Señora, parece decirnos San Bernardo.

Cada dificultad debe incitarnos a mirar a María, a acercarnos a Jesús o a implorar: inmediatamente vendrán en nuestra ayuda. ¿No será esta una manera de descubrir personalmente el amor que el Señor nos tiene?

La continuidad de las penas y tribulaciones nos fuerza también a recurrir de continuo a Dios; y es poco menos que imposible que, recurriendo tan constantemente a Él, no lleguemos a gustarle; y en gustándole, no vengamos a hacer experiencia de lo dulce, suave y amoroso que es el Señor... Esto es un hecho: «Sus continuas miserias obligan al hombre a recurrir constantemente a Dios». Y ¿qué sucede entonces?

«EL QUE SE ACERCA A ÉL, LE GUSTA; Y GUSTÁNDOLE, EXPERIMENTA LO DULCE QUE ES EL SEÑOR». *Ex occasione quippe frequentium necessitatum crebris necesse est interpellatinibus Deum ab homine frequentari, frequentando gustari, gustando probari quam suavis est Dominus.*

«Y así sucede que somos atraídos al amor puro del Señor, más por haber experimentado su suavidad que impulsados por nuestro propio interés» ²⁴⁴.

Leamos y volvamos a leer pausadamente estas últimas frases, y nos convenceremos de que se trata de uno de los puntos más importantes quizás de la doctrina de San Bernardo, de uno de los goznes de la puerta que da acceso a la verdadera vida interior. No basta oír decir que el Señor es bueno; es preciso *descubrirle de una manera personal*.

«Así como los samaritanos decían a la mujer que les había anunciado que el Señor estaba en medio de ellos "ahora no creemos ya por lo que tú nos has dicho, sino que nosotros mismos le hemos oído y sabemos que Él es realmente el Salvador del mundo"; nosotros, dirigiéndonos a nuestra carne, le podemos decir con verdad: "Ya no es por tus necesidades satisfechas por lo que amo a Dios, sino porque le he gustado y se cuán suave y dulce es el Señor Dios nuestro"» ²⁴⁵.

Así, la experiencia nos hace llegar a la verdadera caridad, con la que comenzamos a amar a Dios por Dios y no por nosotros mismos.

A fin de que hagamos esta experiencia, es por lo que San Bernardo, ya desde el primer peldaño de la escala del pecador, nos pone frente de *Alguien*.

Dirijámonos a María, a Jesús o a Dios, siguiendo nuestra inclinación. Recurramos a ellos, mirémoslos, invoquémosles, imitémoslos, supliquémosles que nos admitan en su intimidad. En una palabra, tengamos trato frecuente con ellos, y entonces experimentaremos cuán dulce es el Señor.

Sí, lo gustaremos, en el sentido más amplio de esta palabra, según nuestras posibilidades. Después de un gesto de admiración ante un beneficio externo, diremos: «¡Verdaderamente Dios se ocupa de mí, me ama!» Hasta que lleguemos a saborear ese gusto divino que resulta de una acción especial del Espíritu Santo a través del descubrimiento del amor sensible de María o de Jesús, o del amor perseverante de Aquel que nos sostiene, sin darnos cuenta, en nuestros sufrimientos, en nuestras sequedades e impotencias. «Si tan bueno sois, Señor, para el alma que os busca, ¿qué seréis para la que os halla?» —*¿Bonus es Domine animæ quærenti Te, quid ergo invenienti?* ²⁴⁶.

Expertus potest credere ²⁴⁷. El que lo experimente estará en condiciones de creerlo. Su fe en el amor de Dios se vigoriza de un modo especial. Con esto, toda su vida cambia. Acudimos a María, acudimos a Jesús con una confianza absoluta. Ellos procuraron que hiciéramos esta experiencia tan ambicionada, purificando así nuestro corazón siempre tan interesado.

En tanto que no hayamos hecho este descubrimiento, sigamos el consejo de San Bernardo, creamos en lo que todavía no hemos experimentado —*credant quod non exuntur*— y perseveremos en nuestra búsqueda «a fin de que, por el mérito de nuestra fe, seamos dignos de experimentarlo algún día» ²⁴⁸.

* * *

Henos aquí muy lejos del amor egoísta de nosotros mismos y de las criaturas, de donde hemos partido. Sí, nuestra necesidad de amar la hemos de volver entera a nuestro Criador.

AMAR SIN MEDIDA

Al ir subiendo la escala del pecador y experimentar, como hemos dicho, el amor de Dios, ¿no hemos descubierto un hecho que nos llena de consuelo

y que es en extremo alentador: esto es, que Dios nos previene siempre con su amor, y que Él es la causa eficiente y final del nuestro?

Es, pues, doblemente cierto que «la causa o motivo que hay para amar a Dios es el mismo Dios» —«*causa diligendi Deum, Deus est, verum Dixi, nam et efficiens et finalis*»²⁴⁹. «Él es el que da la ocasión, Él quien hace que nos nazca el afecto; Él, en fin, el que consuma nuestro deseo».

Estamos bien convencidos de que Dios es la causa final de nuestro amor. «Él hace que le amemos, o mejor dicho, está hecho para que todos le amen. "Pero, ¿no tenemos acaso cierta tendencia a olvidar que es también la causa eficiente de nuestro amor?" "En este asunto, lo admirable es que nadie os puede buscar sin antes haberos encontrado". —"*Nemo Te querere valet, nisi qui prius invenerit*"²⁵⁰—. Queréis haceros el contradicho para veros buscado, y queréis que os busquen para que os encuentren. Pero, si se os puede buscar y encontrar, no se os puede prevenir»²⁵¹.

Cuanto más frecuente sea nuestro trato con Dios, con más facilidad descubriremos personalmente esta pasmosa verdad: Dios nos ha amado el primero, y con un amor inmenso y enteramente gratuito. «Él, que es tan grande, nos ha amado a nosotros tan pequeños, y nos ha amado tal como somos». —«*Prior Ipse dilexit nos, tantus et tantum, et gratis tantillos, et tales*»²⁵².

Y ahora, ¿cómo hemos de amar nosotros a Dios? ¿Cuáles deberán ser los límites y la medida de nuestro amor? Y San Bernardo exclama:

«El motivo de amarle es Dios mismo; y la medida del amor ha de ser amarle sin medida». —«*Modus, sine modo diligere*»²⁵³—. «Ámame el que es inmensidad; ámame el que es eternidad; ámame el que es exquisita ciencia de amor y aun el amor mismo, más grande de lo que puede concebirse; ámame Dios, cuya grandeza no tiene límites, cuya sabiduría es inabarcable, cuya paz sobrepuja toda ponderación. ¿Y todavía andaré con medida y tasa al devolverle mi amor?»²⁵⁴.

No, repitamos con San Bernardo: «La medida de amar a Dios es amarle sin medida». —«*Modum diligendi Deum, sine modo diligere*»²⁵⁵.

UNIÓN DE AMOR

¿Puede esto realizarse aquí abajo?

Ciertamente que, cuando el alma se da cuenta de que Dios la ama, cuando experimenta que Dios es Caridad, entonces su amor ya no reconoce leyes. «Amo porque amo, exclama, y amo para amar más». —«*Amo quia amo,*

amo ut amen ²⁵⁶—. Renunciando a todo otro pensamiento, se entrega completamente al amor.

«Cuando Dios ama, no pide otra cosa que ser amado, porque Él no ama sino para ser amado, sabiendo que los que le aman llegarán a ser bienaventurados y felices por su mismo amor» ²⁵⁷.

Pero, ¿cómo tener la osadía de aspirar a tal amor?...

Para unirse a Dios es necesario conformarse o hacerse semejante a Él. —«*Unior cum conformor*» ²⁵⁸.

Jesús, el Verbo encarnado, es el que va a terminar de devolver al alma la semejanza divina. Ciertamente que la devoción a la humanidad de Jesucristo es ya un don y un gran don del Espíritu Santo ²⁵⁹, pero ciertas almas son llamadas a subir más arriba y a contemplar, ante todo, en Jesús al Verbo Sabiduría, al Verbo Justicia, al Verbo Santidad ²⁶⁰.

En el silencio de todo lo criado, su amor llega a ser más puro, más fuerte. El Verbo las llama para hacerlas sus esposas.

«El alma busca al Verbo a fin de recibir con alegría sus reprensiones, sacar de Él luces e ilustraciones, apoyarse en Él para ser virtuosa, ser reformada por Él para ser fecunda, gozar de Él y poseerle para ser dichosa» ²⁶¹.

Así es como el alma queda reformada por el Verbo, el cual la hace semejante a Sí mismo. Y esto ¿cómo? «*In caritate*, en la caridad» ²⁶². Llegará un día en que el amor aumentará en tal proporción y la conformidad será tal, que el alma quedará estrechamente unida al Verbo. *Talis conformitas maritalis animam Verbo*. Tal conformidad es la que establece una especie de matrimonio espiritual entre el alma y el Verbo, cuando, siéndole ella semejante por su naturaleza, procura asemejarse a Él por su voluntad, amándole como es amada de Él. «Y si le ama perfectamente, se hace esposa suya». *Ergo si perfecte diligit, nupsit* ²⁶³.

San Bernardo nos eleva, con esto, a las cumbres de la contemplación y del amor místico. El alma, purificada de sus vicios, enriquecida con todas las virtudes por la imitación de Jesucristo, abrasada de amor y de los dones del Espíritu Santo, ha llegado a ser esposa del Verbo. Este presenta entonces al Padre esta alma ya perfecta, y el Padre se une, con unión estrechísima, a la que es la gloriosa esposa de su Hijo. *Gloriosam sibi sponsem Pater conglutinat* ²⁶⁴.

De este modo, el alma se pierde, por decirlo así, en Dios. Todo lo que experimenta es divino. Está unida a Dios por el «contrato de un matrimonio tan espiritual como santo. ¿Qué digo contrato? Es un abrazo, pero un abrazo de verdad, puesto que querer y no querer las mismas cosas hace de

dos espíritus uno sólo». *Complexus est, complexus plene, ubi idem velle et nolle, unum facit spiritum de duobus* ²⁶⁵.

En adelante ya todo es amor: «El Esposo, que es el amor mismo, no pide en trueque sino el amor y la fidelidad. Devuélvale, pues, la Amada, amor por amor». —*Licet proinde redamare dilectam...* ¿Cómo podría dejar de amar al que es esencialmente el amor? ²⁶⁶.

«Feliz el alma a quien le es dado experimentar tan dulces y efusivos abrazos, que no proceden sino de un amor casto y santo, de un amor suave y placentero, de un amor tan apacible como puro» ²⁶⁷. Esto es la perfección del amor de Dios.

«¿Cuándo se embriagará mi alma en este subidísimo amor y se olvidará de sí, y estimándose como vaso perdido entre la basura, se dejará a sí misma, y toda entera se lanzará hacia Dios y, uniéndose con Él, se perderá en Él y sólo formará un espíritu con Él, y dirá: Desfalleció mi carne y mi corazón, Dios de mi vida, herencia mía, Señor mío por toda la eternidad?» ²⁶⁸.

San Bernardo no recela en advertirnos que esto no sucede aquí abajo sino brevísimos momentos y muy raras veces, y que tal amor sólo en el cielo existirá de una forma estable.

«¡Dichoso y santo aquel varón que ha podido —por lo menos algunas veces, aunque fuere muy raramente, aunque fuere en una sola ocasión de su vida— experimentar algo semejante en esta carne mortal, aun cuando no lo haya gustado más que un segundo, un instante, lo que dura un relámpago!» ²⁶⁹.

«¡Oh amor casto y santo! ¡Oh dulcísimo y suavísimo afecto! ¡Oh intención pura y desinteresada de la voluntad! Tanto más desinteresada y pura aparece cuanto menos mezclada va de ningún interés propio; tanto más dulce y suave, cuanto es todo divino lo que se siente!» *Eo suavior et dulcior quod totum divinum est quod sentitur* ²⁷⁰.

Verdaderamente estar en tal estado es estar deificado —*sic affici deificari est* ²⁷¹—, es poder volver al Señor amor por amor y realizar en toda su plenitud el primer mandamiento de Dios.





CONCLUSIÓN



scires donum Dei. «¡Si conocieses el don de Dios!», decía nuestro Señor a la Samaritana en el momento en que la iba a dar a conocer lo que ella no podía saber.

¿No es esto lo que, aun ahora, dice a cada uno de nosotros para inculcarnos las enseñanzas que ha querido darnos en este librito? Estas palabras tan emocionantes vienen a ser como un estribillo que deleita nuestros oídos, porque hace eco a nuestras más profundas aspiraciones.

Nos parecerá, al terminar este estudio, que se ha descorrido un poco el velo que nos oculta la magnificencia del don de

Dios, los esplendores del don de su Amor; pero al mismo tiempo nos damos cuenta de que su grandeza está muy por encima de nuestra pequeñez. A medida que con más ahinco procuramos considerar algunos de sus aspectos, así vemos más claro que nos encontramos en presencia de un misterio cuyas dimensiones se prolongan a medida que avanzamos, sin hallar término por ninguna parte.

¡Si conociésemos el amor que Dios siente por toda la humanidad!

De tal manera amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito para salvarle, y dándole a Jesús, con Él se lo dió todo.

El Verbo eterno —que se ha hecho hombre por amor a los hombres— comparte sus sufrimientos, se inclina sobre sus miserias y les indica con su

ejemplo el verdadero camino de la felicidad. Antes de morir, les entregó a su propia Madre. Más tarde, después de la Ascensión y de acuerdo con su Padre, les envía el Espíritu Santo para acabar su obra en ellos.

Tal es el amor de Dios para sus hijos de la tierra. Toda la Santísima Trinidad, Padre, Verbo y Espíritu Santo, se entregan a ellos, procuran, con solicitud incesante, envolverlos en su Amor, y lo mismo hace la Santísima Virgen. Misterio que confunde y del que apenas se puede balbucir cosa alguna, pero que, sobre todo, nos debe preocupar hondamente por su trascendencia infinita. ¿Es posible que el Señor nos ame hasta ese punto? La razón se declara impotente para dar siquiera una idea de tan espléndida realidad. Adoremos en silencio y procuremos recoger con sumo cuidado las luces que Dios concede a los que le buscan con sencillo corazón.

Ahondando más en la médula del misterio, falta descubrir *el amor particular de Dios a cada hombre*, su amor de predilección por mí, personalmente. ¡Dios nos ama... Dios me ama! Tal es la gran revelación que es muy posible que algunos cristianos no hayan presentado en todo el curso de su vida. Sin embargo, el ejemplo de los santos nos demuestra hasta qué punto cambió su existencia desde el momento en que tuvieron conciencia del amor que Dios les profesaba. Todos los horizontes se trasformaron a partir de este momento. Podría parecer difícil el esforzarse por amar al Altísimo, y por amarle sin reserva; pero todo cambia al saberse, al sentirse amado de Él; pues basta eclipsarse, dejarle que se ame a Sí mismo en nosotros.

Anonadados por este profundo contraste, deslumbrados por esta luz potentísima, mientras en nuestros corazones se agitan, confundidas, la admiración y la gratitud, exclamamos con la mayor espontaneidad: *Diligam Te Domine*, ¡Señor, te amaré! En justo retorno de tu amor, quiero probarte el mío.

Ahora ya tenemos cierta experiencia del don que Dios nos quiere hacer y, en consecuencia, queremos vivir como verdaderos hijos, a imitación de Jesús. Como Cristo, nuestro único objeto es vivir para el Padre, evitando todo lo que le pueda desagradar, y cumpliendo por amor todo lo que pueda darle gusto.

Mas el Padre corresponde, a su vez, haciéndonos comprender lo feliz que se considera de que le sirvamos de esa manera, por complacerle. Cuanto más nos olvidemos a nosotros mismos, más libertad le dejaremos para que satisfaga su deseo de entregarse a nosotros, y mayor participación nos señalará en su felicidad. La fusión de nuestra voluntad con la suya nos une a Él

y nos hace participantes de una manera estable en su paz. Percibimos con fuerza la admirable armonía de la creación: Gloria de Dios y felicidad del hombre son inseparables. ¿Quién podrá, de aquí en adelante, privarnos de la luz y del Amor?

Cuando sentimos con esta energía la posesión de la verdad, ardemos en deseos de comunicarla a todos los hombres. Jesús no ha confiado la misión de ir a predicar la buena nueva más que a una parte de su Iglesia, pero todos debemos salvar las almas como Él, sacrificándonos por ellas, poniendo el máximo de amor hasta en los actos más insignificantes de nuestra vida. Tal es el medio que siempre tenemos a nuestro alcance para obtener gracias para las almas, para millones de almas, quizás; gracias cuya repercusión alcance hasta el fin de los siglos, conversiones en cuya iniciación tuvimos parte tal vez.

¡Ojalá que el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas prenda y abrase nuestros corazones y, dando un objetivo a nuestra vida, nos saque de nosotros mismos y de las dificultades que siembran el desaliento en nuestros corazones.

A ejemplo de los santos, nuestro amor no debe buscar descanso en el camino. La infinita transcendencia de la gloria de Dios exige que nos demos, que nos entreguemos a Él sin reservas, de Él sólo ocupados. Maniobrando de esta manera sobre su corazón, ejerceremos un apostolado que no conocerá más límites que los de su beneplácito.

Soli Deo placere eupiens. Agradar a Dios sólo fué el ideal que cautivó los anhelos de San Benito y de nuestros primeros Padres del Cister. Esto explica el número de conversiones que han obrado y la multitud de almas que han arrastrado en pos de sí hacia las cumbres de la perfección cristiana. Salía de ellos una virtud que despertaba en los corazones ardientes deseos de amar al Señor.

San Bernardo contribuyó poderosamente a transformar su siglo; pero, por su intensa vida interior, estaba perdido en Dios. Se vió obligado a hablar a sus monjes, a escribir a sus amigos o, a predicar por todo el mundo; pero no perdía la presencia de Dios. Su amor no conocía ley, entregándose sin medida... «Amo porque amo y amo para amar mejor», exclamaba. — *Amo quia amo, amo ut amen.* — Abrasada de amor su alma, parecía trasformada en amor, hasta tal punto que, llegando a ser esposa del Verbo, todo lo que experimentaba era divino. — «Talis conformitas maritat animam Verbo»—. En estas cumbres del matrimonio espiritual, consiguen plena realidad estas

palabras del salmista: *Ego dixi dii estis, et filii Excelsi omnes*. «Yo he dicho: Sois dioses y todos hijos del Excelso» ²⁷².

¡Tal es el ideal que se nos pone ante la vista, si es que hemos creído en el don del amor de Dios! Este misterio insondable podrá asustar y hacer retroceder a los que confían en sus propias luces y se apoyan sobre sus solas fuerzas, pero el Padre ha revelado el secreto a los que se hacen humildes para con Él y lo esperan todo de su bondad. Sea por siempre bendito por hacerse tan accesible a los pequeños. *Confiteor tibi Pater...*

En el Cielo veremos a Dios, cara a cara, mientras que en la tierra debemos vivir, corazón a corazón, con Él. Respondamos generosamente, pero con sencillez, a sus llamamientos. Entreguémonos a Él, abandonándonos en los brazos de la Virgen Inmaculada. Amémosle con todo nuestro corazón, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, ya que hemos vislumbrado algo de su amor. Nosotros también hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. No permitamos que amengüe jamás nuestra fe en Aquel que nos persigue sin descanso y nos atrae para poderse entregar a nosotros cada vez con más intensidad.

Creemos en su amor infinitamente misericordioso que se inclina sobre nuestra debilidad para ser nuestra fuerza.

¡SEÑOR, QUIERO AMAROS!

¡SEÑOR, HACED QUE OS AME!



ÍNDICE DE MATERIAS

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO	11
INTRODUCCION	13
¿Por qué no amamos a Dios o le amamos tan poco? Hacia un descubrimiento personal de su amor por nosotros. Nuestro amor a Él es verdadero en la medida en que sea a la vez afectivo y efectivo.	
CAPÍTULO I.—EL PADRE NOS AMA	23
I.—EL AMOR DE DIOS A LA HUMANIDAD.....	24
El misterio de la vida de la Trinidad. Dios quiere que los hombres sean sus hijos. ¿Fué decepcionado por la ingratitud de Adán? Su amor misericordioso. «El Proceso del cielo».	
II.—DIOS ME HA AMADO EL PRIMERO.....	27
Dios me amó con amor eterno. ¿Cómo puedo yo corresponder a él? Dios me ha criado por amor. ¿Qué espera Él de mí?	
III.—«EL PADRE ME AMA»	32
Dios es nuestro Padre. Él me revela su amor. El día de un hijo del Padre. Ternura del amor del Padre; confianza y abandono.	

ÍNDICE DE MATERIAS

	Pág.
CAPÍTULO II.—EL HIJO NOS AMA.....	39
I.—EL AMOR DEL VERBO ENCARNADO A TODOS LOS HOMBRES.....	40
Amor tierno y delicado.	
Amor fuerte y generoso.	
II.—JESÚS ME AMÓ DURANTE SU VIDA TERRENAL.....	43
III.—«EL MAESTRO ESTÁ AHÍ Y TE LLAMA».....	45
Descubrir a Jesús en el Tabernáculo.	
Allí me espera Él.	
Su amor me sigue a todas partes.	
¡Todos los que estéis fatigados, venid a Mí!	
CAPÍTULO III.—LA VIRGEN MARÍA NOS AMA.....	53
I.—MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.....	54
El plan divino.	
La respuesta de la Virgen.	
II.—MADRE DE MISERICORDIA.....	57
Las perfecciones de la Virgen al servicio de su amor.	
Dos ejemplos de su misericordia.	
II.—MI MADRE.....	60
María quiere hacer de nosotros otros Cristos.	
Confianza en su acción.	
Vivir con Ella como un niño.	
Esclavos de amor.	
Perdidos en Ella.	
«Mi vida es María».	
CAPÍTULO IV.—EL ESPÍRITU SANTO NOS AMA.....	67

	<u>Pág.</u>
I.—EL PAPEL DEL ESPÍRITU SANTO.....	68
La conversión de los Apóstoles a partir de Pentecostés.	
¿No quiere Él convertirnos de la misma manera?	
¡Si conociésemos el don de Dios!	
Nuestra vida puede ser un pentecostés continuo.	
II.—«VOSOTROS SOIS LOS TEMPLOS DEL DIOS VIVO».....	72
El misterio de la inhabitación divina.	
Tener respeto a la Divina presencia.	
Intensificarla.	
¡Dios está aquí!	
Silencio interior.	
Vida hacia dentro con los tres.	
III.—LOS QUE SE RIGEN POR EL ESPÍRITU DE DIOS, ESOS SON HIJOS DE DIOS.....	78
El Espíritu Santo y la humanidad de Cristo durante su vida terrenal.	
Él (el Espíritu Santo) quiere obrar de la misma manera en nosotros.	
No apagarle ni contristarle, sino escuchar sus llamamientos.	
Llamamientos al temor.	
Llamamientos a la intimidad.	
Llamamientos a la perfección.	
Diversas maneras con las que el Espíritu Santo hace gustar su Amor.	
Aun en la sequedad.	
CAPÍTULO V.—EL CELO DE LA GLORIA DE DIOS Y DE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.....	87
I.—HACIA UN AMOR DESINTERESADO.....	88
En el orden humano.	
En el orden sobrenatural.	
Los santos y la gloria de Dios.	
II.—GLORIA DE DIOS Y FELICIDAD DEL HOMBRE EN EL PLAN DIVINO.....	90
El Verbo, Esplendor de la gloria del Padre.	
La gloria extrínseca de Dios, objetiva y formal.	
Glorificando a Dios, el hombre encuentra la felicidad.	

	<u>Pág.</u>
III.—CÓMO REALIZÓ JESÚS EL PLAN DIVINO	93
Por su vida íntima.	
Durante su vida escondida.	
A lo largo de su vida pública.	
Sobre la cruz.	
Hasta el fin de los tiempos.	
IV.—SANTIFICARME PARA GLORIA SUYA	97
«Cumplirlo todo por amor de Cristo para que en todo sea Dios glorificado».	
«Alma mía, glorifica al Señor y que mi espíritu se alegre sobremanera en Dios mi Salvador».	
V.—SALVAR LAS ALMAS CON ÉL	100
Nuestra misión corredentora.	
Tormento de amor.	
Delicadeza en la práctica de caridad fraterna.	
VI.—DIOS SÓLO	107
Muerte total.	
Este estado es el que da más gloria a Dios.	
Su inmenso valor apostólico.	
La irradiación de las «Marías» en las comunidades.	
CAPÍTULO VI.—EN LA ESCUELA DE SAN BERNARDO	113
I.—LA MISIÓN DE SAN BERNARDO	114
II.—PARA AMAR AL SEÑOR	115
Amor carnalis.	
Amor de Dios por Él mismo.	
Hacia un amor perfecto.	
La escala del pecador.	

ÍNDICE DE MATERIAS

	<u>Pág.</u>
III.—MARÍA MEDIADORA	120
Confianza en María.	
Invoquemos a María.	
Imitemos a María.	
María conduce a Jesús.	
IV.—CON JESÚS EL VERBO ENCARNADO.....	123
Amor sensible.	
Amor razonable.	
Amor espiritual.	
V.—EXPERTUS POTEST CREDERE.	128
Amar sin medida.	
Unión de amor.	
CONCLUSIÓN	135

NOTAS

- ¹ I. Joan., IV, 16.
- ² Ps. XVII, 2.
- ³ Deut., VI, 4-5.
- ⁴ Cf. Mc., XII, 28-30.
- ⁵ S. Benito, *Regla*, cap. IV, 1.^{er} Instrumento.
- ⁶ I. Cor., 13, 1-2.
- ⁷ I. Joan., IV, 16.
- ⁸ *Adeste fideles*.
- ⁹ Lc., X, 21; Mt., XI, 25.
- ¹⁰ Cf. Cap. IV., págs. 70 - 72 de esta obra.
- ¹¹ Ps. XXXIII, 9.
- ¹² Sabido es, en efecto, que en numerosas ocasiones proclaman nuestros Padres de una forma o de otra el adagio: *Amor ipse notitia est*.
- ¹³ Santo Tomás, *Expos. in Psalm. XXXIII*, 9.
- ¹⁴ FABER. *Le Mystère de l'Amour créateur*, traducción abreviada de *El Criador y la Criatura*, París, 1923, pp. 252 - 253.
- ¹⁵ *Catecismo para uso de las Diócesis de Francia*, Bourges, 1938, p. 131.
- ¹⁶ II^a, II^{ae}, quest. 23, a. 1.
- ¹⁷ San Francisco de Sales. *Tratado del amor de Dios*. lib. VI, cap. I.
- ¹⁸ *Importat enim quamdam unionem secundum affectus amantis ad amatum: in quantum scilicet amans æstimat amatum quodammodo ut unum sibi, vel ad se pertinens, et sic movetur in ipsum*. II^a, II^{ae}, quest. 27, a. 2. Cf. I^a, II^{ae}, quest. 28, o. 1, ad 2^{um}: «La unión es esencialmente amor; ésta es la armonía del afecto». *Quædam vero unio est esencialiter ipse amor: et hæc est unio secundum coaptationem affectus*.
- ¹⁹ GUY DE BROGLIE, *Dictionaire de Spirit.* art. CHARITÉ, T. II A, col. 661-662.
- ²⁰ Mt. VII, 21.
- ²¹ Mt. XXI, 28-30.
- ²² A propósito del amor afectivo y efectivo cf. *Imitación de Cristo*, lib. III, cap. V; SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, lib. VI, cap. I; Mr. GAY, *Vida y virtudes Cristianas*, XII, «De la caridad para con Dios», 2.^a parte; DE GUIBERT, *Leçons de Théologie spirituelle*, T. I, Toulouse, 1943, pp. 248-251.
- ²³ Joan., XIV, 15.
- ²⁴ Joan., XV, 10.

- 25 Joan., XV, 15.
- 26 I. Joan., IV, 10.
- 27 I. Joan., IV, 16.
- 28 Cf. SANTO TOMÁS, *In lib. Te divinis nominibus*, cap. IV. lec. 1.^a.
- 29 Barbolat et Finet, *Doctrina Católica*, París, 1938, p. 54.
- 30 Gen., I, 26.
- 31 Gen., I, 31.
- 32 San Agustín, *De Civitate Dei*, lib. XIV, cap. XXVI.
- 33 Gen., III, 18.
- 34 Gen., VI, 6-7.
- 35 Bossuet, *Elevaciones sobre los Misterios*, 8.^a Semana, 5.^a elevación.
- 36 San Benito, *Regla*, Cap. IV, 49.^o instrumento.
- 37 San Benito, *Regla*, Prólogo.
- 38 San Bernardo, *In Annuntiatione B. M. V.*, serm. I, 6-14.
- 39 Joan., II, 16.
- 40 Jerem., XXXI, 3.
- 41 Mr. Gay, *Vida y Virtudes Cristianas*, XII, De la caridad para con Dios, 1.^a parte.
- 42 Ephes., I, 4.
- 43 Mr. Gay, *Vida y Virtudes Cristianas*, XII, De la Caridad para con Dios, 2.^a parte.
- 44 San Benito, *Regla*, cap. IV, VII, XX.
- 45 Cf. Mr. Gay, *Cartas de Dirección Espiritual*, 1.^a Serie, n.^o 47.
- 46 Jerem. XXXI, 3; cf. Brev. Cist.: responsorio del IV Domingo de Adviento.
- 47 Faber. *El Criador y la Criatura*, Madrid. 1856. p. 53.
- 48 Faber. *Le Mystère de l'Amour créateur*, París. 1923, pp. 29-30.
- 49 Faber *Le Mystère de l'Amour créateur*, pp. 37-38.
- 50 I Joan., IV, 19.
- 51 Mt., XXIII, 9.
- 52 Joan., XIV, 6.
- 53 Joan., XIV, 9.
- 54 Mt., XI, 25-26; Lc., X, 21.
- 55 Mt., 5, 45.
- 56 Mt., VI, 18.
- 57 Mt., 6, 32.
- 58 Job, I, 8; II, 3.
- 59 Joan., XIV, 23.
- 60 Joan., VIII, 29.
- 61 Mt., XI, 26.
- 62 Mt., XXVI, 39.
- 63 Joan., XIV, 31.
- 64 Lc., XVIII, 18-19; Mc., X, 17-18; Mt., XIX, 16-17.
- 65 Mt., X, 29-31.
- 66 Mt., VI, 26-32; cf. Lc., XII, 24-30.
- 67 *Novissima verba*, 3 de Agosto 1897.
- 68 Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*, Barcelona, 1926. cap. XII p. 239.
- 69 *Novissima verba*, 7 Junio 1897.
- 70 Lc., VII, 50.
- 71 Ephes., V, 2.

- 73 Philip., II, 8.
- 74 Imitación de Cristo, lib. II, cap. XII, 7.
- 75 Mr. Sauvé. *Jesús íntimo*, 1897, T. II, p. 36.
- 76 Joan., XIII, I.
- 77 Cf. *Bajo la mirada de Dios*, cap. III, art. II, «Mirada de Jesús».
- 78 Joan., XV, 9.
- 79 San Benito, *Regla*, Prólogo.
- 80 Joan., I, 26.
- 81 Prov., VIII, 31.
- 82 Joan., XIV, 21.
- 83 Joan., XI, 28.
- 84 Joan., VIII, 12.
- 85 Joan., XIV, 6.
- 86 Joan., X, 10.
- 87 Joan., VII, 37.
- 88 Lc., VI, 19; cf. Lc., VIII, 43-46.
- 89 Oratio, XL, 27; Tetrastichæ sententiæ, vers. 147.
- 90 Joan., XXI, 7.
- 91 Invitatorio de la festividad de la Epifanía.
- 92 Joan., IV, 8.
- 93 Joan., IV, 10.
- 94 La práctica de la Oración Mental, cap. VI, I.
- 95 Cf. Joan., VI, 35-59.
- 96 San Juan Crisóstomo. Homilía 61 al pueblo de Antioquía; 3.^a lección del Oficio votivo del Santísimo Sacramento (Breviario Cisterciense); 5.^a lección del sábado infraoctava del Santísimo Sacramento. (Breviario Romano).
- 97 *Bajo la mirada de Dios*, cap. III, art. I.
- 98 Mt., XI, 28.
- 99 Mt., XIV, 31.
- 100 Lc., VIII, 22-25; Mc., IV, 35-40; Mt., VIII, 23-27.
- 101 Joan., XVI, 33.
- 102 Rom., VIII, 37. Cf. San Benito. *Regla*, cap. VII.
- 103 San Benito. *Regla*, cap. LXXII.
- 104 Luis María de Montfort. *Tratado de verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, Pontchâteau, 1943, n.º 32; Cf. *El secreto de María* n.º 12.
- 105 Liturgia de la fiesta de la Inmaculada Concepción.
- 106 Prov., VIII, 22-30.
- 107 Liturgia de la fiesta de la Inmaculada Concepción.
- 108 San Bernardo, *Super Missus est*, Homil. IV, 8.
- 109 Lc., I, 38.
- 110 S. S. Pío XII, Encíclica sobre el Cuerpo Místico, al fin.
- 111 Id.
- 112 San Gabriel de la Dolorosa. *Símbolo de María*. Cf. J. Perrín *San Gabriel de la Dolorosa*, Cahiers de la Vierge, n.º 18, nov. 1936, p. 88.
- 113 San Bernardo. *In Assumptione B. M. V.*, serm. II, 2.
- 114 Cf. Trochu. *El cura de Ars*, París, 1932, p. 632.
- 115 Tratado de la Verdadera Devoción, 33.

- 115 María de Santa Teresa. *La unión mística de María*, Cahiers de la Vierge, n.º 15, mayo.
- 116 Cf. Vie spirituelle, I, I, 1937: *Unión mística de la Santísima Virgen*, por el P. Neubert.
- 117 Cf. El Secreto de María, 52.
- 118 Joan., XVI, 12.
- 119 Joan., XIV, 26.
- 120 I Cor., XV, 45.
- 121 Cf. Act., XIX, 2.
- 122 Cf. *Veni Sancte Spiritus* y *Veni Creator*.
- 123 Tratado de la Verdadera Devoción, 36.
- 124 II Cor., VI, 16.
- 125 Joan., XIV, 23.
- 126 Cf. II Petr., I, 4.
- 127 Imitación de Cristo, lib. III, cap. LIX, 1.
- 128 Cf. Mr. Sauvé. *Dios íntimo*, P. Plus. *Dios en nosotros*, *Vivir con Dios*, *Recuerdos de Sor Isabel de la Trinidad*, P. Philipon, O. P.; *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, *Consummata*, *Cartas y notas espirituales*.
- 129 Ps. XVIII, 13.
- 130 SAN AGUSTÍN. Epíst. CLXXXVII, *Seu lib. de praesentia Dei*, 17 19.
- 131 I. Joan., I, 3.
- 132 Bernadot. *De la Eucaristia a la Trinidad*, Barcelona. 1940. p. 30.
- 133 Cf. Gen., XXVIII, 16-17.
- 134 Sor Isabel de la Stma. Trinidad. *Recuerdos*. San Sebastián, 1944. p. (228).
- 135 Cf. Plus. *Dios en nosotros*, Barcelona. 1941, p. 144.
- 136 Cf. Sor Isabel de la Stma. Trinidad. *Recuerdos*. San Sebastián. 1944. p. 301.
- 137 Imitación de Cristo, lib. III, cap. XLVI, 3.
- 138 Sor Isabel de la Stma. Trinidad. *Recuerdos*. p. 381.
- 139 Coloss., III, 3.
- 140 Rom., VIII, 14.
- 141 Lc., I, 35.
- 142 Lc., II, 25-28.
- 143 Lc., III, 22.
- 144 Lc., IV, 1.
- 145 Lc., IV, 14.
- 146 Lc., X, 21.
- 147 I Cor., XV, 10.
- 148 I Thes., V, 19.
- 149 Ephes., IV, 30.
- 150 Ps. XCIV, 8.
- 151 Philip., II, 5.
- 152 Cicerón. *Rethorica*, lib. II, cap. 55; San Agustín. *Contra Maximin.*, lib. II, cap. 13, 2; Santo Tomás. II.^a II.^e, quest. 132, a. 1.
- 153 Cf. Santo Tomás. I.^a Pars, quest. 103, a. 1, ad 3^{um}. *Gloria autem est effectus honoris et laudis...*
- 154 I Cor., X, 31.
- 155 San Benito. *Regla*, cap. LVII.
- 156 Cf. II Cor., IV, 4; Coloss. I, 15.
- 157 Cf. Hebr., I, 3.

- 158 Himno de Laudes del domingo (Breviario Cisterciense); Himno de Laudes del Lunes (Breviario Romano).
- 159 Prov., XVI, 4.
- 160 Gloria objetiva y gloria formal, en decir de los teólogos.
- 161 Ps. XVIII, 2.
- 162 *Sanctus* de la Misa.
- 163 Daniel, III, 57.
- 164 Lc., II, 14.
- 165 *Gloria* de la Misa.
- 166 Mt., III, 17; Lc., III, 22; Mc., I, II; Mt., XVII, 5.
- 167 Lc., XVIII, 1.
- 168 Lc., IV, 1-2.
- 169 Lc., VI, 12.
- 170 Lc., IX, 18.
- 171 Cf. Joan., XI, 41-42.
- 172 Joan., XIV, 31.
- 173 Lc., XXII, 42.
- 174 Joan., XIX, 30.
- 175 Joan., XVII, 4.
- 176 Cf. Canon de la Misa.
- 177 *In Cant.*, serm. XVIII, 3.
- 178 Mr. Gauthey. *Vie et œuvres de Sainte Marguerite-Marie*. París, 1920, T. II, p. 604.
- 179 Sap., I, 1.
- 180 San Gregorio Magno. *Diálogos*, lib. II, Prólogo.
- 181 Le Nuage de l'Inconnaissance, par un anonyme anglais, traduit par Don Nortinger, Solesmes, 1925. pp. 71-72.
- 182 Philip., IV, 13.
- 183 Joan., XIV, 12-13.
- 184 Cf. Joan., VII, 38-39.
- 185 San Bernardo. *In Assumptione B. M. V.*, serm. III, 2.
- 186 Exordium Parvum Cisterciense, cap. XV; *Regulæ adæquati*.
- 187 Cf. Pourrat. *La spiritualité chrétienne*, París, 1939. T. II, p. 31.
- 188 San Bernardo. *In Dom. Palm.*, serm. I, 2.
- 189 San Benito. *Regla*, cap. VII.
- 190 I Joan., IV, 8.
- 191 Mt., XXII, 37.
- 192 San Bernardo. *De diligendo Deo*, VIII, 23.
193. Gilson. *La Théologie mystique de Saint Bernard*, París 1934. p. 62; cf. San Bernardo. *De diversis*, serm. XLII, 2.
- 194 *De diligendo Deo*, VIII, 23.
- 195 Cf. I Cor., XV, 46-50.
- 196 *De diligendo Deo*, VIII, 23.
- 197 *De diligendo Deo*, VIII, 25.
- 198 *De diligendo Deo*, VIII, 25.
- 199 *De diligendo Deo*, XV, 39.
- 200 *De diligendo Deo*, IX, 26.
- 201 *De diligendo Deo*, II, 6.

- 202 *In Nativitate B. M. V., 7.*
 203 *In Nativitate B. M. V., 7.*
 204 *In Nativitate B. M. V., 6.*
 205 *In Nativitate B. M. V., 3, 4, 9.*
 206 *In Vigil. Nativ. Domini, serm. III, 10.*
 207 *Prima Dominica post Oct. Epiphaniae, serm. II, 4.*
 208 *Dominica infra Oct. Assumptionis, 2.*
 209 *Dominica infra Oct. Assumptionis, 2.*
 210 *In Assumptione, IV, 8.*
 211 *In Assumptione, IV, 8.*
 212 *Super Missus est, Hom. II, 17.*
 213 *Super Missus est, Homil. II, 17.*
 214 *Cf. Grou. Interior de Jesús y de María.*
 215 *In Dominica infra Oct. Assumptionis B. M. V., 10.*
 216 *In Dominica infra Oct. Assumptionis B. M. V., 11.*
 217 *Super Missus est, II, 17.*
 218 *Super Missus est, II, 17.*
 219 *In Adventu, serm. II, 5.*
 220 *Super Missus est, Homil. I, I.*
 221 *In Cant., serm. XX, 4.*
 222 *In Cant., serm. XX, 4.*
 223 *In Vig. Nativ. Domini, serm. III, 8.*
 224 *In Vig. Nativ. Domini, serm. III, 9.*
 225 *In Nativ. Domini, serm. V, 1-2.*
 226 *In Cant., serm. XX, 6; cf. In Ascensione, serm. V, II.*
 227 *In Cant., serm. XX, 6.*
 228 *In Cant., serm. XV, 6.*
 229 *In Cant., serm. XX, 7.*
 230 *In Cant., serm. XLIII, 3.*
 231 *In Cant. serm. XLIII, 4.*
 232 *In Nativ., serm. III, 4.*
 233 *Festum omnium Sanctor., serm. I, 5.*
 234 *Super Missus est, Homil. III, 14.*
 235 *In Nativitate, serm. I, I.*
 236 *Super Missus est, Homil. I, 7-8; Cf. In Cant., serm. XIX, 7.*
 237 *In Epiphania, serm. I, 7.*
 238 *Fer. IV. Hebd. Maj., 11-12.*
 239 *In Cant., serm. XX, 4.*
 240 *In Cant., serm. XX, 9.*
 241 *In Pentecoste, serm. II, 8.*
 242 *De diligendo Deo, XII, 34.*
 243 *De diligendo Deo, XII, 34.*
 244 *De diligendo Deo, IX, 26.*
 245 *De diligendo Deo, IX, 26.*
 246 *De diligendo Deo, VII, 22.*
 247 *Himno del Santísimo Nombre de Jesús.*
 248 *In Cant., serm. LXXXIV, 7.*

- 249 *De diligendo Deo*, VII, 22.
250 *De diligendo Deo*, VII, 22!
251 *De diligendo Deo*, VII, 22.
252 *De diligendo Deo*, VI, 16.
253 *De diligendo Deo*, I, 1.
254 *De diligendo Deo*, VI, 16.
255 *De diligendo Deo*, VI, 16.
256 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 4.
257 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 4.
258 *In Cant.*, serm. LXXI, 5.
259 *In Cant.*, serm. XX, 8.
260 *In Cant.*, serm. XX, 8.
261 *In Cant.*, serm. LXXXV, 1.
262 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 2.
263 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 3.
264 *De Grad. Hum. et Superb.*, VII, 21.
265 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 3.
266 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 5.
267 *In Cant.*, serm. LXXXIII, 6.
268 *De diligendo Deo*, X, 27.
269 *De diligendo Deo*, X, 27.
270 *De diligendo Deo*, X, 28.
271 *De diligendo Deo*, X, 28.
272 *Ps. LXXXI*, 6.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS
TALLERES «GRÁFICAS AGUADO», DE PA-
LENCIA, EL DÍA 20 DE AGOSTO
(VIII CENTENARIO DE LA
MUERTE DE S. BERNAR-
DO) DEL AÑO 1953.

L A V S D E O